



JULIO MARÍN GARCÍA

Un puzzle
de amor

UN PUZZLE DE AMOR

Un puzzle de amor

© 2019, Julio Marín García (@julioescritor94)

© Diseño y maquetación: Julio Marín García

© Ilustración de portada: Manuel Tristante (@manueltristante)

Corrección: Marta del Olmo (@martadelolmo83)

Lectores cero: Eugenio Castro (@cutelion_95), Laura Landeira (@laulanji) y Fanny Hernando (@las_novelas_de_naiara)

Prohibida la distribución ilegal de esta obra.

JULIO MARÍN GARCÍA

Un puzzle
de amor

Agradecimientos

A Marta por haberme ayudado tanto con esta historia, por sus correcciones nocturnas y sus consejos sin pedir nada a cambio.

A Eugenio, Laura y Fanny, por ser lectores 0 y darme vuestra más sincera opinión de todo lo que leíais.

A Fran, por haberme aguantado y haberme dado la motivación que necesitaba.

A mis lectores que, con sus tantos mensajes de apoyo, me recargan de energía para que pueda seguir escribiendo.

A mis padres, mi hermana, mis tíos, mis abuelos y mis primos, porque siempre están ahí, haciéndome sentir orgulloso del camino que he elegido.

Y, por último, a todas las historias de amor que he vivido y he visto vivir en otras personas, porque las he usado como fuente de documentación primaria para intentar crear una historia sin caer en los tópicos del amor romántico.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor:](#)

Prólogo

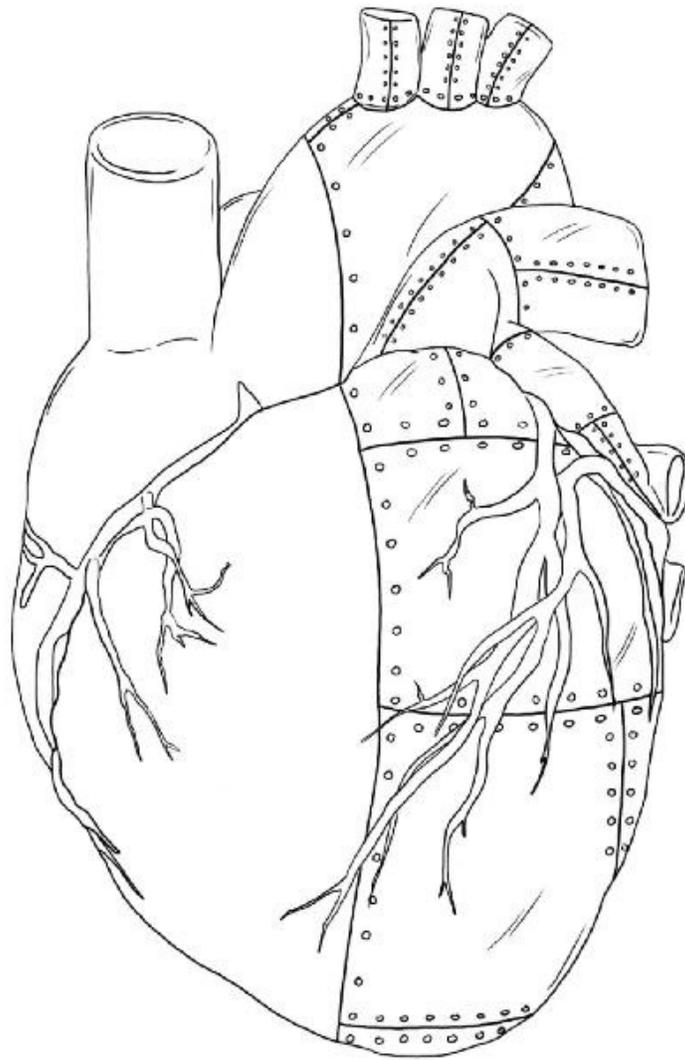
PUEDE QUE EL AMOR NO EXISTA, o tal vez puede que sea la fuerza más arrolladora existente. Hay cosas que para unos pueden ser, y para otros simplemente no existir nunca. La vida no es un mapa que todo el mundo tiene que interpretar de igual forma, aunque mucha gente se dedique a imponer su verdad absoluta.

Para Raúl el amor existió desde siempre, había tenido algunos novios (e incluso novias) y lo vivía con total naturalidad, sin embargo, para Ismael, el amor comenzó el día en el que su mirada se cruzó con la de Raúl. No penséis que fue el típico encuentro casual de una película taquillera romántica, en el caso de ellos fue simplemente uno de los más normales de esta sociedad: Tinder.

Ismael buscaba un polvo rápido, Raúl no se cerraba a nada, y lo que en un principio se iba a convertir en una sola noche, se alargó durante un tiempo más. El problema no fue el amor, sino todo lo contrario, el problema fue lo que sucedió esa fatídica noche en la que unas personas encapuchadas aparecieron de la nada y lo cambiaron todo. Para esas personas, seguramente, el amor no significaba absolutamente nada, y mucho menos si este era cosechado por dos hombres que se amaban con locura. Al fin y al cabo, para esos maleantes, ellos solo eran «maricones».

Ese veinticuatro de diciembre, Nochebuena, uno de los días más familiares del año, algo cambió en la vida de esa pareja. Uno de ellos fue obligado a cerrar los ojos, y el otro descubrió la cara más sórdida de la humanidad, y al verla entendió como muchas personas se sentían en el mundo. Se dio cuenta de la cantidad de injusticias que se producían en La Tierra.

El dolor de la pérdida duele, el dolor de la pérdida robada duele mucho más, y ese mismo dolor traspasó todas las barreras del sonido y llegó a un sitio tan lejano que fue escuchado por alguien que tenía el poder de cambiarlo todo. Algunos lo llamarían Dios, otros, simplemente, no podrían ponerle etiqueta; pero después de esa llamada extraña, Raúl tenía el poder de volver atrás; aunque no todo lo atrás que le hubiera gustado.



1

Ismael: *¿Vives solo?*

Raúl: *No, pero tengo la casa libre hasta el domingo.*

Ismael: *¿Te apetece que nos veamos?*

Raúl: *Así... ¿sin más? No sé, un café primero o algo.*

Ismael: *¿Eres nuevo aquí? Jajaja, va, pero invitas tú.*

Raúl: *¿Te viene bien a las 17:00 en Sol?*

Ismael: *Perfecto, ¿pero después vamos a tu casa?*

Raúl: *Primero tengo que comprobar que eres como en las fotos.*

Ismael: *En persona mejoro, así que limpia la casa antes de venir, que no me gusta acostarme en camas deshechas ??*

Una primera conversación no tiene por qué ser el mejor de los recuerdos, sobre todo en esta sociedad, donde los polvos se rifan en Tinder, y lo más importante antes de conocer a una persona, es si su aspecto físico cumple a rajatabla con los cánones de belleza actuales. Sinceramente, si tuviera que opinar

en este momento, diría que son dos jóvenes salidos sin ningún tipo de valores; aunque tampoco me gusta prejuizar y les daré el beneficio de la duda.

Raúl tiene dieciocho años, hace dos meses que lo dejó con su última pareja, la quinta o sexta de su vida (sí, ya sabéis lo que duran ahora las relaciones) y, como toda persona con el maldito concepto de la dependencia y necesidad de buscar a otra, no puede evitar hablar con cinco o seis tíos cada día por Tinder para ver si de una vez por todas se enamora de verdad y no es un capricho de dos meses.

Por su lado, Ismael tiene veinticuatro años, no se ha enamorado nunca, sigue estando en el armario para toda su familia y cree que el amor solo es una imposición de la sociedad y, por consiguiente, no existe. Su única interacción con los chicos son polvos rápidos y sin demasiadas explicaciones, aunque la realidad es que muchas veces echa de menos a alguien a quien abrazar y que importe. También le gustaría liberarse de las cadenas que lo atan, pero su familia es demasiado complicada. Solo os diré que su padre y hermano acuden cada año a la misa de Franco.

A pesar de todo esto, la vida siempre gira como una ruleta y, sin esperarlo, todas las expectativas se las lleva el viento. Y es que, aunque a mucha gente le cueste reconocerlo, hay miradas que atraviesan el alma, besos que remueven las extrañas y polvos que te gustaría echar durante toda la vida. ¡Ay si pudiera ser joven otra vez!

—Te has afeitado —dice el chico de la chaqueta de cuero mientras se aparta las gafas de sol.

—Sí, no suelo mostrar mis mejores fotos en la aplicación, me gusta sorprender a los chicos con los que quedo —le contesta Raúl mientras masca un chicle de fresa con un sabor de lo más notorio.

—Pensaba que había quedado con un hombre, pero veo que eres un niño —le contesta sonriente el hombre alto.

—Si tienes la ocasión de descubrir más cosas sobre mí, te darás cuenta de que no tengo nada de niño —le mira con picardía—, y cuando digo nada, es nada.

Ambos siguen caminando bajo una conversación, que como ya dije anteriormente, me hace pensar que están más salidos que el pico de una plancha. Joder, yo cuando era joven no tenía las hormonas tan revolucionadas. No es por juzgar, pero aquí solo veo dos pollas andantes que, llegado el momento, se las sacarán para ver quien la tiene más grande. ¡Qué juventud!

—Una Coca Cola Zero.

El chico de la chaqueta de cuero emite una carcajada involuntaria.

—Yo quiero un café con leche —contesta aún con la risa en la cara.

—¿Por qué te has reído?

—¿No preferirías un ColaCao caliente? Sigo pensando que eres un niño.

—Este señor y sus prejuicios, de verdad, estoy muy seguro de que con mis dieciocho años puedo darte muchas lecciones, y la primera de todas es que no me importa que la gente me vea tomar un ColaCao. Se llama tener un poco de personalidad.

Le da un golpe duro y, aunque Ismael lo disimula, le hace bastante daño, porque en el fondo sabe, que a él sí le importa demasiado lo que los demás piensan. ¡Ay! Con lo corta que es la vida, y la mayoría de la gente se la pasa aparentando.

Tras una conversación picante y, en algunos momentos, profunda, Ismael siente que este chico tiene algo que no había visto en otros. No porque haya un elegido predestinado para enamorarte, sino porque, quizá, esa simple frase, en ese momento exacto, había hecho que algo dentro de él se activara y, en ese instante, se sintiera receptivo para que su corazón empezara a abrir la puerta.

He de reconocer que eso me sorprendió, yo pensaba que actuaría como siempre, polvo y hasta luego.

—¿Quieres venir a casa?

El chico de la chaqueta de cuero lanza una mirada extraña y no está seguro de que contestar.

—No soy lo que estás buscando —dice tras meditarlo.

—No sabes lo que busco.

—Si voy a tu casa no volveré a verte mañana, ni nunca más.

—Si vienes a mi casa querrás verme mañana, y durante muchos días —añade Raúl con mucha seguridad.

Y es precisamente, esa valentía, en un chico tan joven, la que hace que el vello de Ismael se ponga de punta y se le revuelvan las entrañas. Sabe que ese chico tiene toda la confianza que a él le falta, y eso le da miedo, aunque también le atrae.

—Iremos a tu casa.

2

EL AMOR NOS HACE GOZAR DE GRANDES MOMENTOS, aunque si no se enfoca de una forma sana, también nos puede producir los peores ciclos de nuestra vida. El amor sano puede llegar a curar, mientras que, el amor tóxico, aunque quizá más intenso, siempre acaba matando. Es difícil tener clara la diferencia, pues la realidad es, tristemente, que el mundo está plagado de relaciones que gritan, sangran y, finalmente, mueren.

—¿Unas sábanas de Pokémon? Dime que es la habitación de tu hermano — dice el chico de la chaqueta de cuero mientras la coloca sobre la silla de la habitación de Raúl.

—Sí, son mis sábanas favoritas, y estoy seguro de que llegará el momento en el que me acompañes por la calle mientras juego al Pokémon Go —le contesta con una sonrisa sutil.

Ismael chistea al ritmo que lanza una mirada de desacuerdo, aunque en el fondo algo le hace pensar que no sería tan mal plan, pues él también juega a Pokémon, lo que pasa es que eso no lo sabe nadie. Al fin y al cabo, Ismael tiene dos caras, la que se refleja en su soledad y la que el mundo entero puede ver, pero os diré un secreto, Raúl lo tiene calado desde el primer momento.

Se sientan sobre la cama y, recurriendo al recurso típico de la primera cita, ponen una película que saben que nunca terminarán. Lo saben bien porque ambos están deseando precipitarse a sus respectivas bocas. Ismael suele ser lanzado, lo ha hecho en otras ocasiones, porque casi siempre queda con gente joven que apenas ha experimentado. Suele ser más atrevido e intimidar a sus ligues, pero en este caso se ha topado con un chico tan seguro que le hace temblar en todos los sentidos y, aunque se muere de ganas por coger las riendas, se siente como un niño asustado. Al fin y al cabo, aunque todos podamos creer que somos las personas más valientes del mundo, a veces también tenemos nuestros momentos de debilidad. Y justo ahí, Ismael se sentía muy acobardado.

Doce minutos de película, Raúl posa su mano suavemente sobre la pierna, casi temblando, del que aseguraba ser un «Don Juan», y que ahora más bien parece una «Novia a la fuga». Ismael responde rozándole sus manos sudadas por el nerviosismo y, de forma muy suave, se rozan sutilmente los dedos. A Raúl le

gusta sentir que, a pesar de tener menos edad, lleva el control de la situación, supongo que tampoco es algo a lo que estuviera demasiado acostumbrado. Y, de pronto, nos encontramos con la magia de dos jóvenes que se enfrentan a una novedad. Por un lado, nos encontramos con un joven no acostumbrado a coger las riendas que, por primera vez, las coge. Y a un experto en tomar la iniciativa que, por primera vez, no sabe qué hacer. ¡Vaya par, esto en mis tiempos no pasaba!

Supongo que a veces la vida te presenta situaciones que, en base a tu propia experiencia, creías poder enfrentar y, sin embargo, dan un giro inesperado y te dejan con el culo al aire. Y así estaban Raúl e Ismael, sintiendo que tanto el uno como el otro tenía algo que lo enganchaba a querer más.

—Es curioso que, a pesar de que piensas que soy un niño, estás temblando encima de la oreja de Pikachu —le dice mientras aprieta su dedo.

Y el gran hombre que parecía muy seguro de sí mismo, no sabe que responder ante eso, y los sudores se acrecientan en su rostro que, de forma casi inmediata, se pone rojo como un tomate.

—Te voy a besar —dice Raúl mirándole a los ojos y abalanzándose sobre él, sin ni siquiera esperar a su respuesta, aunque si somos sinceros, Ismael lo estaba deseando.

Los bocas chocan, a veces compenetradas, otras como piezas de puzzles diferentes, a veces con acierto, otras con torpeza; pero eso no importa, porque lo esencial es que está sucediendo, y este hecho significa algo diferente para ambos. Por cierto, la película ya va por la mitad, ¡vaya críos!

—Quiero quitarte la camiseta —susurra Raúl.

Ismael ha conseguido relajarse y dejarse llevar por la pasión del momento. Por unos besos tranquilos que no buscaban terminar rápido y por unas manos que acariciaban cada parte de él sin querer buscar su miembro viril. Ismael estaba descubriendo algo que, a pesar de tener veinticuatro años, no había vivido nunca. Entonces se quita la camiseta y, de forma veloz, la mirada de Raúl se clava en el tatuaje que alberga su pecho izquierdo: la huella de la patita de un perro.

—¿La pata de un perro? —le pregunta.

—Mi perra murió hace unos meses y siempre hemos estado muy unidos.

También se fija en otras marcas que tiene en su espalda, cicatrices bastante grandes, pero no quiere precipitarse y hace como si no las hubiera visto.

Ismael vuelve a darse cuenta de que, en otras ocasiones, esos detalles habían sido ignorados, y entiende la gran diferencia entre las sensaciones que le trasmite

el chico joven, y las que les transmitieron los otros que nunca llegaron a nada.

—Me encantan los animales. Tengo varios perros, pero mis padres los tienen en el campo. Soy voluntario de una asociación y recogemos animales de la calle e intentamos encontrarles hogar —contesta Raúl.

Y otra vez conectan, se unen poco a poco entre palabras que los empujan a conocerse como si de un puzzle se tratara, entre palabras que solo se dan cuando dos personas quieren hablar, pues de lo contrario solo hubiera sido un polvo que no hubiera llegado a nada más. ¿Cuántas personas pierden la oportunidad de conocerse porque ni siquiera se molestan en entablar una mínima conversación? Ojo, que cada uno sea feliz a su modo, pero digo yo que conocerse un poco tampoco será nada malo. Quizá sea que soy muy vieja.

Raúl toca su cuerpo y besa su piel. Tiene el cuerpo delgado, los abdominales algo marcados y un poco de vello por la zona del pecho. Ismael, cada vez más relajado, le quita la camiseta sin preguntar y observa su apolínea figura. Por su lado, Raúl tiene un cuerpo bastante definido, como resultado del atletismo, imberbe en su plenitud y muy blanquito. Ismael piensa que le gusta mucho, aunque eso no lo dice, ¡vaya pájaro!

Así continúan un rato más, rozando, en ocasiones, sus espadas puntiagudas que chocan contra sus vaqueros, pero que tampoco tienen intención de sacar. Están a gusto así, conociendo sus cuerpos y sus secretos y, aunque la idea inicial era follar, acaban durmiéndose sin hacer nada más.

Pues al final no estaban tan salidos, parecen inocentes y todo, menudos dos, quizá hasta se vayan a enamorar...

3

EL AMOR ES UN SENTIMIENTO ENORME que experimentamos hacia muchas personas, no solo hacia la pareja. El amor hacia nuestra familia, nuestros animales o nuestros amigos. ¿Qué haríamos sin esos amigos imperfectos que siempre están ahí para ayudarte, aunque a veces la caguen? Los amigos de Raúl eran un poco, lo que viene siendo, curiosos.

Elena tiene veinticinco años, un doble grado de magisterio y psicología que no le ha servido para nada, y un canal de YouTube con más de Cien mil seguidores, al cual dice entregarse en cuerpo y alma. No entiendo mucho el éxito de estos jóvenes, la verdad, en mis tiempos la gente ganaba dinero trabajando como un mulo y no hablando de velas, libros y cosas de esas que yo no entiendo. Por no hablar de su cuenta de Instagram, en la que se hace llamar «influencer», a saber qué significa esa palabra.

Nerea trabaja en una empresa de transporte de la que, en la gran mayoría de los días, se queja. Es graduada en física (tampoco ejerce, por eso se queja tanto) y es experta en feminismo, aunque algunas malas lenguas la llaman feminazi. Nunca tiene tiempo porque, entre su novio, su trabajo, y que vive en el quinto coño del mundo, la vida no le da para más. ¡Pobre zagala!

Por último, José, máximo representante del colectivo LGTBI+ (y no sé cuántas siglas más, se me va un poco de las manos), le gusta que se refieran a él con el género femenino porque para él, el género es, en resumidas cuentas, una puta mierda. ¡Ay madre, se me va la lengua! Suele tener una opinión propia para todo, y es un gran crítico de la sociedad. Sus peores enemigos son los machirulos y los votantes de VOX, si perteneces a las dos categorías mejor ni intentes hablarle, siempre lleva un anillo tosco en el dedo índice con el que te puede pegar un capón. Cuanto daño han hecho las joyas, ¡por Dios!

Podemos decir que, los amigos de Raúl no eran amigos normales y corrientes, pero bueno, la diferencia siempre aporta valores nuevos y, Raúl, a pesar de tener unos amigos muy raros, tenía los mejores que podían existir.

—Bueno, ¿para qué querías quedar con tanta prisa esta tarde? Me he perdido la manifestación de Hazte Oír —Vocea José.

—¿Hazte Oír? ¿Y tú para que quieres ir a una manifestación de esos maleantes? —pregunta con curiosidad Nerea.

—Para subirme al autobús naranja y cantar con ellos, ¿no te jode? Pues para

que voy a querer ir, para tirarles piedras a la cabeza, que parece que tanto trabajar te deja el cerebro sin neuronas.

—Eres una borde de mierda. Deberías ponerte a trabajar y perder menos el tiempo en esas tonterías, que solo te gusta provocar y llamar la atención —le contesta la del pelo rojo.

—¿Podéis parar ya? Siempre tenéis que estar como el perro y el gato, por cierto, ¿habéis visto que mi vídeo del unboxing de las nuevas velitas ha superado las 20.000 reproducciones en cuatro horas? —dice eufórica Elena.

—Madre mía, y yo que podría estar felizmente en la manifestación tirando piedras.

—Emm, hola chicos, me alegro de veros a todos... —añade Raúl.

¡Pobrecito mío! Entre unas cosas y otras no lo dejan ni hablar.

—Bueno, ¿vas a contarnos ya para que nos has traído aquí? —pregunta José mientras se enciende un cigarro, a la par que Elena y Nerea, máximas enemigas del humo, ponen mala cara.

—He conocido a alguien —dice Raúl mirando a los ojos de sus amigos.

Se produce un pequeño vacío de varios segundos que, de forma inminente, rompen todos con risas eufóricas que Raúl no llega a entender. Claro, qué iban a pensar ellos, si tenía un novio nuevo cada semana.

—Bueno chicos, como me olía esto, he traído la libreta de las apuestas. El ganador, como siempre, cincuenta euros —clama José

Raúl mira anonadado, casi enfadado, porque siente que esta vez es de verdad.

—A mí apúntame cinco días. Esperad que saco la cámara y hago nuevo vídeo para el canal. «El décimo novio de mi amigo Raúl». Estos suelen darme bastante visibilidad.

—Yo digo que dos días, si el último no superó ni las veinticuatro horas —Añade Nerea seriamente, como siempre.

José, que había estado observando la cara de Raúl, añade un comentario diferente.

—Mira que siempre soy la aguafiestas con este tema, pero es que tienes una cara de enamorada que no puedes con ella, mira que esta vez voy a darte dos semanas, y no te enfades que es el triple de lo que te di la última vez. Y a ver si aprendes a estar sola, que te gusta más agarrarte a un rabo que a un tonto un lápiz.

No podemos afirmar que, al menos de primeras, los amigos de Raúl confiaran en su nueva conquista, pero claro, ellos no habían visto lo que yo vi esa noche, aunque lo mismo, la que estaba confundida era yo, que me gustaba demasiado

Titanic y El diario de Noa.

Tras un rato hablando con ellos y contando cómo habían sido sus primeros días solo tenía la aprobación de Elena. A José no terminaba de encajarle eso de que con veinticuatro años estuviera en el armario con su familia. Y Nerea, a pesar de tener la misma edad, lo veía demasiado mayor para él. ¡Qué cría más rara!

—Madre mía, tú no puedes fijarte en alguien normal, lo que nos faltaba ahora, un heterocurioso —clama José con toda naturalidad.

—Que no es heterocurioso, solo que su familia es demasiado estricta con ese tema, solo es una víctima. Creo que deberías empatizar con él.

—Hija, si yo empatizo, pero solo digo que siempre te fijas en causas perdidas, no sé, ya que tanto interés tienes en buscarte un novio, fíjate en alguien más normal, que luego vienen los problemas y te tiras toda la semana llorando —Añade—. Y tú deja de grabar ya, pesada.

—Es curioso que tú hables de normalidad, que eres un bicho raro —recrimina Nerea.

—Yo seré un bicho raro, pero por lo menos la gente no va diciendo por ahí que soy un quejica y una delicada —contesta mientras exhala el humo del cigarro en su cara.

—¡Que no me eches el humo, que se me bloquea la tráquea!

—Bueno, lo importante, ¿cuándo nos lo vas a presentar? —pregunta Elena mientras sujeta la cámara con la mano, enfocando a su amigo, que más bien parece un entrevistado de Sálvame.

—¿Podrías bajar la cámara? —Palabras que, como si no hubieran emitido sonido, ignora Elena—. Pues primero tengo que conocerlo mejor, de momento hemos quedado mañana para ir a Toledo, y nos quedaremos a dormir en un hotel.

—Vamos que vais a follar como bellacos —dice, vulgarmente, José.

—Que soez eres eh, no, no vamos a follar, vamos a ver Toledo —contesta.

—¿Ahora vas de santita? No hay quien te entienda, será que no llevas ya unos cuantos polvos a tus espaldas, que aquí todos sabemos que a chupaditas no hay quien te gane.

—Yo solo te digo que lleves cuidado. Es un hombre mayor e indudablemente tiene mucha más experiencia que tú —le dice Nerea como si ella no tuviera su misma edad. ¿Pero qué le pasa a esta zagala?

—Nerea, tiene veinticuatro años, como tú, no es un viejo de cincuenta, ¡por Dios!

—Bueno, cuando te deje en la cuneta, con las lágrimas colgando de los ojos,

ya vendrás a llamarme.

—Madre mía, ya tenemos a la dramática de turno. A esta trabajar en esa empresa le afecta al riego sanguíneo.

Y poco a poco, en una conversación cada vez más absurda, se pasan las horas. Se despiden y cada uno se marcha a su casa.

—Hasta aquí el día uno del enamoramiento de Raúl, pronto conoceremos el verdadero resultado, nos vemos en el próximo vídeo nenes y nenas —dice Elena con todo su desparpajo.

4

LA FAMILIA ES UN FACTOR CLAVE en la vida de una persona, pues nos criamos con ellos y, para bien o para mal, mamamos de los valores que nos inculcan. Los padres de Ismael no eran, precisamente, unos progenitores idílicos. Su madre nació en una familia antigua y religiosa que le inculcó, de forma estricta, que su rol de mujer se debía limitar a cuidar de su familia y ser ama (esclava) de su casa. ¡Pobre niña, ahora mujer, que entregó su vida desde el minuto uno! Y luego dirán que, en estos años que corren, estas cosas no siguen pasando.

Hay aspectos en la vida de una persona que pueden explicar, casi con minuciosidad, por qué actúa de ese modo. Ismael, el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro, vivía dentro de un gran armario para toda su familia y, también, para gran parte de sus amigos. No es que fuera un cobarde como mucha gente podría estar pensando, simplemente, la reacción que podría tener su padre o su hermano sería tan destructiva que podría reventar su vida en un momento. Y eso, para alguien que está tan amarrado a su familia, es algo crítico.

La imagen que sus padres conocían de él era, en un sentido estricto, el éxito de la educación que siempre le inculcaron. Un padre que, en excesivas ocasiones, llegaba borracho; una madre que siempre limpiaba, rezaba y satisfacía los deseos de todos los hombres de su casa. Al fin y al cabo, para ella esa era su misión en la vida. Si pudiera volver a La Tierra ya me encargaría yo de poner a esos miserables en su sitio, ojalá alguien pudiera liberar a esa mujer que, con sus cincuenta y un años, aún está a tiempo de poder soñar. Aunque está claro, que no es la única esclava de esa oscura morada.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunta su madre.

—Regular, como siempre, deseando que me salga otra cosa —contesta Ismael quejándose.

—Estáis amariconados, en mis tiempos trabajábamos más y no nos quejábamos tanto —interrumpe su padre mientras, literalmente, se rasca la barriga cervecera en el sofá. ¡Qué señor más asqueroso!

Ismael asiente y, viendo que su madre está preparando la comida, decide ayudarla a poner la mesa. Su padre ni se inmuta más que para alcanzar el mando de la televisión y subir el volumen, y su hermano sigue en la habitación escuchando música y, como siempre, esperando a ser avisado para comer a mesa

puesta. ¡Cuánta falta de educación hay en ese hogar!

El sonido de la televisión resuena en una velada en la que apenas hay comunicación. Su hermano Rodrigo interrumpe el silencio.

—¿Mañana vendrás a jugar el partido de fútbol? —le pregunta a su hermano.

—Esta semana no contéis conmigo, tengo otras cosas que hacer. —Y, de forma automática, piensa en Raúl. Tiene muchas ganas de verlo. Desde esa noche no paran de escribirse como si fueran dos tortolitos. ¡Que disfruten ahora que son jóvenes!

—¿Planes? ¿Qué tienes que hacer? Mañana no trabajas...

—¿Consideras que trabajar es un plan? Tengo planes personales, y eso conlleva que no tienes por qué saber de qué se trata —contesta de forma borde.

Su hermano que, como todo ser humano picajoso y cabezón, le provoca con algún comentario sarcástico.

—¿Has quedado con una titi? Ya era hora, que desde la Marta no se te había visto con otra. Algunos amigos habían dicho que eras un maricón. —Y, entonces, de forma violenta, algo hace clic en Ismael.

Su padre lanza una mirada agresiva e Ismael se acerca a su hermano aceleradamente. Lo coge de la camisa, casi chocándolo con su cara y, levantando la voz, grita:

—No vuelvas a llamarme eso, o te comerás mi puño, imbécil.

Su padre, que casi le da algo tras oír el comentario de su hijo menor, se siente orgulloso de la reacción que tiene Ismael. Pues el simple hecho de haber imaginado tal ocurrencia le había producido ganas de vomitar. ¿Pero cómo puede existir gente tan intolerante? Si fuera por mí, los erradicaría a todos del mundo, o mejor, los llevaría a una isla desierta y que se mataran entre ellos, al fin al cabo, esta gente siempre necesita tener enemigos.

—¿A dónde irás mañana? —pregunta su padre con el tono muy serio.

—En realidad me voy esta tarde, pero dormiré fuera. He hecho planes.

—Nos ha quedado muy claro que has hecho planes, pero ¿con quién? —vuelve a preguntar.

Ismael comienza a sentirse de lo más incómodo.

—Tengo veinticuatro años, creo que tengo derecho a tener mis propios secretos y, sinceramente, no quiero contaros lo que voy a hacer.

Su padre que, como buen energúmeno no puede soportar la negativa, da un golpe en la mesa y monta un pollo mientras su enorme barriga se cuele entre los agujeros de la camisa medio desabotonada que lleva puesta.

—Mientras vivas en esta casa, tendrás que darnos las explicaciones que te

pidamos. Así que di de una puta vez lo que vas a hacer.

En realidad, eso quiere, dejar de vivir en esa casa, marcharse tan lejos como el viento le empuje y, aunque suene cruel, no volverlos a ver más, pero sabe que no puede, porque, aunque a veces los odia, no puede vivir sin ellos, porque ellos son todo lo que ha conocido hasta ahora.

—Voy a visitar Toledo con una chica, no quería contaros nada hasta que fuera algo serio y formal. Parece que todo hay que decirlo, no puede uno reservarse algo en esta casa.

Y, ante esa confesión, su padre se relaja, porque el motivo principal de tal exaltación había sido, una vez más, pensar que podía ser homosexual. Porque para él, su hijo podría ser un borracho, drogadicto, ladrón, agresivo, o cualquier cosa excepto eso. ¡Pobrecitos los niños y niñas que viven bajo familias así!

Poco después, casi sin ganas y un poco desmotivado por culpa de las personas con las que vive, comienza a preparar la maleta. Se siente mal por no atreverse a ser sincero, pero sabe que decir la verdad, solo supondría empeorar las cosas, porque su padre y su hermano jamás estarían dispuestos a escuchar la realidad de sus gustos. ¿Qué más les dará a ellos? Que cada uno viva su vida y sea feliz, joder.

Una vez preparado todo, coge el coche y se dirige al hogar de Raúl, que ya lo está esperando, lleno de ilusión, en la puerta de su casa. Se sube con la felicidad desbordando de sus ojos y se encuentra que, el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro, tiene los ojos enrojecidos de haber llorado.

—Creo que es mejor que no vayamos a más —dice con la mirada y la voz seria.

—¿Por qué? —pregunta Raúl desubicado.

—No soy un chico fácil. Mi vida es complicada, y tú mereces una historia acorde a tus dieciocho años.

—Déjame decidir a mí lo que quiero para mí, ¿no? Puede que, indiscutiblemente, tengas una vida difícil, pero yo no tengo porque complicártela más.

—Tú no eres mi problema, pero yo sí podría ser el tuyo. Te repito, mi vida está llena de obstáculos y, aunque el otro día intenté aparentarlo, no soy una persona feliz. Ni siquiera tengo sueños ni nada que me ilusione como a ti.

—Bueno... Eso no es verdad, ahora tienes algo ¿no?

Y, aunque le está pidiendo que se marche, en el fondo todo lo que desea es que le dé un abrazo fuerte, de esos que curan el alma y emborrachan las penas. ¡Pobre joven que, bajo una chaqueta de cuero y una coraza de hierro, oculta a un

niño que sueña con ser feliz!

5

UN VIAJE, AUNQUE SEA PEQUEÑO, siempre es un buen motivo para desconectar de los problemas. Ismael, el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro, se había recompuesto durante el trayecto y, aunque no al cien por cien, había recuperado la ilusión que tenía antes del desencuentro familiar. Por su parte, Raúl, el chico natural y de sonrisa incrustada, había intentado hacerle olvidar, aunque fuera solo por ese día, los quebraderos de cabeza que le reconcomían. Y eso que, como suelen decir los jóvenes de hoy en día, solo iba a ser un polvo. Que a ver, a ser sinceros, con el tipo que tenía yo a su edad, si hubiera vivido en esa sociedad, también hubiera caído alguno que otro. Eso no se lo digáis a mi Antonio.

La Catedral de Toledo inspiraba al más joven multitud de sentimientos, pues, como si fuera un poeta, veía belleza en el arte. Por su lado, Ismael, aunque se había emblandecido, no terminaba de sentir nada por aquella edificación que comenzó a cobrar vida en el siglo XII. Si los creadores de aquella obra de arte pudieran debatir con él, seguro que acabaría rendido a sus pies, pero bueno, no se le puede exigir a todo el mundo que aprecie las cosas del mismo modo, sino, qué aburrida sería la vida.

Toledo les ofreció grandes aventuras que, como si fueran una pareja de enamorados, disfrutaron bajo el anonimato de un lugar en el que nadie podía reconocerlos. Así que, entre risas, provocaciones y locuras varias, gozaron de toda la oferta turística que ofrecía la ciudad: visitaron el Alcázar, el Monasterio de San Juan de los Reyes y el museo del Greco, aunque el lugar más especial y, seguramente, el que jamás olvidarían, fue el Parque del Circo Romano. Allí, cuando el sol comenzó a dormirse dándole paso a la luna, pudieron llegar a conocerse, un poco más.

—Y tú que decías que si venías a casa no volvería a verte —dice el chico natural y de sonrisa incrustada.

Ismael no puede evitar mostrar una sonrisa natural.

—Hasta los dioses nos equivocamos alguna vez, pero no jugaré al Pokémon Go contigo, eso tenlo claro —continúa bromeando, provocando que la sonrisa incrustada de Raúl se acreciente aún más.

—En cinco días te tengo aquí, a mi vera, bajo la luz de la luna y en un parque que no sabíamos ni que existía. Dame una semana más y, sin lugar a duda, te

tendré bajo mis pies. Aunque bueno, quizá para tenerte ahí, no necesito tantos días —dice mientras se muerde, de forma provocadora, su labio inferior.

—Creo que te estás acostumbrando a subestimarme —Ismael se acerca lentamente a él—. Quizá el que se arrodille primero seas tú y, como si fueras mi musa, me supliques que te entregue mi más preciada virtud —entona haciendo el payaso.

Raúl, ante el intento medio poético, medio erótico, del chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro, no puede evitar descojonarse en su cara.

—Por favor, no vuelvas a hacer eso, se te dan fatal las metáforas. ¿Qué tendrá que ver una musa con qué te mueras de ganas de que te coma el rabo?

Y, como si fuera una bomba explosiva, se carga el momento romántico. ¡Vaya crío! Si estuviera ahí le lavaba la boca con un estropajo, ¿será posible?

—Eres un gilipollas... —dice Ismael medio enrabiado.

Raúl, entre tantas cosas, también destacaba por ser un provocador nato, le gustaba quedarse con la última palabra y, lo peor de todo, siempre tenía una idónea para cada situación. En Telecinco hubiera triunfado, desde luego, ni Belén Esteban.

—Perdóname, no te enfades. En realidad, me gustó que lo dijeras, porque creo que, aunque no nos conocemos casi nada, siento como si fueras especial.

—Tal vez seas la primera persona que pueda conocer un poco de mi verdadera realidad —contesta Ismael con la voz muy bajita.

—Me gusta tener ese privilegio. No te fallaré, puedes confiar en mí. —Y se acerca, lentamente, a sus labios. Los besa otra vez y, como si estuvieran bañados en azúcar glas, los relame con mucha delicadeza, pues sabe que, Ismael, el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro, tiene dentro un niño muy sensible que por momentos se asoma dejando al descubierto todos sus miedos.

Y miedos tiene a cascoporro, porque el pobre niño, cuando tenía solo siete años, vio como su padre golpeaba a su madre contra el armario del salón. Miró petrificado como las injusticias que albergaba su morada se iban repitiendo, con cada vez más conciencia, conforme se hacía mayor. El miedo lo bloqueaba, paralizaba su identidad y, en forma de esa popular coraza de hierro que siempre lleva, creaba un escudo para protegerse a sí mismo de su padre y de otros monstruos que pasean a sus anchas sin ser reconocidos como tales, porque claro, su padre y esos monstruos, en público, son personas admirables. ¡Cuánto cabrón y cuanta hipocresía!

—¿Sabes qué es lo que me da realmente miedo?

—¿Qué? —pregunta Raúl.

—Enamorarme de ti.

—¿Por qué no te dejas llevar y te olvidas de lo demás?

—Porque llevo toda mi vida pensando en los demás, no es fácil hacer como que, de repente, no importa lo que puedan decir.

Se miran y, de forma estremecedora, un silencio se adueña de ellos.

—Estoy dispuesto a esperar, a darte todo el tiempo que necesites, yo estoy feliz conociéndote, no necesito el reconocimiento de otras personas, de hecho, me la sudan.

Ismael traga saliva y, una vez más, se sorprende de las respuestas del joven al que subestimó a primera vista.

—¿Y si nunca se me va el miedo?

—Mi madre siempre ha dicho que, si el resultado final merece la pena, se consiga o no, hay que luchar por llegar hasta él. No puedo saber si superarás algún día las barreras que te atan, pero lo que sí sé, es que, si las superas, quizás podamos disfrutar el uno del otro y, sobre todo, que seas una persona más feliz. No por mí, porque nadie garantiza que vayamos a enamorarnos y a estar juntos para siempre, sino por ti, porque sentirás una liberación tan grande que nadie podrá volver a hacerte daño y, por fin, alcanzarás la seguridad que tanto mereces. —Y antes de terminar la frase, de nuevo, Ismael estaba cobijándose en su torso bajo un gran abrazo, de esos que atraviesan el alma.

Tras un día agotador lleno de emociones y cultura (aunque no le prestaran mucha atención), llegan al hotel que habían reservado. No es un hotel lujoso, más bien, y haciendo referencia a sus dos estrellas, es un cuartucho pequeño con una cama medio incómoda en la que, de forma pasional, se entregan el uno al otro, por primera vez.

Mucha gente se empeña en excusarse de no ir a un sitio, olvidándose siempre de que lo importante no es la ubicación a la que vas a ir, sino las personas que te van a acompañar. Y en este caso, Raúl e Ismael, han convertido una habitación cutre en su nidito de amor. Se han besado, lamido, tocado, acariciado, dormido, despertado, vuelto a besar, abrazado, separado, juntado y, sino llega a sonar la alarma, hasta hubieran hecho el pino.

La alarma significa el final de su primera escapada. Ambos vuelven a sus respectivas rutinas con un buen sabor de boca, aunque y, como todos sabemos, uno de ellos no tenía ninguna gana de volver a su realidad, porque volver a su realidad significaba ocultar su verdadera identidad. Y de eso, ya estaba muy cansado.

6

EL AMOR PUEDE SER UNA DE LAS MEJORES SENSACIONES que una persona puede experimentar, pero si lo idealizas se te puede ir de las manos y, como si fuera una bomba, explotarte con mucho dolor. Por eso siempre hay que trabajar una buena comunicación y, sobre todo, no olvidarse nunca de que la persona más importante en tu vida eres tú. Puede que muchas veces, una cara felizmente sonriente y unas hormonas revolucionadas puedan confundirte y, sin darte cuenta, comenzar a hacerte pequeñito. Soy de las que piensa, y lo digo completamente segura, que el amor sano siempre te hace grande.

Tengo mis dudas acerca de lo que he visto estos días. Raúl e Ismael se están, lo que viene siendo, enchochando y, a priori, todo parece muy bonito, pero hay una realidad terrible sobre ambos. Y es que, para amar de forma sana, también pienso que tienes que estar mentalmente sano y, desafortunadamente, el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro tiene demasiados problemas que enfrentar. Problemas, por supuesto, de los que está huyendo. Por su lado, el chico natural y de sonrisa incrustada, sin querer admitirlo, sé está dejando llevar demasiado y me temo que, como no bajen el ritmo que llevan, puedan acabar sufriendo mucho. Ojalá me equivoque, porque en el fondo, todo lo que deseo es que, la luz de Raúl pueda ser lo suficientemente intensa, para alumbrar toda la oscuridad de Ismael.

—Bueno, habéis superado vuestra primera semana juntos, esto rompe la estadística de tus anteriores novios —dice José mientras tacha de las apuestas a Elena y Nerea, puesto que, le dieron menos del tiempo que ha transcurrido.

—Os dije que esta vez iba en serio.

—Pero... ¿te trata bien? ¿No te habrá forzado a nada?

—Por Dios, Nerea, deja de verlo como a un psicópata, a ver si entiendes, de una vez, que tiene la misma edad que tú.

—Y... ¿lo habéis hecho ya? —pregunta Elena tímidamente mientras sujeta la Canon 700D con su mano derecha.

—Elena, deja la puta cámara, no voy a contestar esa pregunta mientras el objetivo está casi dentro de mi ojo.

Y, muy a su pesar, la guarda en su mochila de tela inspirada en Doraemon.

—Sí, lo hicimos —dice Raúl finalmente con unos ojitos de lo más

ilusionados.

—Lo sabía, demasiado estabas tardando, si en el pueblo todos te conocen como «la pajas», a mí esa actitud de virgencita que trajiste el otro día no la creí nada —dice José de forma brusca.

—Y... ¿Qué tal su...? Ya sabes... —pregunta, en forma de susurro, Elena.

—Mira que eres curiosa eh, pues a ver, no me voy a quejar. —Y vuelve a reírse mientras se sonroja.

—Con razón tienes esa cara de perra amiga. ¿Pasivo o activo? —vuelve a preguntar bruscamente José.

Raúl vuelve a sonrojarse, comportamiento no habitual en él, pues normalmente no le dan vergüenza estas conversaciones.

—Eso es algo entre nosotros, prefiero guardármelo para mí.

—¿En serio? Ya ha salido otra vez la Virgencita de Guadalupe, pues como veas, pero tiene pinta de que te dejó el culo como la bandera de Japón.

Nerea y Elena se ríen y, aunque no suelen hacerlo, le dan la razón a la que ellos denominan «la mamarracha» del grupo.

—Bueno, pues si tenéis o no razón es algo que no vais a descubrir nunca —añade el chico natural y de sonrisa incrustada intentando disimular el dolor de culo.

—Bueno, pues cambiemos de tema, que a la señorita se le ha subido la dignidad al cerebro. ¿Cómo va el proceso de conversión del heterocurioso?

—Uf, ¡qué crío!, ¿Solo te gusta hablar de temas polémicos? Pues mal, si solo nos conocemos de hace una semana.

—Mira, yo me callo, porque estás hoy insoportable, la próxima vez antes de quedar con nosotras, tómate una tila.

—Raúl, sabemos que es un tema delicado, pero, si vais a estar juntos, tendrá que atreverse a salir del armario —aconseja Elena con mucho tacto.

—Pero, ¿quién ha dicho que estamos juntos? De momento solo somos amigos que se están conociendo. Creo que, sinceramente, siete días no es suficiente como para que, de repente, sea el gay perfecto.

Y ahí tiene razón, porque salir del armario, como muchas personas como él saben, no es algo fácil. Lo peor que puede hacer alguien es presionar a otra persona, porque al final no está saliendo por su propio pie, sino más bien, está siendo arrastrado a salir. Y cada persona tiene que avanzar a su ritmo, porque es la única forma que asegura que, una vez fuera, no se vuelva a entrar.

—Puede que lleves razón, pero tampoco te conviertas tú en una sombra, cuando tú siempre has sido una luz segura de sí misma —contesta su amiga.

—A veces por amor, uno tiene que ceder en ciertas ocasiones —dice Nerea que, hasta ahora, había permanecido callada.

—¿Ya estás diciendo tonterías otra vez? Uno tiene que ser siempre fiel a sí mismo. A ti te tienen que querer por lo que eres, y no por lo que les gustaría que fueras —dice José enfadado, porque en realidad, fuera de bromas, José no quiere que ninguna de sus amigas deje de ser como es por nadie.

Los demás asienten, aunque Raúl tiene una cara que desconcierta un poco a sus amigos. Y esa es la misma cara que yo vi el otro día y que, indudablemente, me hace pensar que estos dos jóvenes puedan llegar a amarse tanto como destruirse. Como ya os dije, espero estar equivocada.

Nerea se ha traído el coche y, como siempre, deja a cada uno en su casa. El último en bajarse es Raúl, pero antes de hacerlo, su amiga le pregunta si puede hablar con él un momento. Él asiente. Aparca el coche en un parque cercano a la casa de Raúl y le confiesa un secreto.

—Manu no puede tener hijos, es estéril.

Raúl traga saliva porque sabe que, para Nerea, tener una familia numerosa era algo que le hacía mucha ilusión.

—¿Estás segura?

—Llevábamos detrás del bebé cinco meses y, ante todos los intentos fallidos, fuimos a un especialista. Tras unos análisis y pruebas, determinaron que Manu es estéril.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, por un lado, pienso que no es mi culpa y, aunque suene egoísta, no quiero renunciar a tener mis hijos. Pero también sé, que él me ama como nadie y me siento rastrera por pensar así. —Empieza a llorar.

—Pero no es el fin del mundo, tienes otras vías, no sé, inseminación artificial o, incluso, adoptar un bebé.

Nerea lo mira apenada.

—El proceso de adopción tardaría años y, lamentablemente, la inseminación artificial es demasiado cara para mí. Además, no estoy segura de que quiera que tenga un hijo con el semen de otro hombre.

—Pero eso me parece una soberana gilipollez, creo que tanto tú como él tenéis que ceder en según qué cosas.

—Por eso dije lo que dije cuando tomábamos el café. Estoy confusa y no sé qué debo hacer —dice Nerea que cada vez solloza con más ansiedad.

—Tienes que decirle la verdad, que si no comparte contigo el deseo de que tengas un hijo, aunque sea por inseminación artificial, tendrás que dejarlo. No

puede quererlo todo.

—¿Y si lo dejamos? Yo no estoy preparada para eso ahora, se me vendría el mundo encima.

—Cosas peores te han pasado y, como siempre, saldrás, saldremos. —la abraza con mucha fuerza. A Nerea le gusta confesarle estas cosas porque, de entre todos sus amigos, es el que mejor sabe escuchar.

Así que, mientras una Nerea confundida se marcha en su Seat Ibiza, un Raúl ilusionado desea con fuerza volver a ver al chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro.

EL DOLOR DEJA DE NOTARSE tanto cuando uno se acostumbra a él. La primera vez que algo te golpea duele mucho más que, cuando de forma repetida, te sigue machacando en el mismo lugar. La mamá de Ismael se había acostumbrado a esa realidad desde que era pequeña. Recibió una educación en base a eso y, aunque la reivindicación feminista cada vez está más presente, no sabe pensar de otro modo.

Pobre mujer que, sin que nadie lo sepa, toma más medicación de la que debería. Pobre mujer que, sin que nadie lo sepa, hace mucho que se olvidó de sonreír. Pobre mujer que, teniendo un marido y dos hijos, está completamente sola.

Ismael, en muchas ocasiones, quiere llegar a ella, pero no sabe. Nadie le enseñó a crear una buena comunicación y, aunque la ve sufrir todos los días, siempre que intenta ayudarla, se queda en blanco. Si él supiera un poco más de ella y ella un poco más de él, quizá, ninguno de los dos cargaría con esa coraza pesada y, unidos, podrían reunir las fuerzas necesarias para enfrentar el único y verdadero problema que habita junto a ellos. Pero como he dicho antes, nunca crearon ese vínculo y, lamentablemente, no saben cómo hacerlo. ¡Pobres víctimas!

El suceso de anoche provocó que, por una vez, el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro se atreviera a pasar un pañuelo por los ojos tristes de su madre. Había estado llorando toda la mañana porque, el día anterior, el alcohol (o eso pensaba ella) había provocado que el dictador de su vida se propasara durante la noche. Hay hombres que no entienden lo que significa la palabra ¡NO! Y, de forma casi divina, viven la vida creyéndose con el poder de dirigirlo todo, hasta la vida de otras personas. Hombres que se olvidan de las palabras y, como si fueran animales salvajes (que seguro que lo son), lo revientan todo. Le había provocado un desgarramiento anal, pero Sofía no lloraba por eso, lo hacía porque, injustamente, creía que era su culpa.

—Madre, no puedes dejar que te trate así. —Por una vez dice lo que cree, con cierta distancia, pero mirándola a los ojos.

—No estuve a la altura. Soy una desagradecida —contesta, acumulándose mayor cantidad de lágrimas en sus ojos.

Sus palabras le duelen porque sabe que no es verdad, sabe que su padre es un

cabrón y que ella siempre ha sido demasiado buena con él. Siempre ha tenido la comida preparada a la hora exacta, un masaje listo cuando el señor lo ha pedido, un renunciar a la televisión cuando ha querido cambiarla sin pedir permiso y, como si tuviera una máscara, una gran sonrisa a todas sus peticiones.

—Eres la única mujer que se porta así con su marido. Las madres de mis amigos opinan, tienen Facebook y, en muchas ocasiones, gritan más que los hombres con los que están casadas. Pero tú, siempre lo aceptas todo y, como si no te importara, lo complaces —dice, con cortas pausas.

Ella está desconcertada porque, y aunque sabe que tiene razón, nunca se hubiera imaginado a su hijo diciéndole algo así. El problema entre ellos es que, a pesar de vivir en la misma casa, no se conocen mucho. Ella piensa que su hijo tiene los mismos valores y pensamientos que su padre y él piensa que ella nunca ha estado a la altura de ser una buena madre. Ahora, por un pequeño momento, lo que ambos piensan, se disipa.

—Le tengo miedo —dice mirándolo fijamente.

—Yo también —contesta su hijo con los ojos más brillantes que nunca.

En ese momento los dos piensan una cosa, una cosa que, de ser valientes, podría cambiar sus vidas hacia un camino mucho más feliz: marcharse. La idea da vueltas en sus cabezas e intenta salir por la boca de uno de ellos como si fuera un grito, pero ninguno consigue pronunciar la palabra mágica y, con una fugaz mirada al reloj por parte de Sofía, se levanta asustada porque el hombre de la casa puede llegar en cualquier momento, y la comida no está preparada.

El chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro la ve marcharse y, de nuevo, pierde todo atisbo de esperanza. En ese momento, recibe un mensaje que, como siempre, le saca una sonrisa verdadera.

Raúl: *31 días desde nuestra primera cita, hagamos balance: nos hemos visto doce veces, hemos echado 6 polvos, hemos visitado Toledo y Segovia, te hice una paja debajo de un árbol en el Parque del Manzanares y nos damos los buenos días y las buenas noches desde entonces. ¿Esa era tu forma de decirme que si venías a casa no volveríamos a vernos jamás? ??*

8

—LLEVAS DÍAS DESAPARECIDO, estábamos preocupados —dice Roberto.

—Lo sé, he necesitado un poco de espacio para aclarar mis ideas —contesta Ismael.

—No me extraña que todo el mundo piense que eres el filósofo del grupo —añade Verónica mientras le da el pecho a su bebé.

—Te perdiste la fiesta del otro día, estaba llena de pibitas —dice Roberto.

—Que pereza, si vais a empezar a hablar de tetas y culos me voy a mi casa, no quiero que mi hijo escuche vuestras absurdas conversaciones en las que solo habla vuestro gusanillo.

Ismael nunca ha sido un chico de muchos amigos, quizá sí de colegas, pero de los de mentira. A lo largo de su vida, a la hora de recurrir a alguien, solo dos nombres acudían a su cabeza: su mejor amiga de la infancia, Verónica; y Roberto, al que quiere como un hermano. Ambos son mayores que él y, desde siempre, lo han aceptado sin importarle su edad. Verónica se casó el año anterior y vive junto a su marido, un *gamer* moderno que se gana la vida jugando al ordenador. ¡Entre la influencer y el *gamer* apañados estamos! Roberto, hombre de gimnasio y figura apoteósica, metro noventa y cara de modelo, aboga por una vida sin ataduras, aunque, y esto no lo reconocerá en la vida, sus ojos miran en muchas ocasiones, disimuladamente, a Verónica.

—Necesito contaros una cosa, que me escuchéis y, sobre todo, que no me juzguéis.

Ismael iba a hablar por primera a sus amigos de sus verdaderos gustos. Tenía miedo, pero, y eso lo sabía con seguridad, ellos no eran unos homófobos como su padre.

—Sé que tendría que habérselo contado antes, pero no es algo fácil para mí, dado mi entorno familiar, así que, sobre todo, espero que no os decepcionéis porque no os lo haya dicho antes.

Ismael se estaba yendo por las ramas y su nerviosismo aumentaba por momentos.

—Hijo, o lo dices ya o se me va a cortar la leche —Añade Verónica de forma espontánea.

Roberto sigue mirando fijamente los ojos de su amigo. Está un poco nervioso porque la última vez que tuvo una conversación parecida le contaron una cosa

que lo marcó para siempre y de la que, por voluntad propia, prefiere no hablar. Ahora que me doy cuenta, madre mía todos los secretos que oculta este hombre de *gym*, como dirían los jóvenes.

—Estoy conociendo a —suspira muy fuerte—, un chico.

Sus amigos miran con sorpresa y guardan silencio esperando que diga algo más.

—No me miréis así, me estoy enamorando de un chico, no puedo evitarlo.

—¿Eres gay? —dice Roberto ralentizando su pronunciación en la palabra «gay».

—Pero no hagáis eso, no me miréis como si os estuviera contando que tengo una enfermedad terminal. Estoy feliz conociendo a ese chico, es una buena noticia.

Verónica acurruca a su bebé en el carricoche, aún en silencio y, de forma afectuosa, se levanta y posa sus manos sobre las mejillas de su amigo.

—No nos importa que seas gay, en cierto modo, creo que siempre lo supe, pero me da rabia porque todos conocemos a tu padre, y sé que lo tienes que estar pasando muy mal por eso.

—Esto no cambia nada —corroborra Roberto.

El chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro tiene ganas de llorar mientras se sincera con las personas que siempre tuvieron un hueco para él.

—Tengo miedo de que, por no atreverme a enfrentar a mi padre, se canse de mí. Él es un chico muy seguro de sí mismo y, sinceramente, no sé cuánto tiempo aguantará estando con una persona tan discreta como yo.

—Tendrás que marcharte de esa casa. Ojalá pudiera decirte que te acabará comprendiendo, pero no quiero engañarte. Ya sabes lo que pienso de él, jamás podrá aceptar lo que eres —dice Verónica casi llorando, porque en realidad, renunciar a tu familia, es algo muy grave.

—Una vez lo haga, jamás seré bienvenido de nuevo, ni para Navidad, ni para ver a mi madre, ni siquiera para ver a mi hermano. Me quedará totalmente solo.

—Una lágrima cae.

—Siempre nos tendrás a nosotros. Siempre tendremos un abrazo para ti y una cama para que puedas dormir.

—¿Por qué las cosas no pueden ser más sencillas? Solo quiero poder disfrutar de una vida normal sin sentir que haga lo que haga una bomba explotará en mi vida. —Suspira un poco agobiado—. Nadie me asegura que lo que sentimos Raúl y yo vaya a ser para siempre, ¿y si lo pierdo todo? —deja la pregunta en el aire.

—Tienes que pensar que esto no lo haces por Raúl, porque, aunque lo vuestro no funcione, tú seguirás siendo homosexual y tu padre un homófobo de mierda. Esto es solo por ti, por tu dignidad —vuelve a decir Verónica que está siendo de lo más sensata.

—Lo único que necesito sentir y saber es que llegado el momento tendré vuestro apoyo. No sé cuándo tomaré la decisión, pero lo que sí sé es que tarde o temprano lo haré —añade con firmeza.

—Estoy orgullosa de ti, de que te atrevas a reconocer lo que eres, creo que si todo el mundo fuera como tú, la gente aprovecharía mejor las oportunidades que les ofrece la vida. —Y esta última frase parece activar algo en Roberto.

—Gracias por todo, sois mi verdadera familia.

—Para eso están los amigos, para quererse y protegerse por encima de todo —contesta Roberto.

—Una última cosa, me gustaría que lo conocierais, aunque puede que su edad os choque un poco, os aseguro que es una persona muy madura.

—Miedo me das, ¿qué edad tiene?

—dieciocho —dice sonrojado.

—Madre mía, mira me ahorro sacar conclusiones precipitadas, aceptaré esa cita con mucho gusto. Además, tengo que supervisar quién a emblandecido el corazón de mi hombretón de hierro —dice Verónica de lo más sarcástica.

—Ya sabes que donde tu digas que hay que ir, yo iré —concluye Roberto.

Los amigos son esa pequeña familia que nos acompaña y que, cuando son de verdad, hay que saber cuidar como si fueran el mejor de los tesoros, porque un buen amigo estará ahí para siempre, en las buenas, en las malas y en las peores.

9

HAY MOMENTOS QUE, como si fueran cuchillos afilados, marcan la vida de una persona, situaciones que creemos que nunca podrán ocurrirnos pero que están ahí, más cerca de lo que nunca podríamos imaginar.

—¿Qué te ocurre? Intenta relajarte por favor —dice Raúl.

Nerea llora desconsoladamente en el parque de siempre, donde cuando todos se van, se queda con Raúl, su amigo de máxima confianza y, de forma entregada, le confía sus secretos.

—Es un hijo de puta. Soy estúpida —solloza.

—Pero, ¿qué ha pasado ahora? —pregunta Raúl como bien puede.

La noche los ilumina bajo la luz argéntea de una luna llena que, como si estuviera en un gran baile, se muestra sin ninguna timidez, apoteósica y enormemente espléndida.

—Estaba dispuesta a estar con él, a pesar de que no pudiera tener hijos. Lo quería, tú lo sabes bien. —Chapurreama, tiritando y llorando sin control.

Raúl se acerca a ella y la estruja en sus brazos, sin comprender aún que le está sucediendo.

—Me ha puesto los cuernos —grita llena de dolor.

Raúl queda impactado pues, aunque nunca le había caído bien su pareja, no se esperaba que fuera capaz de serle infiel.

La traición duele mucho, sobre todo cuando has entregado toda tu vida a otra persona. Ciertamente es el error más grave fue tomar esa decisión, pues por mucho que ames a alguien, nunca debes olvidarte de ti mismo. Nerea había renunciado a un trabajo en Japón, a poder salir más los fines de semanas y, sobre todo, se había olvidado de tener ilusiones. Y eso, queridos, nos deja vacíos.

—No te lo mereces —contesta Raúl afligido.

—He sido demasiado estúpida.

Nerea tenía claro que, después de ese palo, no iba a seguir con él. A veces, todos necesitamos llevarnos una hostia que nos ayude a abrir los ojos. Ella, aunque dolida, había tomado la decisión de separarse de él. En su caso concreto, sería una ruptura complicada pues, a pesar de ser muy jóvenes, vivían juntos. Además, estaban perfectamente introducidos en sus respectivas familias, y llevaban casi ocho años de relación.

—Ahora es un nuevo comienzo. Tienes otra oportunidad. Eres una chica guapa y que, indudablemente, encontrará un hombre mucho mejor.

—No encontraré a nadie, todos pensáis que soy repelente, que siempre os corto el rollo. Solo sigo en este grupo porque tú me mantienes en él, José y Elena ni me llaman.

Raúl traga saliva e intenta buscar un argumento que rompa el pensamiento de Nerea. Es algo difícil porque, en cierto modo, tiene razón. Su amargura cada vez se hacía notar más y todos sus amigos estaban cansados de oír sus quejas. Raúl era el único que podía conectar más con ella porque, al fin y al cabo, ellos tenían un vínculo especial.

—Eso es mentira, verás como ahora todo cambia. Vas a conocer gente nueva y vas a descubrir un mundo mejor, la vida tiene mucho que darte todavía.

—Ahora viene lo peor, toda la mierda que hay detrás de una ruptura. Reproches, recoger mis cosas y... —se derrumba aún más— volver a casa de mis padres.

—Yo no sé mucho de relaciones, pues todos sabéis que siempre me han durado poco, pero sé que detrás de una ruptura, con el paso del tiempo, hay un nuevo camino, una nueva oportunidad de hacer las cosas de otra manera, una nueva oportunidad de que te conozcas mejor a ti misma.

—Tengo miedo de ser lo que Elena o José ven.

—Eres más que eso, solo que a ellos no se lo enseñaste bien.

—Gracias por escucharme, siempre has sabido ser un buen amigo.

—Tú también lo has sido conmigo, si no nos cuidamos los unos a los otros, ¿quién lo hará?

La amistad verdadera te une incondicionalmente a alguien, no todo el mundo, lamentablemente, puede haberse sentido así. Encontrar a un amigo de verdad es difícil, y mantenerlo, aún más, sobre todo en esta vida donde, por desgracia, las cosas siempre cambian. Yo recuerdo una vez haber tenido una buena amiga, o eso pensé yo, después se casó y... Nunca supe más de ella.

—Ojalá Ismael te haga lo feliz que mereces.

—Con o sin Ismael seré muy feliz porque tengo a gente a la que admiro cerca de mí.

—Pero ahora él también está cerca de ti y desde que eso pasó te ves diferente. Creo que esta vez si te estás enamorando.

—Quizá esta vez sea de verdad —dice muy pegado a ella.

—Solo asegúrate de hacer las cosas bien, de amar sin prisas y, sobre todo, de pensar mucho en ti, no como he hecho yo.

—Intento aprender de vosotros, de mis padres e incluso de lo que mi abuela me enseñó antes de morir. Aunque a veces tengo miedo de cagarla, sé que mi vida o la de cualquier persona homosexual, aunque cada vez el colectivo esté más normalizado, nunca será igual que la de una persona heterosexual. —Su rostro se ensombrece—. Si entras en cualquier App para buscar citas con hombres te darás cuenta de que la mayoría tienen sus caras tapadas, presos aún del que dirán. Las agresiones aumentan cada año y suelen superar las doscientas anuales. Las tasas más altas de bullying son por este hecho. Siempre estaremos expuestos a una mala mirada, a un desplante o, mucho peor, a que un hijo de puta nos arruine la vida con un golpe mal dado.

—Ojalá la homofobia, la violencia de género, el racismo y cualquier discriminación de mierda pudiera ser erradicada de este mundo, pero, lamentablemente, los corazones oscuros, llenos de ira y de deshumanización, cabalgan a su antojo sin ningún tipo de control. Las personas a veces damos mucho asco —dice Nerea que, por suerte, ha dejado de llorar.

—Por estas cosas, por estas conversaciones, por ese corazón —Raúl toca con su dedo índice el pecho de Nerea— eres mi mejor amiga.

—Sabes que tú también eres el mío.

Vuelven a abrazarse, la luna sigue bailando en su noche estrellada y, a su modo, parece lanzar un pronóstico favorable a los susodichos.

10

PENSAMOS QUE ESTAMOS PREPARADOS PARA TODO y que, como si fuéramos indestructibles, podemos manejar todas las situaciones y salir victoriosos. Pero claro, no somos héroes y, aunque Raúl creía tener la suficiente paciencia para esperar a que Ismael pudiera aceptar su identidad, ciertas situaciones pueden acabar con nosotros en un momento.

Raúl caminaba junto a Elena. Venían de comprar unas bandejas de saladitos del Mercadona a los que estaban enganchados y, mientras pasaban la tarde en la casa de la influencer, se la pasaban jalando como cerdos. Vaya glotones están hechos. De frente, y como si Madrid pasara a convertirse en el pueblo más pequeño del mundo, paseaba Ismael junto a su hermano Rodrigo.

Aparentemente no tendría por qué ocurrir ningún problema, pero, lamentablemente, ocurrió. Ismael no podía saludar al chico natural y de sonrisa incrustada como si fuera lo que realmente es, porque entonces, su hermano iría corriendo con el cuento a su padre, y lo que vendría después sería peor que una pesadilla.

—No esperaba verte hoy —dice Raúl sin darse cuenta de que su hermano camina junto a él.

Ismael empieza a sentirse agobiado y, de forma muy nerviosa, se inventa una gran mentira.

—Ya te dije que no tenía más mercancía.

—¿Te juntas con el maricón? —añade su hermano sin ningún tipo de educación.

Raúl se queda alucinado, primero porque no sabía que era tan popular como para que los de primero de bachiller pudieran saber de su existencia y, segundo, porque cuando una persona a la que quieres te niega de esa forma, por muy fuerte que seas, te derrumbas.

—Lo que él sea es su problema, homófobo de mierda —contesta Elena—. ¿Y tú, te vas a quedar callado? Eres un cobarde.

Ismael tiembla, Ismael sufre, la oscuridad se avecina sobre todas sus perspectivas y, como si estuviera en un callejón sin salida, se arrincona a sí mismo. Las palabras se atascan y revolotean por sus entrañas. Algo va mal.

—Hermano, ¿qué dice la loca esta? ¿Por qué te habla esta gente rara?

Su cara se enrojece, sus debilidades se muestran más evidentes que nunca y,

sin poder hacer nada, las sospechas de su hermano se multiplican.

—Dime de qué los conoces, contéstame —le grita y zarandea simultáneamente.

Raúl puede sentir como el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro se ha bloqueado completamente. La impotencia de verlo así acaricia su corazón y, a pesar de que le duele negar la realidad, lo soluciona todo con una mentira que los invisibiliza.

—Tu hermano solo nos pasaba marihuana, no te preocupes que sigue siendo uno de los tuyos, imbécil —contesta bajo la mirada de una Elena que se siente decepcionada—. No te preocupes que ya no tienes que pasarme más maría, me buscaré a otro camello que sepa atender mejor mis necesidades. —Tiene ganas de llorar, pero se contiene.

—Hermano, no te vuelvas a juntar con esta chusma nunca más. Tenemos una reputación, si te ven con él pensarán que tú también eres un maricón.

La homofobia se reproduce de padres a hijos. Prejuicios heredados que corrompen la vida de una persona desde que es pequeña. Si a un niño lo adoctrinas bajo la mirada del odio, cuando ese niño crece, no tendrá unas gafas mejores con las que mirar el mundo y, lamentablemente, condenará a personas que, como Raúl e Ismael, solo intentan ser felices.

—Cállate ya, déjalos en paz, cada uno se acuesta con quien le da la gana. Estamos en el siglo XXI y hablas como si fueras Franco —dice Ismael a la defensiva, con la coraza bien puesta.

—¿Ahora los vas a defender? ¿Desde cuándo has cambiado tanto? Si papá te oyera hablar así te daría un puñetazo.

—¿Crees que papá es un buen ejemplo? Tienes una madre maltratada en casa, nosotros hemos sufrido también sus golpes cuando ha llegado borracho. Jamás vamos a ser una familia normal porque dentro de nuestra casa solo viven monstruos, y tú y papá sois iguales —grita la impotencia de llevar años callado.

Ismael comienza a revelarse. Poco a poco su identidad llama a la puerta, tiene prisa por salir y, de una vez por todas, de aceptar lo que es. Ha cogido el coche y circula sin rumbo por el norte de Madrid. Las palabras del chico al que quiere se reproducen en su cabeza y, por cobardía, teme perderlo para siempre. Llega hasta una pequeña colina por la que no puede seguir circulando, se baja del coche y se sienta sobre una roca, acompañado de una botella de Larios que lleva en el maletero de su coche. Grita fuerte mientras las lágrimas se desprenden de sus ojos como si fueran granizo. Tiene el dolor de una infancia que sabe que ninguna persona merece, la derrota de no haber podido salvar a su hermano de las garras

de un padre al que odia, la vergüenza de no saber ayudar a la mujer que le dio la vida y, sobre todo, en estos momentos, el dolor de haber negado a la única persona con la que se siente feliz. Ojalá pudieras sanar la toxicidad que has ingerido durante tantos años. El amor puede ser grandioso, pero cuando el veneno recorre el corazón de, al menos, uno de los enamorados, la desdicha puede ser aplastante.

Los malos pensamientos recorren su mente y las ganas que tiene de desaparecer son tan crecientes que, de forma impulsiva, envía un mensaje a Raúl en el que le dice que se marcha de Madrid. Que quiere comenzar una vida nueva lejos de su familia y que sabe que aquí jamás será feliz. Se arrepiente de haberle hecho daño y se autoculpa por ser un cobarde.

Raúl: *Siento mucho que tengas una familia así. No estoy enfadado contigo solo siento rabia porque no mereces estar así. Pude ver en tu cara el dolor, sabía que estabas, seguramente, pasándolo mucho peor que yo.*

Ismael: *Cada persona tiene lo que se merece, tú eres un valiente, te enfrentas a los que te gritan, luchas por defender tu integridad. No tengo nada que aportarte.*

Raúl: *Tienes muchas cosas que aportarme. Un fondo que solo yo conozco y que me ha demostrado la buena persona que eres. Además, follas demasiado bien.*

Ismael: *Déjate de tonterías. Soy un cobarde, tienes 18 años, encontrarás a alguien mejor que yo, te lo puedo asegurar. Ya lo tengo decidido, me iré a vivir a Barcelona. Tengo algunos ahorros con los que empezar.*

Raúl: *Si te vas a Barcelona nunca sabremos si hubiera merecido la pena. Creo que nos merecemos una oportunidad.*

Ismael: *Si alguna vez consigo aceptar lo que soy, volveré y, con la fuerza que ahora no tengo, lucharé por ti.*

Raúl: *... Por favor, piénsalo bien, yo te quiero mucho.*

El primer te quiero se pronuncia en un momento en el que, irrevocablemente, las cosas van a dar un gran giro. Ojalá el amor que ambos sienten pueda ser lo suficientemente fuerte para sanar las heridas de una vida marcada por el miedo.

11

—¿PERO A TI QUE TE PASA? No puedes pirarte cada vez que las cosas se tuercen —vocea, un poco alterada, su amiga Verónica.

—No puedo seguir aquí. Necesito encontrar mi rumbo. Creo que, por una vez, me siento preparado para aceptar lo que soy, pero si sigo aquí, rodeado de toda la mierda de siempre, volveré a hacerme pequeño —dice intentando sonar convincente.

«Aquí siempre seré un cobarde», piensa.

—Aquí nos tienes a nosotros. Lo tienes a él —añade Roberto.

—¿De qué me sirve estar con él si no puedo ser yo al cien por cien? Cuando me ven por la calle junto a él me da vergüenza, incluso miedo de que piensen que soy gay —contesta con impotencia.

«Gay. Gay. Me da vergüenza hasta pensarlo.»

—¿Por qué no te alquilas un piso aquí, en Madrid? Hay muchas zonas, lejos del barrio de tus padres. Además, aquí tienes un trabajo estable, no tendrías que empezar de cero. —Las palabras de Verónica, aunque tienen coherencia, no terminan de convencerle.

—Chicos, no se trata solo de escaparme, sino de un viaje, un viaje espiritual para encontrar lo que soy. Parece una tontería, pero seguir aquí, por muy lejos que esté de casa de mis padres, significa coincidir con las mismas miradas, topar con los mismos prejuicios y, lo quiera o no, seguiré estando accesible para toda mi familia. No lo conocéis, cuando sepa la verdad, se volverá loco.

«No tienen ni idea de las cosas que me hizo cuando era más pequeño.»

—Tío, que no, que no puede ser que ese energúmeno siempre se salga con la suya. Que tú y tu madre lleváis toda vuestra vida a su merced —vuelve a decir, llena de rabia, Verónica.

—Si te vas, podrás perderlo para siempre. Una vez tomada una decisión, no hay vuelta atrás. —Y en esas palabras, Roberto recuerda, años atrás, cuando tuvo la oportunidad de expresar sus sentimientos a Verónica.

—Lo quiero y ese chico ha sido la chispa que me faltaba para coger las riendas de mi vida, pero no puedo ofrecerle lo que se merece. No es justo que tenga que esconderse porque a mí me dé vergüenza algo de lo que me debería enorgullecer. Por eso me quiero marchar, para encontrarme y cuando vuelva, demostrarle lo que soy. —«Si aún sigue estando aquí.»

—Es una gilipollez, ese chaval se ha enamorado de ti por lo que eres, conociendo tus dificultades. Quizá quiere caminar contigo durante todo este proceso. No deberías elegir lo que él quiere. Si te vas, cuando vuelvas, lo habrás perdido, eso te lo aseguro, porque hay oportunidades que nunca vuelven — contesta su amiga de forma tajante. Una cicatriz se abre en el corazón de Roberto.

A veces nos gusta hablar y pensar por los demás, como si fuéramos adivinos supremos. No hay peor error que ese. Cada persona merece tener el derecho a tomar sus propias decisiones, de acertar o equivocarse, sin nadie que intente hacerle la vida mejor, porque cuando alteras las decisiones de otra persona, estás modificando su vida, y eso solo le corresponde a uno mismo.

—Me ahogo en esta ciudad.

—Mientes, te ahogas en tu casa. Te ahogas porque prefieres huir antes de decirle a tu padre que eres homosexual —dice bien claro Verónica.

—No es fácil.

—Hay muchas cosas en la vida que no lo son. Mantener a mi hijo tampoco lo es, aguantar a un marido que se tira el día en el ordenador tampoco lo es. Yo también me siento sola, siento que me he precipitado en la vida; pero a pesar de eso, sigo hacia adelante con dos cojones, porque si tú no avanzas, nadie lo hará por ti.

—Si avanzaras tanto como dices, no aguantarías tener a un marido que se tira el día en el ordenador. No confundas consentirlo todo con ser un valiente — añade Roberto, dejando boquiabierto a Verónica.

—¿Tú vas a hablar de valentía? Mira tío, mejor cállate, que es lo que has hecho toda tu vida, estar callado. —Las palabras duelen y se clavan con herida, duelen porque sabe que ella siempre estuvo enamorada de él, esperando a que decidiera dar el paso.

—Volveré cuando esté preparado. Me marchó esta tarde a las cinco —irrumpe el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro.

—Estupendo, veo que ya lo tenías todo decidido, espero que no te arrepientas de lo que estás haciendo. —Coge el bolso, muy enfadada y se marcha.

—Se le pasará. Te quiere y por eso se pone así, no sabe expresarlo de otra manera —le dice su amigo.

—Yo creo que te quiere a ti, pero de otro modo —contesta, dejando casi petrificado a Roberto.

—No digas tonterías, ahora ya no es como antes, es una mujer casada y con un hijo —contesta con los ojos brillosos.

—Creo que aquí, sinceramente, todos tenemos muchas cosas que reflexionar, no soy el único que necesita encontrarse.

Y que gran verdad suelta, las complicaciones del amor los atormenta por no atreverse a coger las riendas de sus vidas, se dejan manejar como si fueran vehículos y, luego, simplemente, circulan por caminos que no son los que desean. Coño, espabilad y disfrutad de la vida, que se va y no vuelve. Si dependiera de mí, les iba a explicar bien las cosas a esos jóvenes acobardados.

—Bueno, si sigues aquí, llegarás tarde.

—Dale un abrazo fuerte a Verónica y dile que volveré muy pronto.

—Te quiero hermano.

—Y yo.

Se abrazan fuerte, tanto que sus huesos crujen. Y, con pequeñas lágrimas que asoman, se despiden con un «hasta pronto».

Ismael, a su modo, se siente bien porque por primera vez en su vida está tomando sus propias decisiones. Ahora le toca enfrentarse a su mayor miedo: su padre. Ya ha hecho las maletas y, ante la duda de si dejar una carta o decírselo a la cara, se ha decantado por lo segundo. Se ha sentado en el sofá de la sala de estar y ha reunido a toda su familia.

—Me marcho.

—¿A dónde te vas? —dice su padre mientras le da un trago a la lata de cerveza.

—A Barcelona.

—¿Pero qué coño estás diciendo? Tú no estás bien de la cabeza. ¿Qué se te ha perdido allí? En Barcelona solo vive gentuza e independentistas. Y sabes muy bien lo que pienso sobre ellos.

—Sí, sé muy bien lo que tú piensas sobre ellos y sobre todo el mundo. Ahora déjame tener mis propias opiniones sobre la vida y sobre las personas —contesta sin parpadear.

—¿Tus propias opiniones? Si eres un niño al que se lo hemos dado todo. ¿Qué opiniones vas a tener tú? Anda cállate que no me apetece escuchar más tonterías. —Su padre comienza a levantar la voz.

Ismael sonrío de forma provocadora.

—Puedes pensar lo que quieras, pero la realidad es que me voy a marchar de aquí esta misma tarde. Y no pienso volver a esta puta dictadura en la que vivimos —grita.

—Eres una vergüenza de hijo, deberías estar agradecido a tus padres, vives gracias a nosotros.

—Jamás tendré nada que agradecerte. Siempre nos has gritado y pegado. Por no hablar de mamá, siempre callada y sumisa a tus órdenes, todos te tenemos miedo.

Da un fuerte golpe en la mesa mientras se encara todavía más con su hijo que, por una vez, aguanta la mirada sin achantarse.

—La culpa la tiene su nuevo amigo —añade su hermano que, sin ser consciente de las consecuencias que tendrán sus palabras, las suelta como si fueran a solucionar algo.

—¿Qué amigo? —pregunta su padre invadido en cólera.

—Un maricón de segundo de bachiller.

Su padre arruga aún más el entrecejo y, en un instante, estampa su mano abierta contra la cara de Ismael. El chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro, ante la fuerza del monstruo de la casa, retrocede hacia atrás golpeándose contra la pared. Algo cruje y no es un objeto, Ismael emite un fuerte quejido de dolor. Su padre no aparta la mirada de él y, como si fuera un animal salvaje, se abalanza y lo agarra por el cuello. El chico de la chaqueta de cuero no puede evitar recordar la última vez que le puso las manos encima. El dolor parece volver, pero esta vez no cesa.

—¿Por qué te juntas con un maricón? —grita con los ojos fuera de las órbitas. Ismael, que no puede aguantar más la situación, confiesa la terrible verdad.

—Porque lo amo.

Y el amor, en un pequeño y diminuto instante, se convierte en odio y violencia.

Su padre lo golpea estrepitosamente, de nuevo, contra la pared. Tras el golpe se desvanece sin fuerza cayendo al suelo. Pero no es suficiente para él, se acomoda en sus rodillas y comienza a pegarle puñetazos en la cara. La sangre brota sin pausa y sus ojos se entrecierran. El monstruo, insaciable, gruñe, ruge y ataca.

—Déjalo ya, vas a matar a mi hijo —grita su madre, que, hasta entonces, había permanecido callada.

El monstruo no escucha palabras, solo expulsa el odio que durante toda su vida había promulgado hacia las personas que no encajaban en su estructura correcta de vida. Su madre se abalanza sobre él y empieza a golpearle en su espalda, mientras solloza y grita desesperadamente.

—Eres un desgraciado.

Esa mujer, condenada desde su casamiento, había aguantado todo tipo de humillaciones, pero no podía permitir que matara a su retoño, porque el instinto

maternal había resurgido con más fuerza que nunca y deshacerse del monstruo era todo cuanto quería. Su hermano solo miraba, petrificado, con los ojos extremadamente abiertos y sin pronunciar ni una sola palabra. A su madre no le quedó más remedio. Cogió el jarrón de flores y lo reventó en la cabeza de su marido con todas sus fuerzas, solo esperando una cosa, que su hijo siguiera vivo.

12

¿DÓNDE SE RESGUARDAN LOS SUEÑOS cuando has perdido la esperanza? La vida es un camino repleto de oportunidades en el que podemos aspirar, conforme nos conocemos a nosotros mismos, a nuestra mejor versión. El problema es que, a veces, la vida se convierte en muerte y las oportunidades se disipan de forma inmediata. Todo el mundo debería llegar al final de su vida con la satisfacción de haberse desarrollado al completo, de haber encontrado a su yo interior.

El chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro casi cierra los ojos para siempre, suerte que su madre reaccionó a tiempo propinándole un golpe en la cabeza a su padre. Ahora tenía una nueva oportunidad de hacer las cosas de otro modo, además, desde el suceso se encontraba mucho más unido a su madre. Estuvo casi dos semanas ingresado en el hospital junto a dos personas que decidieron acompañarlo día tras día. Como era de esperar, su madre se sentaba en la incómoda silla y se pasaba las horas mirando su cara y rozándole con su mano. Se hacía muchas preguntas y se culpaba a sí misma por haber consentido tanto. Se había casado con un monstruo y lo había dejado atentar no solo contra ella, sino también, contra sus hijos. La otra persona que no se separó ni un instante fue el chico natural y de sonrisa incrustada. Lo visitó todos los días y trajo consigo los dulces más apetitosos.

—¿Sigues queriéndote marchar a Barcelona?

—He cambiado de idea, alquilaré un piso con mi madre y hermano. Hemos denunciado a ese cabrón y no puedo dejar a mi familia ahora.

—¿Y nosotros?

—Me gustaría seguir conociéndote.

—Me gusta cuando hablas de verdad, cuando te quitas la puta coraza con la que te proteges de todo.

—Ojalá pudiera cambiar esta coraza de hierro por esa sonrisa incrustada que siempre tienes —sonríe—, justo esa. Además, se te marcan los hoyuelos y —susurra— me pone mucho.

—Conseguiré que los dos sonriamos siempre. Tarde o temprano acabaré tirando ese escudo a las vías de la Renfe.

—Sí consigues eso tendrás que aguantar para siempre. No será fácil.

—Me gustan los retos, las cosas fáciles son para las personas aburridas.

Raúl se acerca a Ismael y, como si fuera un imán, amarra la boca a sus labios y comienza a besarlos. Fuerte, muy fuerte, siente millones de emociones vibrar en su interior, entre ellas, el simple hecho de haberlo podido perder. No son besos normales, son besos que chillan te quiero, que acarician el alma y que excitan hasta el corazón.

—Cuando me dijeron que estabas en coma pensé que te ibas a morir. Sentí como si agujerearan cada parte de mi corazón con un punzón.

—Soy más fuerte de lo que te piensas.

—Me da igual, no es justo que vivamos así —llora—, la gente no puede entender que somos personas y merecemos ser felices. Es que no entiendo porque le dan tanta importancia a quien amemos. Siempre he creído que, en la vida, lo verdaderamente esencial es ser una buena persona. Lo que te ha hecho tu padre, si realmente su Dios existe, no se lo perdonará jamás.

—No llores, estoy vivo, estoy aquí. Mi padre siempre será un capítulo cerrado de mi vida.

—Estás muy sexy con el pijama del hospital —interrumpe de forma espontánea la conversación anterior.

—¿Tú crees? —Sonríe con picardía y arrastra su mano hasta su hombría.

—¿Qué haces? Puede entrar una enfermera o, peor aún, tu madre.

—Si lo estás deseando, llevamos días sin hacer nada, vamos dame unos mimitos —insiste con cara de pena Ismael.

13

ISMAEL AHORA VIVE CON SU MADRE Y HERMANO, con este último a regañadientes, pero Sofía consiguió su custodia y una orden de alejamiento para el monstruo que casi acabó con la vida de su hijo. Aun así, por ley y por voluntad propia del menor, un día a la semana lo pasa en casa del padre. Asuntos sociales tiene su mirada puesta en el progenitor para asegurarse de que no lo atormenta con tonterías. Malnacido, no sé cómo han podido darle el beneficio de la duda después de lo que hizo.

—Esto es un nuevo empezar.

Raúl se siente feliz porque, como bien dice el refrán, después de la tormenta llega la calma y, en su caso habían llegado unos días maravillosos. Habían hecho maratón de Juego de Tronos, un viaje a Murcia (ciudad natal de Raúl), varias comidas familiares (sin la presencia del hermano de Ismael) y lo único que quedaba pendiente era que, de una vez por todas, los amigos de ambos se conocieran.

—¿Crees que se llevarán bien? —pregunta, un tanto preocupado, Ismael. No era de extrañar, después de las cosas que Raúl le había contado, se imaginaba a Elena saludándolo mientras grababa el encuentro para su canal de YouTube. A Nerea mirando su carnet de identidad para asegurarse de que no tenía más años de los que le había dicho y a José... bueno, de José prefería no imaginar nada.

—Encajaréis muy bien. ¿Crees que yo me iba a juntar con personas complicadas? —dice emitiendo una leve sonrisa.

—¿Tú? El Dios supremo de la madurez y la cordura, para nada. Solo espero que tus amigos no se parezcan a ti —bromea el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro.

—A mí no se pueden parecer porque yo soy único, fíjate que he sido capaz de sacarte a cazar Pokémon —Dice con mucho orgullo.

—Bueno, yo también he conseguido otras cosas. ¿Te recuerdo nuestra primera noche en Toledo? Fue ponerte ojitos y no tardaste ni un segundo en bajarte al pilón. —Se la devuelve y ambos se ríen. ¡Cochinos!

—Soy un hombre débil y claro, después de lo que me encontré, ¿qué otra opción tenía? —pregunta poniendo ojitos.

—Hiciste lo correcto, al César lo que es del César —vuelve a bromear.

Ambos siguen mirándose y, en ese momento, sus miradas parecen pedir a

gritos hacer el amor. Se pasan los días así, ya verán luego, cuando lleven varios años juntos y estén cansados de olisquearse la picha todos los días. Mi Antonio, a partir de los cincuenta cayó en picado, yo aguanté algo más, pero tampoco creáis que mucho.

La felicidad no es una línea recta, nadie puede ser feliz durante toda su vida, sino que es algo que viene y va. Lo perfecto sería mantenernos en esa fase el máximo tiempo posible, porque así podríamos decir que, hemos sido personas felices, generalizando. Pero también es algo complicado porque no podemos controlar todo lo que sucede a nuestro alrededor.

Nadie podría decir que la madre de Ismael fuera una persona feliz, aunque ambos habían conectado mucho desde que ocurrió la desgracia. Ella estaba desubicada, enfrentándose a lo que ella denominaba «vida moderna» sin saber cómo, sintiéndose perdida a cada paso y sumida en una discreta depresión que arrastraba desde hace muchos años. Solo necesita un impulso más, ayuda profesional que la oriente.

—Mamá lo que tienes que hacer es conocer gente nueva.

—Ya estoy mayor para esas cosas, eso no va conmigo.

—No digas tonterías, si eres una mujer preciosa —añade el chico natural y de sonrisa incrustada.

Sofía se sonroja porque nadie le había dicho eso y, lo cierto era, que a pesar de todo el sufrimiento que cargaba, se mantenía joven y lucía un buen cuerpo.

—Vamos hacerle un perfil en Meetic —dice Ismael.

—Para solteros exigentes —añade, bromeando, Raúl.

—Pero, ¿qué es eso? No hagáis tonterías. Yo no necesito un hombre. Llevo casada muchos años con tu padre y ahora lo único que quiero es vivir en paz. Aún está todo muy reciente, pero si en algún momento quiero conocer a una persona, seré yo la que tome esa decisión —Sofía se defiende de la decisión que había tomado su hijo con unos argumentos imbatibles.

Ante ello, lo único que les queda es pedir perdón y respetarla. Han sido muchos años de maltrato, ahora necesita tranquilidad para poder olvidar y superar.

Tras esto, la parejita se despide hasta el día siguiente. Un día que será muy especial pues habían quedado para comer en un restaurante chino con todos sus amigos. Eso podía salir muy bien o, por el contrario, ser el inicio de la Tercera Guerra Mundial.

—MAMÁ HOY ES UN DÍA MUY IMPORTANTE y no tengo nada que ponerme. Estoy de los nervios.

—No hay quien te entienda, unos días eres el chico con más personalidad del mundo y, otros, cualquier tontería te la tomas a la tremenda. A ver si sales ya de la edad del pavo —contesta la madre del chico natural y de sonrisa incrustada.

—Me encanta cuando me sincero con mi madre y no me entiende absolutamente nada —resopla.

—Es que hijo, para entenderte a ti hace falta una enciclopedia especializada —hace una mueca—, pero bueno, tu padre y yo te queremos igual.

Raúl lanza una mirada borde a su madre y, como siempre que se agobia con la ropa, recurre a lo que nunca falla: una camisa de pajaritos, estilo *Angry Birds*, con una pajarita azul lisa y un pitillo azul marino.

—Hijo, ni que fueras a una boda. —Su madre ignora su mirada que cada vez está más enfadada.

—Mamá un día me iré de casa y me echarás de menos —contesta más serio que Risto Mejide.

—¡Ay! El día que eso pase volveré a tener orgasmos otra vez —dice sonriente.

—Eso sobraba, ¡qué asco! De verdad, ¿no puedes comportarte como una madre normal? Me voy que llego tarde, y ya puedes ir ahorrando dinero para un psicólogo, no olvidaré fácilmente lo que has dicho.

—Estás muy guapo, en cuanto te vea se va a lanzar a tu rescate como si fueras la princesa Rapunzel. —Raúl da un portazo.

Una madre loca, un hijo aún peor y unos amigos que son de todo menos normales. Y dirán que esto no parece el inicio de una típica película española de comedia. Raúl ya ha salido de casa y se dirige al centro de Madrid, a un bar llamado La Tita. Es su favorito porque le trasmite seguridad y, sobre todo, libertad. Está nervioso, bueno, la palabra nervioso se queda inservible a su lado. El corazón le late al ritmo del AVE y, con total certeza, deben estar escuchándolo al otro lado del mundo. Como en esas películas de miedo en las que resuena el efecto del latido del corazón. Pero a mil por hora. Y luego dirá que no es intenso.

Realmente me parece normal, creo que sentirse así es algo maravilloso, nos

hacer darnos cuenta de que estamos vivos y de que sentimos las cosas. Cuando yo me enamoré del que fue mi marido, cada cosa nueva que hacíamos o descubríamos me ponía el corazón a mil. Creo que eso es lo importante de la vida, que, a pesar del paso de los años, puedas seguir sintiendo que la niña que llevas dentro sigue viva y joven. Al fin y al cabo, para mí, la edad no se mide en años, sino en momentos. Hay jóvenes viejos y viejos que siempre son jóvenes. Yo, durante el tiempo que estuve viva, siempre elegí ser del segundo tipo. Mi piel envejecía, pero yo siempre intentaba crecer al ritmo de la sociedad. Mantener mi mente sana y joven. La verdad, puedo decir con orgullo, que no me arrepiento de haber muerto, porque fui una feliz persona que hizo siempre lo que sintió, y que vivió acorde a un valor que mi buena madre me inculcó: «sé siempre feliz siendo tú misma respetando la felicidad del prójimo, siempre y cuando esta no haga daño a nadie.» Y eso hice. Se lo enseñé a mi hija y, por lo que puedo ver desde aquí, mi nieto también se aplica ese valor tan importante. Es un orgullo sentir que las cosas buenas perduran, a pesar del tópico ese de que lo malo siempre se hace notar un poquito más. Tonterías, lo malo se queda para las personas que sobrevaloran los momentos negativos, pero también hay personas contrarias a eso y, los momentos negativos, siendo un poco vulgar, se los pasan por ahí abajo, y los momentos buenos, importantísimos, los mantienen para siempre. Bueno, que me enrollo más que la pescadera de mi pueblo, y Raúl está a punto de entrar por la puerta del restaurante, como siempre, tarde. ¡Qué nervios!

RAÚL ENTRA FINGIENDO UNA SEGURIDAD tan irreal que hasta los camareros lo miran de reojo con cierta sospecha. El pobre está de los nervios y, como siempre le ocurre en estas situaciones, los gases se remueven en su barriga provocándole unos retortijones de esos que te dejan en el váter durante varias horas. Y claro, hoy era el día y no podía fallar. ¡Pobrecito!

Llega a la mesa y todos están sentados en su sitio, y eso significa que ya se han presentado. Raúl se pone aún más nervioso porque no sabe cómo habrá sido la presentación entre ellos y teme que José se haya sobrepasado con alguna broma de las suyas.

—Hola a todos —dice un poco sonrojado.

En ese momento, todos hacen el típico aplauso monumental de cuando alguien siempre llega tarde, en su caso, muy tarde.

—Ya está aquí la señorita —dice José, sonrojando aún más a su amigo.

—Pero que guapo eres hijo mío. —Verónica le da un codazo a Ismael—, es mucho más guapo que en las fotos. Y aparenta más de dieciocho. Anda que eliges mal.

—Grabando el gran encuentro, ¿cómo te sientes Raúl? —vocea Elena sonriente junto a su mejor amiga: la Canon 650D.

Justo, al lado de Ismael, han dejado un hueco vacío para que los enamorados se sienten juntos. Pero que románticos son estos jóvenes.

Raúl, bajo la mirada expectante de todos, incluida la de los amigos de Ismael, a los cuales aún no había tenido la oportunidad de conocer, se sienta al lado de su amado. Ismael le sonrío, se miran, pero no sucede nada más. Están muy cortados, demasiado. Quién diría que eran los dos jóvenes que se conocieron por Tinder.

—¿Tanto por culo para esto? —añade José buscando el apoyo popular—. U os dais un beso salvaje ahora mismo, o nos vamos de aquí en cero coma.

Raúl asesina a su amigo con la mirada y este se defiende con una sonrisa de oreja a oreja. José es lo que viene siendo un amigo cabrón.

Toda la mesa, y algunas voces de otras, se unen a un canto general, similar al de una boda:

«Que se besen, que se besen, que se besen...»

Ambos se miran de lo más sonrojados y, con la mayor inocencia del mundo, se dan el primer beso público. Pero que monada.

Lo cierto es que, para ellos, ese beso significa una unión de lo más importante, porque, por primera vez, no están solos, no están aislados, no están en un hotel. Un beso que cierra bocas y grita por la libertad. Un beso que todo el mundo tiene derecho a sentir sin temor al qué dirán o, peor aún, a que te puedan pegar una paliza.

En mis tiempos, ser homosexual era impensable, y los pocos casos que se conocían, ya se encargaban las familias de taparlos, o enterrarlos bajo tierra, ya me entendéis. Las terapias de conversión, casi secretas, eran la primera vía de escape. Creo que, una de las principales razones por la que siempre fui una persona tolerante, fue por la historia que vivió mi mejor amigo. ¡Ay señores! Si supierais lo que sufrió por ser diferente, por querer volar como una mariposa libre y resplandeciente, entenderíais lo importante que es aceptar la libertad de cada persona. Otra vez me voy por las ramas, volvamos con los protagonistas.

El beso había durado casi veinte segundos, los tortolitos se habían venido arriba y, la cámara en primer plano de Elena, podía demostrar que se habían besado hasta con la lengua.

—¿Podemos pedir ya la comida? —pregunta Nerea que, al contrario del resto, se había mostrado bastante seria durante la aparición de Raúl. Nadie lo entendía, excepto su amigo, porque solo él sabe por lo que está pasando.

—Yo no sé qué pedirme, porque me habéis puesto a este hombretón a mi lado —dice, refiriéndose a Roberto, el mejor amigo de Ismael.

—Pues no te confundas que yo no soy de tu bando —contesta con seriedad, como si su orgullo hubiera sido atacado.

—Bueno, otro hetero con el orgullo dañado. Esto sí que no me lo esperaba —bromea la provocadora nata.

—Todo es probar, lo mismo José tiene algo que te sorprende. —Verónica le guiña un ojo.

—Apoyo mucho a los gays, de hecho estamos en una comida gay, o sea, no quiero decir que porque haya sido preparada por gays, sea la comida gay —reflexiona—, o sí, no sé, lo que quiero decir es que, la palabra gay, no la uso como algo negativo, sino como lo que es, ya me entendéis, pero que, simplemente, yo no soy gay, pero estoy a gusto estando con gays. —Todos lo miran asombrados. Pero no me ha quedado muy claro, ¿es una comida gay?

—Uy, tanta justificación, alguien está perdiendo aceite y no soy yo querida —vuelve a provocar José. Pero cómo le gusta.

—A mí me gustan las mujeres, hechas y derechas, con sus buenas curvas y unos labios carnosos —alza la voz. Se está cabreando de verdad.

—Bueno... ya está usando, otra vez, el gusanillo como cerebro. José no le hagas caso, es inútil razonar con él, el 99% del día piensa con la picha, y el otro 1 % está durmiendo —añade Verónica. Esta tampoco se queda corta, dejad al chiquillo ya que lo está pasando mal.

—Mira, pensad lo que os dé la gana, no quiero seguir hablando. —Y como si fuera un niño pequeño se cruza de brazos, a la par que, José y Verónica, que han congeniado muy bien desde el principio, se descojonan en su cara.

La comida, a excepción de lo de Roberto, se desarrolla bien. Unas cuantas stories en Instagram, una grabación completa de Elena, unos cuantos besos de los tortolitos y una Nerea que, sin que nadie se dé cuenta, está abusando del limonchelo. La que va a liar.

—Estoy feliz de que estemos aquí —dice Raúl.

—Gracias por haberme ayudado a encontrarme —le contesta Ismael.

—Lo has hecho tu solo, yo solo te he indicado el camino. —Sonríe.

—¿Crees en el destino?

—No creo en nada, solo en el presente. Creo en lo que está sucediendo ahora. Creo en las personas, en el buen corazón de los humanos. Creo en los que luchan por lo que aman y no lo dejan pasar —contesta el chico natural y de sonrisa incrustada.

—¿Sabes en lo que yo creo? —pregunta.

—¿En qué?

—Creo en el poder que tiene tu sonrisa —se ríe poniéndole la mano en la cara—. En serio, creerás que es una tontería, pero cuando te ríes y te aparecen los hoyuelos —se acerca a su oído—, además de ponerme cachondo, me alumbras. Dicen que al amor verdadero traspasa el alma, y tú, con tu sonrisa, no es que la traspases, es que la recorres en todas las direcciones, le das mil vueltas, y lo recolocas todo, expulsando lo malo, y amarrando las cosas buenas con pegamento fuerte.

Raúl se emociona al escucharlo. Por dentro llora de ilusión. Se siente feliz porque, en el fondo, piensa exactamente lo mismo que él.

—Te quiero.

—Y yo.

—Vamos a hacer un brindis —dice una voz borracha.

Todos miran a Nerea, y se preguntan una cosa: ¿qué ha pasado con la botella de limonchelo?

—Brindemos por el amor, por ese primer amor de cuando tienes quince años y te vislumbra. Te hace creer que las princesas y los príncipes existen. Por ese amor que, como si fuera una estúpida, te entregas y le das todo. Le das hasta tu vida. Por ese amor tóxico que te absorbe cada parte de ti hasta reducirte a nada. Brindemos por los libros románticos y las caídas accidentadas en las que te enamoras a primera vista, brindemos por A 3 metros sobre el cielo y por todas las películas de amor romántico que nos hacen llorar. Brindemos por ese momento en el que nos ponen los cuernos sucesivamente y no queremos verlo porque somos estúpidas. ¡Brindemos todos, coño!

Siento pena por ella porque, en el fondo, en muchas cosas de las que brinda, tiene razón. La toxicidad del amor se expande, sin darnos cuenta, por todos lados, en cualquier mínimo detalle y se pega, como una mala garrapata, a nuestros valores. Pero bueno, aún es joven, y podrá rehacerse de nuevo, pues, amigos míos, la vida es eso, romperse como un puzzle para rearmarse con más fuerza.

Raúl y José son los primeros en reaccionar y se acercan veloces a ella. Está borracha como una cuba y, para una persona que nunca bebe, puede, incluso, ser peligroso.

—¿Qué te pasa? —pregunta José.

Nerea se pone a llorar desconsoladamente y sus amigos la sacan del restaurante. En ese momento, se sincera con todos y cuenta la ruptura con el capullo de su novio. Volver a casa de sus padres ha sido complicado y se siente perdida en la vida. El amor es uno de los sentimientos más variables que jamás conocí, pues si es bien tratado te aportará los mejores momentos de tu vida, pero si, por el contrario, es un amor dañino, podrá hacerte un daño irreparable. El amor puede ser la peor arma que existe.

—Te vendrás a dormir a casa —dice José—. Y la próxima vez no te lo guardes todo, que tus amigos estamos para las buenas y para las malas y, aunque a veces nos quejemos, no te vamos a fallar.

Ella no puede hacer más que llorar, porque hay momentos en la vida en los que las lágrimas son nuestra única salida. Tenía que enfrentarse a la realidad y tenía que expulsar toda la lluvia que hiciera falta para sanar.

Tras una comida que nadie olvidará, todos se habían llevado bastante bien y, mejor aún, habían planeado una escapada para Halloween. Raúl e Ismael estaban pletóricos y, cuando se quedaron solos, hicieron el amor en numerosas ocasiones. Vaya energía.

NADIE ESTÁ PREPARADO PARA EL DOLOR. Un segundo golpe puede doler incluso más que el primero, aunque eso sí, de una forma diferente. Nos vamos adaptando a la vida, porque, queramos o no, no tenemos otra alternativa. Siempre distinguí tres tipos de dolores: el puntual, el que tarda en sanar y el que se queda para siempre. Una lesión en el tobillo correspondería al primer tipo, una decepción amorosa, tal vez, al segundo, la muerte de tu abuela favorita, sin duda alguna, al tercero. Raúl me echaba extremadamente de menos, siempre habíamos tenido una relación excepcional y, tuve el honor, de ser la primera a la que le confesó su orientación; aunque yo ya la sabía. Una persona que te ama, con solo mirarte a los ojos, puede saber tus mayores secretos. Por suerte, Raúl jamás tuvo problemas de aceptación, porque nuestra familia nunca le dio importancia a eso. Pero no pude evitar acordarme de mi viejo amigo, condenado a morir con veinte años por tener una familia que, como todas las de antaño, tenía unos valores marcados por la religión y los pensamientos de aquellos tiempos. Aun así, no lo justifico, porque cuando se ama a un hijo, cuando se ama a un amigo o cuando se ama a alguien que te ha entregado todo su corazón, las ideologías y los pensamientos absolutos deben dejar de existir, y se debe tener el valor de aceptar que, lo que tienes delante, es una persona que te demuestra que todo lo que siempre has pensado es una absoluta idiotez. Cuando Raúl me contó que era gay, sentí pena porque, aunque los tiempos de ahora, por suerte, son mucho más modernos, siguen existiendo individuos que no saben lo que es el amor y, en sus mentes destructoras, solo proyectan un odio soberano hacia aquello que se sale de sus ideas. Son alimañas que se alimentan de la felicidad de otros. Seres sin rumbo, oscuros, almas sin corazón que nunca conocerán el sabor de la libertad.

Raúl, mi hija Marta y su marido se han vestido de negro. Es el aniversario de mi muerte. Un día oscuro para sus vidas, cubierto por el tercer dolor del que os hablé. Me echan de menos y no quieren aceptar mi pérdida. Un año no ha sido suficiente, ni siquiera para empezar a pasar página. Siempre me he hecho notar y he vivido hasta el último de mis días disfrutando de ellos y ahora, a ellos, les cuesta seguir sin mí. Acabarán adaptándose, pero siempre se pararán cinco minutos frente a mi foto de la escalera y, en las tardes de domingo, seguirán comiendo arroz y conejo y me tendrán en sus mentes. Y cuando la familia se

haga más grande, el nombre de la abuela a la que nunca conocerán los futuros integrantes, se presentará en sus vidas. Yo también lo viví así cuando partió mi abuela y, más tarde, mis padres.

Raúl se encuentra con Ismael en la calle y se cogen de la mano. Me alegra verlos unidos en un momento tan especial. Sabéis que no apostaba nada por ellos, pero, sin embargo, están sobrepasando mis expectativas. En tan solo unos meses han crecido como personas y parece que llevan toda la vida juntos. Me enternece verlos así, yendo a visitar mi lugar favorito, el parque por el que siempre me perdía y pasaba las horas cuando necesitaba reflexionar. Ahora lo hacen ellos, hoy pasean por el Parque Lineal del Manzanares, se sientan frente a la gran escultura que predomina sobre la colina y hablan como una familia unida. Sin móviles ni chismes. Ojalá pudiera decirles que estoy bien, que aquí me tratan como a una reina y, sobre todo, desearles que sigan luchando por ser felices.

—Te hubiera gustado conocerla —dice Raúl.

—Lo sé. Ojalá lo hubiera podido hacer, pero créeme que, gracias a ti, me hago una idea de lo importante que fue en vuestras vidas.

Marta llora, porque desde que morí siente que, conmigo, también se fue la niña que a veces era. Cuando se sentía mal, acudía a mi regazo y se apoyaba en mí, era su madre, y para mí era mi niña. Ahora ya no podía hacer eso, aunque muchas eran las veces que todavía me hablaba.

—La muerte es una mierda —dice el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro.

—Yo le tengo mucho miedo —contesta Raúl.

—¿Qué es lo que te da miedo?

—Crecer y que las cosas cambien, o que la vida no sea lo que imagino.

—Supongo que eso nunca lo podremos saber, pero eres una persona especial. Es imposible que la vida te vaya mal.

—No sé, tal vez esto suene un poco egocéntrico, pero... ¿nunca has soñado que te ocurre algo grave, que de repente un coche te atropella y estás en coma muchos años y cuándo despiertas todo el mundo se ha marchado?

—Tal vez sí, no de ese modo, pero algo parecido.

—A mí me pasa muchas veces, creo ser valiente, pero hay muchas cosas que me dan miedo.

—Yo puedo protegerte cuando tengas esas pesadillas.

Raúl lo mira con los ojos resplandecientes y un tanto emocionado.

—¿Me protegerás siempre?

—Te protegeré más que siempre.

Raúl se acerca a él y se acuesta sobre su regazo mientras que Ismael posa la mano derecha sobre su pecho.

—Si mi abuela estuviera viva estaría muy orgullosa de nosotros. Siempre me dijo que me enamorara de quien quisiera pero que fuera una buena persona.

Se besan y nada importa porque juntos se sienten más fuertes de lo que nunca creyeron. Ojalá pudieras saber que sí, me siento orgullosísima de ese chico y, sobre todo, me siento orgullosa de ti, mi pequeño niño.

LA NORMALIDAD ES UNA DE ESAS COSAS QUE, en algunos momentos, todo el mundo quiere, pero que, cuando la tiene, se aburre rápido de ella. Somos un poco maniáticos controlando nuestros sentimientos y, a más de uno, le gusta demasiado el drama, como se dice hoy en día. Siempre queremos lo que no tenemos y, cuando por fin lo conseguimos, queremos volver a lo que teníamos antes; y así sucesivamente. No hay quien nos entienda, los rubios quieren ser morenos y los morenos rubios, los que tienen los ojos oscuros los quieren claros y los que los tienen claros los quieren oscuros; y lo peor es que, cuando por fin lo consiguen, se arrepienten.

Raúl, en sus esporádicas relaciones antes de Ismael, siempre había sido un ser inconformista. Cuando tenía pareja quería estar soltero y cuando estaba soltero quería tener pareja porque se sentía solo. Y así va el mundo, sin compromiso. La gente ha perdido el respeto y se inmiscuye en un proyecto de relación que, en muchos casos, acaba destrozando un corazón. Como si los corazones se pudieran cambiar. A muchos os puede parecer una tontería, pero no es así, las heridas del amor duelen y dejan marca, y las tiritas que nos ponemos para solventarlas jamás podrán devolverlo a su forma original. Por eso, cojones, me da coraje la gente que va pregonando el enamoramiento como si fuera un juego de niños, cuando el amor es, quizá, uno de los sentimientos más complicados de la vida. Y esto es así, sino, preguntadles a Romeo y Julieta.

Bueno, que siempre me pasa lo mismo, empiezo a darle a la lengua y no paro. La verdad es que, todo lo contrario a lo que os he contado, estoy muy orgullosa de la manera en la que mi nieto y ese muchacho están llevando esta relación. Respetan la palabra compromiso y parecen, cada día, encontrarse más cerca el uno del otro. Espero que no lo estropeen.

—Estoy un poco preocupado —cuenta Ismael.

—¿Qué te pasa? —pregunta mirándolo a los ojos. Mirándolo de esa forma que lo vuelve loco.

—Mi hermano...

—¿No me dijiste que habíais mejorado?

Ismael niega con la cabeza.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—Está rarísimo. Vuelve a comportarse como un imbécil y no para de

amenazar con que cuando cumpla los dieciocho se marchará a vivir con mi padre.

Raúl sujeta su mano.

—No podéis dejar que eso ocurra. Tienes que hablar con él, como un hermano, seriamente. Ábrete, igual que conmigo, ¿cuándo fue la última vez que le dijiste que le quieres?

El chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro se queda pensativo durante unos segundos.

—No lo recuerdo...

—Entonces, lo que necesita tu hermano, es un poco de cariño. Está claro que, después de todas las cosas que han pasado, vuestra relación no es fácil. Pero, y no es por justificarlo, es una víctima más de la educación que habéis recibido.

Le encanta escucharle hablar, porque siempre tiene una respuesta para todo, siempre tiene las mejores palabras para aliviar los momentos más tensos. ¿Quién podría ayudarle de esa manera? ¿Cómo podría haber gente que no aprobara ese amor? Si ese amor era, de lejos, uno de los más sanos que se podía conocer. Se amaban, se apoyaban, se respetaban y, sobre todo, se engrandecían juntos. Si sigo así, me voy a emocionar, cómo me hubiera gustado poder estar con ellos. Aunque, si os soy sincera, en ocasiones, siento que estoy. Creo que, parte de los consejos que siempre intenté inculcarle a Raúl hicieron mella en él y ahora los exterioriza; eso me hace sentir que estoy ahí.

—¿Crees que el amor puede durar para siempre? —pregunta Ismael.

—Creo en el compromiso.

—Y eso, ¿qué significa exactamente?

Mira al cielo, intenta encontrarme y, en ese momento, sé que está pensando en mí.

—Una relación es complicada. No siempre será como es ahora, tendrá sus fases, sus momentos de “estamos de puta madre” y sus momentos de “estamos en la máxima mierda”. Mi abuela siempre me decía que lo importante, si quieres a alguien, es luchar, y no rendirse a la primera de cambio. No abandonar la cosecha que durante tantos años hemos abonado porque una tormenta haya provocado grandes destrozos. La cosecha podrá volver a dar su fruto y el sol podrá iluminarla cuando alcance su nivel de máximo esplendor, de nuevo. Creo que la mayoría de gente se aburre rápido y piensa que ha dejado de estar enamorado, cuando, simplemente, hay que entender que no se puede estar como el primer día para siempre.

Los ojos de Ismael brillan, porque todo lo que dice, una vez más, tiene

sentido. Suena bonito y le encanta poder escucharlo.

—¿De dónde has salido?

—¿Quieres la respuesta vulgar o profesional? —contesta mostrando esa sonrisa que lo tiene loco.

—Lo digo en serio, ¿de dónde has salido?

—Los dioses me enviaron para alegrarte la vida. Me hace gracia, aún recuerdo el día en el que nos conocimos por Tinder y me dijiste que si venías a mi casa no volveríamos a vernos más. Te tengo loquito. —Y vuelve a sonreír.

—Bueno, tampoco te pases, normal...

—¿Normal? Pero si se te cae la baba mirándome. ¿Por qué no lo reconoces?

—Pues sí, ¿qué pasa? Es así, me tienes loco Raúl. Lo has cambiado todo desde que entraste a mi vida. Ahora vivo con mi madre, mi madre se ha divorciado del imbécil de mi padre. Todos mis amigos saben que soy gay y me siento más libre que nunca. Mi vida era como un puzzle mal completado que, desbarataste, y que, poco a poco, has ido ordenando, colocando todas las piezas en el sitio correcto. Te debo todo lo que soy.

—No, eso tampoco sería justo. Tú has puesto mucho de tu parte. Todo lo que eres estaba ahí, solo necesitabas un empujón. —Se están acercando—. Además, yo también he cambiado, es la primera vez que me enamoro de verdad. Siempre había ido por ahí, jugando con los sentimientos de los demás y dejándolos cuando estaban encaprichados conmigo. Mi puzzle tampoco parecía estar bien ordenado.

—Tal vez, tu puzzle y el mío, necesitaban que intercambiáramos algunas piezas. —Y, entonces, se besan. La luz del sol ataca con todo su brillo, pero no les importa. Solo necesitan sentir sus labios mientras se rodean el uno al otro. Pero qué bonito.

18

ESTÁN CAMINANDO POR GRAN VÍA cuando Ismael, por el grupo de WhatsApp de sus amigos, recibe un mensaje de Verónica:

SOS. Os necesito urgentemente.

Roberto: *¿Qué ha pasado?*

Verónica: *Me ha dejado, por favor, os necesito más que nunca. No sé qué hacer.*

Ismael: *En el bar de siempre, estoy de camino.*

—¿Qué está pasando? —pregunta Raúl tras ver la cara de su chico.

—Es Verónica, su marido la ha dejado.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea, hemos quedado ahora.

Raúl se queda parado. Y, quedando a unos metros de distancia, Ismael se gira.

—¿Qué estás haciendo?

—Os necesita.

—Lo sé, pero ¿por qué te quedas ahí?

—Porque necesita a su amigo Ismael, no al novio de su amigo Ismael.

—No digas tonterías, ella está encantada contigo. No le importará que vayas.

—Qué no, créeme, aún no tenemos esa confianza, sé que algún día la tendremos porque son tus amigos y, aunque no lo creas, los aprecio mucho. Pero te necesitan a ti, al chico con el que han crecido.

Ismael, como siempre, sabe que tiene razón. Tal vez, Verónica no se espere que aparezca con el novio y, quizá, delante de él, no se sienta del todo cómoda. Así que, los enamorados se dan un fuerte beso y se despiden hasta el día siguiente. Porque claro, mañana es un día importante para ellos, Ismael acompañará a Raúl al refugio de animales para el que colabora y se pasarán la mañana limpiando a una camada de perros abandonados. Ismael apresura sus pasos. Está muy preocupado por su amiga. La última vez que hablaron las cosas no iban mal y, aunque parezca raro, económicamente habían mejorado gracias a

la cantidad de suscriptores que su marido, el *gamer*, había conseguido en tan poco tiempo.

Cuando llega, Verónica está sentada, sola, en una mesa. Tiene varios pañuelos esparcidos, llenos de lágrimas y mocos. Además, va por la segunda jarra de cerveza. Como siga así, va acabar fina.

En cuanto la ve, se lanza a por ella y le da un abrazo fuerte, de esos que crujen los huesos.

—¿Qué voy a hacer ahora? —dice invadida en un mar de lágrimas y con su hijo dormido en el carricoche.

—Pues tirar para adelante, como siempre has hecho. Ese imbécil no te merecía y lo sabías.

—Ese imbécil pagaba la hipoteca, el agua, la luz, el internet y los gastos del bebé. Lo necesitaba...

—No puedes estar con una persona solo porque dependas de ella. La dependencia no es algo bueno y, aunque creas que ahora todo es negro, dentro de un tiempo verás con claridad.

—Pero no es solo eso, también lo quiero. Sé que no hemos atravesado buenos momentos, pero antes era diferente. Echo de menos lo que un día fuimos.

—A veces las cosas cambian.

—A veces las cosas son una mierda —contesta la voz de Roberto que acaba de aparecer por la puerta.

La mira cómo puede, sintiéndose tan destrozado como ella, porque, y aunque aún no se lo ha dicho, él la quiere con locura. Tampoco sabe si algún día será capaz de hacerlo, pero no puede evitar sentir rabia contra el hombre que le ha hecho daño.

—No me gusta verte llorar —dice con la voz rota.

—Algunas personas lloramos cuando lo sentimos —contesta enfadada.

—¿Por qué siempre tienes que ser borde conmigo? Yo no tengo la culpa de lo que te ha pasado —dice, también enfadado.

Ismael se siente en medio de una conversación que, tarde o temprano, tenía que surgir. Ellos tenían cuentas pendientes desde hacía mucho tiempo y, hasta este momento, no se habían atrevido a enfrentarlas.

—Tú siempre tendrás la culpa de muchas cosas —recrimina.

—Yo no te pedí que te casaras con él —se defiende.

—Tampoco hiciste lo contrario —vuelve atacar.

—Eras mayorcita para tomar tus propias decisiones —devuelve el golpe.

—Y tú eras mayorcito para ser fiel a lo que sentías. —La sangre salpica en su

interior.

—Tenía miedo, joder, nunca me había sucedido algo así. Éramos amigos desde pequeños, ¿qué podía hacer?

—Lo hubiera dejado todo por ti. Pero ahí estabas, vestido como un pincel, con una falsa sonrisa y dándonos la enhorabuena el día de mi boda. Hasta en ese momento supliqué que me dijeras la verdad —confiesa, con el maquillaje extendido por su cara.

—Eso no es justo. Te casaste porque estabas enamorada de él. No puedes culparme a mí de tus decisiones. Lo único que puedes recriminarme es que no te dijera lo que sentía de verdad, que no te dijera que siempre había estado enamorado de ti. —Y, por primera vez, lo suelta. Y, de repente, el silencio aparece en escena. Se pasea por todos ellos, los invita a reflexionar. Todos están asimilando la confesión, incluso el propio Roberto. No saben que decir, porque a veces, cuando la realidad sale a la luz, nadie está preparado para afrontarla.

—Creo que ninguno de los dos hicisteis las cosas bien. No puedes culparlo de ser un cobarde, porque tú, por mucho que te duela, también lo fuiste. Y, Verónica, estamos en el siglo XXI, no deberías pensar que un hombre tiene que ir detrás de una mujer, ambos deben hacerlo. Lo importante es que, al menos, uno de los dos dé el paso. No lo hicisteis y, ahora, de nada sirve recriminarse cosas el uno al otro, tal vez, el destino os esté dando una nueva oportunidad de hacer las cosas de otro modo.

—Tienes razón, he sido una idiota con todos. Me metí en una relación queriendo huir de lo que sentía de verdad. Me quedé embarazada de un niño precioso con un hombre del que no estaba enamorada y, ahora, me he quedado sola en una casa enorme y con el niño a mi cargo. Sé que, todas estas cosas, son responsabilidad mía. Perdóname Roberto. —Se aparta las lágrimas de los ojos.

—No tengo nada que perdonarte, pero quiero que cuentes conmigo. —Ella emite una sonrisa cortes, pero rechaza su ayuda.

—Creo que estoy en un momento de mi vida en el que necesito encontrarme a mí misma. Siempre he estado dependiendo de hombres y del amor, y aprovecharé este momento para descubrir quién soy realmente. Quizá ese ha sido siempre mi problema, que no sé quién soy de verdad.

—Creo que, y por experiencia propia, es una buena decisión. Todo el mundo debería encontrarse a sí mismo antes de seguir batallando en la vida —añade Ismael.

—Quiero que sepas que mi número siempre estará disponible para ti, que mi casa siempre tendrá una cama para que duermas y que, si quieres llorar o golpear

a alguien, mi hombro siempre estará a tu disposición —dice Roberto.

Verónica le mira durante unos instantes y, entonces, se acerca a él, lentamente y le da un fuerte abrazo.

—Si hemos aguantado tantos años enamorados, podremos aguantar un poco más, si realmente el universo quiere eso. Pero ahora, todo lo que deseo es llorar los errores que cometí y las oportunidades que dejé pasar y, cuando expulse lo malo y encuentre la parte buena que tengo dentro de mí, entonces, si las cosas siguen siendo así, podremos ser valientes por una vez, tú y yo, juntos, sin nadie más.

19

—TE VA A ENCANTAR ESTE LUGAR. Además, la camada de dálmatas es preciosa. Una amiga del refugio se ha pasado toda la noche mandándome vídeos —dice Raúl.

—Tenía muchas ganas de conocer este sitio. De hecho, cuando me contaste que eras amante de los animales me alegró mucho. Imaginé que un día podíamos tener los nuestros propios. —Sonríen.

—¿Te imaginas, tú y yo viviendo juntos con dos perros, tres gatos y un hurón?

—¿De verdad me lo estás preguntando? ¿Dónde hay que firmar? —contesta, mientras, torpemente van caminando, cogidos de la cintura.

Entonces, el chico natural y de sonrisa incrustada detiene su paso y se quita, sin ningún tipo de vergüenza, la camiseta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta sorprendido Ismael.

Raúl saca un rotulador de la mochila de tela y se lo entrega al chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro.

—Señor Ismael Álvarez, por favor, si está de acuerdo con lo estipulado, tiene que hacer una firma aquí, justo entre la aureola del pezón y mi corazón.

—Oh, sí, perdone Raúl García, se me pasó firmar, aunque se me ha olvidado leer la letra pequeña y no llevo las gafas de cerca, así que, si pudiera hacerme el favor de leerme las condiciones del contrato.

Se acercan y, el chico de la chaqueta de cuero, también se quita su camiseta porque, una de las cosas que más adora hacer es sentir la piel de Raúl colisionar con la suya. Así que, cuando lo ha hecho, lo atropella lo suficientemente rápido para no perder ni un instante, pero también lo suficientemente lento para disfrutarlo con suavidad.

—Las condiciones del contrato —comienza a decir mientras siguen abrazados —son muy sencillas. Te las enumeraré una a una y, si quieres especificar alguna cláusula, solo tienes que decirlo, le recuerdo también que, por seguridad, esta conversación está siendo grabada, ¿está de acuerdo?

—Sí, estoy de acuerdo.

—Se compromete a dar un beso, todas las mañanas al despertar, antes de salir de la cama, al señor Raúl García.

—Me comprometo y, si se me permite, añado que también me echaré sobre su

espalda y le besaré el cuello, ¿está de acuerdo?

—Por supuesto, sus deseos son añadidos.

—En segundo lugar, se compromete a sonreír, aunque sean cinco minutos, todos los días. Al señor Raúl García le encanta verlo feliz.

Ismael afirma, mientras, con los ojos cerrados, apoya su cabeza en su regazo. No les importa nada, están de pie, en medio del campo, con el sol abrasador acalorándolos y disfrutando el uno del otro.

—Por último, y no menos importante, ¿acepta cuidar de sí mismo, no dejar que la tormenta lo hunda, recordar siempre lo buena persona que es y, sobre todo, no perder nunca su esencia?

—Lo acepto y, por favor, quiero dejar en observaciones que, siempre estaré agradecido al señor Raúl García por haberme ayudado a ser lo que siempre quise.

—Eso son dos mamadas profundas —interrumpe cortando la emotiva conversación. Entonces se separan e Ismael le da un empujoncito en el hombro.

—Eres un payaso.

—Soy tu payaso.

Se ponen las camisetas y retornan el camino al refugio para pasarse el día rodeados de animales.

Cuando llegan, aparece Rosario, una mujer de cuarenta y dos años que, junto a su esposo, llevan el refugio y cuidan de los animales mientras intentan buscarles un hogar. Es un tipo de lugar diferente, porque, realmente, no es una casa de acogida ni una perrera. Tienen un poco de todo, perros, gatos, gallinas, caballos, cerdos e, incluso, un acuario enorme. Ismael está boquiabierto porque, jamás se lo hubiera imaginado tan grande.

—Te echábamos de menos —Raulín —contesta Rosario—. Perdonad a Enrique, pero ha tenido que salir. Así que, ¿este es tu mozo? —dice sin pelos en la lengua.

Raúl se ríe e Ismael se pone rojo.

—Os presento, Ismael, Rosario, Rosario, Ismael.

Se estrechan la mano porque, Rosario, aunque es un amor, no es una persona muy cercana con los humanos. Eso sí, con los animales se vuelve loca, incluso, es capaz de regocijarse con los cerdos. Está un poco loca esa señora, no la llegué a tratar mucho, pero, las pocas veces que lo hice, pude ver en sus ojos la verdadera felicidad, esa en la que eres tú al cien por cien y en la que lo que los demás piensen, te la suda una, lo que viene siendo, soberana mierda. Madre mía, que mal hablada estoy desde que partí de ese mundo.

Ismael se queda colapsado mirando el acuario. Contempla los peces payaso y no puede evitar recordar la película de Buscando a Nemo. Una película de dibujos animados que le marcó hace unos años. El incansable sacrificio de un padre buscando a su hijo y, en la segunda parte, el incansable esfuerzo de Nemo y su padre por, en nombre de la verdadera amistad, encontrar a Dori.

—¿Tú serías capaz de recorrerte el mundo para encontrarme como hizo Nemo? —pregunta Ismael un poco sensible.

—Recorrería todos los océanos existentes hasta dar contigo. Recuerda que somos parte de un mismo puzzle.

—¿Y si estamos equivocados? Nosotros no somos una película animada.

—¿Por qué pienses eso ahora? —pregunta Raúl.

—A veces no puedo evitarlo, siento que te quiero tanto que, en cualquier momento, te cansarás de mí.

Pobrecito joven que, tras la coraza que se refugia, se esconde un niño con muchas inseguridades. Conforme empieza a dejarse ver, además de las cosas buenas, también afloran sus pequeños traumas no superados.

—No me voy a cansar de ti, estoy en el mismo sitio que tú y siento las mismas cosas.

—Pero, ¿y si esto solo es cosa del momento, y si te pasa cómo otras veces y te acabas aburriendo de mí?

—Ismael, yo otras veces no he sentido esto, es la primera vez que me enamoro, ¿por qué iba a querer olvidarlo? Si cuando estoy contigo parece que el universo se para, cuando estoy contigo me siento comprendido.

—Solo quiero decirte que, si alguna vez se te olvida, te lo recordaré como Nemo a Dori. —Y se besan.

Se pasan el día disfrutando de la naturaleza, revolviéndose entre la tierra, jugando con todos esos animales perdidos y haciéndoles multitud de fotos para compartirlas en las redes sociales con la finalidad de encontrarles una familia que los acoja y les brinde todo el amor que otros no le dieron.

20

—¿OS PARECE NORMAL? Casi una semana sin vernos, como sigáis así voy a tener que pedir citar para veros —dice José un tanto indignada. Joder, al final a mí también se me está pegando eso de referirme a él en femenino.

—He estado ocupadísima con el especial doscientos mil suscriptores para mi canal. Estoy emocionada —contesta Elena como si hubiera conseguido cumplir un sueño.

—Y yo... bueno, he estado con Ismael.

José convierte sus ojos en dos cuchillos e intenta clavárselos con mucha violencia.

—Ya lo sabemos querida, que desde que te puso fina en Toledo no hay quien os separe.

—No es por eso, imbécil.

—No, que va, a saber que tiene ese ahí para que te haya enamorado tanto. Que al final hemos perdido todas las apuestas.

—Tiene un corazón enorme.

—Mira, cállate que cuando te pones modo arcoíris de unicornio me dan ganas de vomitar. Y tú, Elena, ¿puedes dejar el móvil un rato y hablar como los humanos normales y corrientes?

Elena suelta rápidamente el móvil, un poco sonrojada y se une a la conversación algo nerviosa. José se queda mirándola extrañado.

—¿Con quién estabas hablando?

—No, con nadie, estaba contestando mensajes de Instagram, como siempre. —Intenta salir del paso, pero no cuela.

—Elena, te voy a dar una nueva oportunidad, porque te aprecio y, porque, aunque no lo parezca, no soy rencorosa, ¿con quién estabas hablando?

Les mira, aún más sonrojada.

—Con un chico —contesta.

Raúl y José se miran sorprendidos.

—Esto sí que no me lo esperaba. No es posible. Eras mi única esperanza de no sentirme sola en este grupo —clama José.

—Pero déjala, que ella también tiene derecho a enamorarse —la defiende Raúl.

—No, si aquí os vais a enamorar todas menos yo, sois unas traicioneras, que

lo sepáis.

—Si no fueras por la vida soltando veneno a todos los hombres que intentan hablar contigo, tal vez, entonces, no te sentirías así —ataca Raúl.

—Porque todos los tíos son iguales y porque el amor es una mierda, ya lo veréis. Al final vais a acabar como Nerea, sola en casa, comiendo chocolate. Os vais a poner como focas y cuando menos os lo esperéis os romperán el corazón en mil pedacitos como si fuera un cristal impactando contra el suelo. —José empieza a dramatizar como solo ella sabe. Me parto con este crío, es la viva imagen de una señora a punto de experimentar la menopausia.

—¿Y cuál es el problema? —salta Elena que había permanecido callada todo este tiempo—. Estoy cansada de escuchar siempre las mismas palabras fáciles de decir. Si nos equivocamos o si sale mal, se aprenderá de ello, pero mientras salga bien y funcione, disfrutaremos al máximo. Nadie tiene la culpa de que te rompieran el corazón y, sinceramente, peor para ti si te quieres pasar toda tu vida amarrado a ese recuerdo.

José tiene los ojos rojos porque, aunque es la diva máxima del grupo y el aparente enemigo más peligroso del amor, no deja de tener un corazón tan normal como el de cualquier humano. Cierto es que, cada persona en esta vida, tiene sus manías y sus cosas buenas, y lo sabio es saber aceptar a todos sean como sean y, una de las manías más extremas de José, eran los tíos. Con esto no quiero decir que se cerrara a conocerlos, más bien se abría demasiado, pero solo durante un rato, después hasta luego Maricarmen. No quería ataduras ni toxicidad, porque para él, las relaciones del siglo XXI, eran el fiel reflejo de la toxicidad. En cierto modo, razón tenía el condenado, pero, por otro lado, otro de los motivos que lo llevaba a pensar así, fue la traición de su novio el negro, y oye, no lo llamo así porque tenga nada en contra de los negros, es que, perdonadme, pero no me acuerdo de su nombre. José se enamoró de un africano como un loco cuando solo tenía quince años y, durante un tiempo estuvieron saliendo juntos, el problema es que, el negro, además de tener la picha enorme, tenía el corazón esparcido por varios barrios de Madrid. Pero como decía mi madre, las mentiras tienen las patas cortas y, aunque sabía fingir muy bien, al final fue delatado por algo innegable: gonorrea. La ITS llamó a la puerta y, teniendo en cuenta que llevaban un largo tiempo de relación, la única explicación que había era porque uno de los dos había tenido relaciones secretas. Y José, el buenazo inocente de aquellos tiempos, tenía claro lo que había sucedido. Así que, con una gonorrea inesperada y el corazón reventado contra el suelo, comenzó a convertirse en otra versión.

—Tenéis razón, me alegro mucho que hayáis encontrado a alguien. No os tiene que pasar lo mismo que a mí, pero llevad cuidado, no me gustaría que os hicieran daño —contesta, con mucha sinceridad, porque como ya os dije una vez, José quiere mucho a sus amigos.

Elena les enseña algunas fotos del susodicho y, bueno bueno, preparad los cubitos porque madre mía, que hombretón, y que calladito se lo tenía.

—Si alguna vez cambia de acera, dale mi teléfono —bromea José.

Y, mientras una panda de amigos que, de momento tienen de baja a una integrante, bromean, un chaval de diecisiete años, con una pistola en la mano y una capucha cubriéndole su cara entra al local donde, la felicidad desaparece en un momento.

—Te voy a matar pedazo de maricón. —Y el sonido de un disparo provoca el caos y el pánico.

21

POR DIOS QUE NO LES HAGA NADA, pero ¿cómo puede un niño de casi dieciocho años almacenar tanto odio? Claramente eso tenía que ser cosa de un adulto, seguro que el padre de Ismael estaba detrás de eso, maldito malnacido. El hermano del chico de la chaqueta de cuero se había presentado en la cafetería que solía frecuentar Raúl y había sacado una pistola apuntando a mi nieto. Había invadido el espacio entre gritos y una mirada que daba más miedo que el arma que portaba. Al berrido del primer maricón apretó el gatillo contra el techo provocando que una de las luces saltara por los aires. Está descontrolado y se nota a leguas que no ha usado un arma en su vida.

—Te alejarás de mi hermano y de mi familia y dejarás que volvamos a ser como antes —grita Rodrigo.

El camarero llama a la policía y se oculta, junto a varios trabajadores más, en la cocina. Aparte de Raúl y sus amigos, solo había tres personas más que ocupaban otra de las mesas. Se han aislado en una esquina y se mantienen al margen observando la situación. José y Elena se han quedado mudos y petrificados, nunca han vivido algo así y no saben cómo reaccionar.

—Pero, ¿por qué te pones así? Tu hermano y yo no hemos hecho nada malo —enfrenta Raúl que, a pesar de estar aterrado, tiene las agallas de enfrentarse a la homofobia de ese joven.

—¿No me has entendido? Que te vayas de su vida, que te alejes, que te folles a otro, pero que nos dejes en paz. Desde que llegaste solo has provocado desgracias —chilla con la cara a punto de explotar.

—Yo solo he ayudado a tu hermano a ser lo que realmente es. Vosotros lo tenías reprimido, siendo una persona que no es y viviendo bajo vuestra merced. Deja de comportarte como un idiota y entiende que tienes un problema que todavía puedes solucionar.

Se acerca a la mesa, aún mucho más enfadado y apunta, con más notoriedad, a la cabeza de Raúl. Lo va a matar, no puede estar pasando, por favor, que alguien le diga que pare, que se callen, que le diga que se va a ir de su vida, aunque sea mentira, cariño mío, por favor, escucha a tu abuela.

—Si me disparas, te vas a arruinar la vida. Te separarán del mundo y entrarás a un centro de menores y, cuando cumplas la mayoría de edad, a la cárcel. Creo

que hay otros caminos, mucho mejores.

Da una patada a la mesa tirando los vasos que se encuentran en ella y vuelve a gritar mucho más furioso:

—Cállate ya maricón de mierda, cállate ya y vete de nuestras vidas o te reventaré la cabeza ahora mismo.

Las lágrimas, provocadas por la impotencia, se asoman tras los ojos del chico natural y de sonrisa incrustada, que, por dignidad, no es capaz de decirle lo que quiere escuchar.

—¿Tanto quieres complacer a tu padre? ¿Crees que romper nuestra relación te va a acercar más a él? Estás equivocado, tu padre es un capullo, y siempre lo va a ser. Para él nunca vas a valer nada, porque no sabe valorar a su familia. No irá a ver tus partidos de fútbol, ni tendrá en cuenta los momentos importantes de tu vida. Puedes llamar su atención si quieres y, por él, puedes hacer locuras como esta, pero jamás vas complacerle de verdad, porque ese ser, no tiene corazón, ¿te merece la pena condenar tu vida por un monstruo?

Vuelve a pegar un disparo, esta vez contra el ventanal, los cristales caen y salpican encima de la mesa. Elena, que está más cerca, se cubre como puede y, por suerte, nadie resulta herido.

—No sigas hablando, no quiero escucharte más, eres un mentiroso. Tú no conoces a mi padre, así que no hables de él.

Las sirenas de la policía comienzan a sonar y están llegando lo más rápido que pueden. Que se den prisa y paren esta situación, que nadie salga herido, que yo estoy bien aquí, sola, no tengo ganas de ver a ninguno de esos chicos por adelantado, que tienen toda la vida por delante.

—Si yo me voy, vendrá otro, porque quieras o no, tu hermano es homosexual, y siempre será homosexual —grita Raúl plantándole cara.

Y, el clic de la locura se activa, Rodrigo acelera el paso hacia él, levanta la pistola y, cuando está a punto de prensar el gatillo, José se abalanza, desviando el disparo y salvando la vida de su mejor amigo. La policía entra por la puerta. Menos mal que ya se va a solucionar todo. Rápidamente separan a los dos jóvenes que forcejeaban por el dominio de la pistola. Rodrigo es separado de forma violenta, arrinconado contra la pared y esposado. Al voltearse, José tiene sangre debajo del abdomen, no puede ser, la bala le alcanzó. Elena y Raúl se acercan a su amigo, pero la policía los separa y evacua el local. La ambulancia llega rápidamente, minutos después de la policía y se llevan a José que se encuentra herido de gravedad. ¿Pero por qué tienen que pasar estas cosas? ¿Por qué la gente no se da cuenta de una maldita vez que lo más importante en esta

vida es la felicidad, y que cada uno tiene derecho a vivirla como le dé la gana?
José, escúchame bien, no quiero verte aquí, no por ahora, así que más te vale que salgas de esta.

—Ha entrado en parada cardiaca. Lo vamos a perder.

La mayoría de gente que recibe un disparo, a pesar de los mitos del cine, fallece. La entrada de una bala al cuerpo humano, en la mayoría de los casos, produce una hemorragia que hace que las personas mueran desangradas. Una rápida actuación de profesionales y con la suerte de que la bala no haya tocado ninguna parte importante del cuerpo es lo único que puede salvar tu vida. Por suerte para José, desde que el hermano de Ismael entró al local, el dueño dio parte a la policía y a la ambulancia. Todo fue rápido y, aunque la muerte estuvo a punto de presentarse en su vida, al final consiguió sobrevivir. Las secuelas, además de una cicatriz en el abdomen, han sido, sobre todo, psicológicas. José siempre había sido el amigo con más seguridad de Raúl, pero desde ese momento mermó y, hasta el ruido del aire moviéndose, le provocaba angustia. Al igual que una mujer no debería tener miedo a caminar sola por la calle, una persona homosexual no debería tener miedo a que un idiota, sin sentido común, sin capacidad de empatía, se apareciera de la nada para acabar con su vida. Siempre lo tuve claro, el problema está en la educación y en los políticos, si hubiera leyes de protección más estrictas, si las consecuencias de esos delitos fueran mayores y, sobre todo, si cada dos por tres no se le diera cobertura en televisión a obispos o fascistas con palabras cargadas de odio, poco a poco, la ideología de la intolerancia y de las imposiciones, moriría; pero aún queda mucho camino por recorrer, lamentablemente. ¿Por qué siempre hombres y mujeres heterosexuales tienen que decidir sobre la cantidad de homofobia que hay en el país? Muchos de ellos se regocijan en hablar de la España libre y la España tolerante y no son capaces de escuchar. Dejad de ser tan impertinentes y hablad con personas que pertenecen al colectivo, preguntadles acerca de sus miedos y acerca de las discriminaciones que han sufrido a lo largo de su vida por el simple hecho de ser gays. Acercaos al pueblo y dejad de dar por hecho cosas de las que no tenéis ni idea. Como veis me pongo negra con estas cosas, porque no puedo dejar de pensar en que pueda ocurrirle algo a mi nieto, ya tuve bastante con ver cerrar los ojos a mi mejor amigo en aquellos momentos donde matar a un homosexual era mejor que aceptarlo.

Otra cosa, terrible para la joven pareja, ocurrió días después del infortunio y desembocó en que el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro se alejara por completo de Raúl. Y es que, a veces, las palabras pueden ser el arma

más mortífera del mundo, y las palabras que escuchó Ismael aquella tarde se clavaron en lo más profundo de su alma.

—Cariño lo que ha sucedido es muy peligroso. Tu amigo José ha estado a punto de morir, pero esa bala iba para ti. ¿Puedes imaginar el dolor de tu padre y el mío si te hubiera ocurrido algo? Tienes casi diecinueve años y toda una vida por delante, tienes que estudiar y tienes que centrarte en ti, ese chico solo te está trayendo problemas —dijo, de forma tajante, su madre.

—No es cierto, no puedes culparle a él de tener una familia así. ¿Qué clase de persona sería si lo abandono?

—Raúl, tú no eres un psicólogo ni una monja caritativa, no estás en esta vida para solucionar los problemas de los demás. Nadie elige a su familia y siento enormemente que ese joven haya tenido mala suerte, pero no voy a permitir que esa toxicidad que le envuelve acabe pasando factura en ti. ¿Puedes entender que eres lo más valioso de nuestra vida? —su madre tenía los ojos llorosos, no podía dejar de imaginar a su hijo muerto.

—Mamá tengo que ayudarlo, sé que me queréis, pero él también me quiere. Hemos luchado mucho por esto y ha cambiado desde que está conmigo. Su padre y su hermano no pueden ganar esta batalla.

—Pero, ¿desde cuando eres tan estúpido? Esto no es un juego, aquí no hay ganadores ni perdedores, aquí hay vida y muerte y me da igual la satisfacción de esos imbéciles mientras pueda seguir viéndote cada día. Raúl, por favor, tienes que seguir los planes que siempre habías tenido. Dentro de unos meses entrarás en la universidad de Harvard, vivirás a miles de kilómetros de aquí y, aunque me dé pena decirlo, tu relación quedará en el olvido. Te quedan pocos meses aquí, vamos a vivirlos con tranquilidad. —Raúl estaba llorando porque ni siquiera había compartido nada de su futuro con Ismael y porque, en cierto modo, pensaba igual que su madre.

Si estuviera yo ahí le daría otros consejos. Por supuesto que hay que luchar por el amor, luchar a capa y espada por lo que uno siente y, sobre todo, luchar por ser libre. Luchar para que mañana, otras personas como ellos, puedan besarse libremente por la calle sin miradas que los señalen. No hay lucha más justificada que la lucha por la libertad. Aun así, a pesar de que no estoy de acuerdo con el camino escogido, puedo entenderlo. No es fácil para un chico de dieciocho años ver como uno de sus mejores amigos ha estado a punto de morir. La muerte da auténtico miedo y, lamentablemente, esa bala que atravesó el tórax de José, disparó muchas inseguridades en Raúl.

—Déjame pensarlo por lo menos, no quiero arrepentirme de nada. —Y su

madre lo abrazó fuertemente. Su madre solo quería protegerlo.

«Ojalá no hubiera estado ahí, escuchando tras la puerta de la habitación de José, que se encontraba en una revisión, toda la conversación de Raúl y su madre. Ojalá no hubiera escuchado sus pensamientos que, ahora, perpetuaban en su mente como latigazos. Ojalá no hubiera escuchado lo de la universidad y, ojalá, su corazón no se hubiera, de golpe, fragmentado en millones de pequeños cristales que se amarraban a sus órganos provocándole multitud de heridas. Ojalá no hubiera tenido jamás una familia así, tan tóxica, tan destructiva, y hubiera podido ser el niño perfecto del siglo XXI. Ojalá la coraza de hierro que siempre le protege fuera mucho más grande de lo que todos se piensan y el dolor de esas palabras no lo hubieran dejado desnudo, sin protección, sin nada. Ojalá las lágrimas que precipitaban de sus ojos no escocieran con tanto resquemor y, sobre todo, ojalá jamás hubiera aparecido en la vida del chico natural y de sonrisa incrustada para entorpecer y atemorizar su futuro. Ojalá jamás hubiera nacido.» Los pensamientos del chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro lo habían llevado al abismo, de nuevo. Ojalá no sea demasiado tarde para él.

¿CÓMO PODEMOS SABER SI UNA DECISIÓN ES CORRECTA? ¿Hasta qué punto el amor puede ser la respuesta a una decisión? El verano había terminado y el chico natural y de sonrisa incrustada había pasado uno de los peores de su vida. Llevaba varios meses sin ver a Ismael y la relación con sus padres se encontraba tensa tras rechazar entrar a la universidad. No se encontraba preparado para seguir estudiando y necesitaba un año de descanso, argumentó. Lo cierto es que, por mucho que sus padres quisieran, no podían obligarlo.

La tristeza lo reconcomía por dentro. Se había enamorado de ese hombre con chaqueta de cuero y todo cuanto pensaba era en encontrarlo, pero había desaparecido. Ni siquiera acudió al juicio de su hermano, que, tras el intento de asesinato, fue ingresado en un centro de menores. Lo había llamado y telefoneado en incontables ocasiones; pero había desaparecido del mundo con un único mensaje: «Espero que seas muy feliz con tu vida perfecta y que te conviertas en un popular universitario. Mis problemas no te pondrán en peligro de nuevo.»

Yo siempre supe que su relación sería complicada. Existían demasiados problemas y muchas personas cercanas deseando opinar, opinar y, lamentablemente, destruir.

—¿No piensas hacer nada este año? —pregunta Nerea.

—Creo que me aficionaré al limonchelo, como tú —bromea Raúl.

—Calla, no me lo recuerdes que aún tengo resaca. No sé, esto que estás haciendo es una locura. Entiendo que estés triste porque lo quieres, pero no deberías dejar que el dolor marque tu vida. Mírame a mí, renuncié a muchas cosas por amor, perdí muchas oportunidades. No merece la pena. Recuerda que dijiste que no harías tonterías, como hice yo —intenta hacerle recapacitar.

—Sé que todos hubierais preferido que entrara a la universidad, pero no quiero empezar una etapa de mi vida sintiéndome tan triste. No solo se trata del amor, sino de que me porté mal con él. No se lo conté y encima tuvo que escuchar la conversación tan desafortunada que tuve con mi madre. Es difícil de entender, pero con él me sentía feliz. Muy feliz. —Está tremendamente triste.

—Ya sabes que no dimos nada por vosotros, pero al final tenías razón, te enamoraste de verdad. Me gustaría ayudarte y no decirte lo típico de siempre. Lo de que el tiempo pasará y que se cerrarán las heridas. No soy de esas personas,

así que lo único que puedo desearte es suerte y que puedas localizarlo. No puede haber desaparecido del mundo. ¿Has hablado con su madre? —pregunta su amiga.

—Muchas veces. Creo que hablo más con ella que con la mía. Está muy preocupada porque, después de ese día, su hijo se despidió de ella y se marchó. A veces hablan por teléfono, pero no quiere decirle dónde está porque no termina de fiarse... O tal vez lo sabe y no me lo quiere decir. —duda.

—¿Y sus amigos? ¿Verónica y Roberto?

—Me han dicho que tengo que entender su postura. Ante todo, son sus amigos. Me aprecian, pero no pueden decirme la verdad —contesta.

—Nosotros haríamos lo mismo, así que no te enfades con ellos.

Raúl asiente.

—¿Por qué no le escribes una carta y se la das a Verónica? Tal vez no pueda decirte dónde está, pero si pueda darle una carta.

Y un pensamiento tan sencillo provoca que, de nuevo, los hoyuelos del chico natural se acentúen tras una sonrisa imprevista.

—Momentos como estos me recuerdan por qué eres mi mejor amiga —le da un fuerte beso.

—Yo soy una santa, tengo consejos para todos menos para mí. Pero bueno, me alegro de poder ayudarte hijo, que quiero que vuelvas a brillar como siempre —sonríe, intentando ocultar la depresión que arrastra.

—Y tú, ¿cómo estás? Siento que las últimas semanas se han focalizado demasiado en mí —pregunta su amigo.

—Bueno, pues voy. Aún me acuerdo mucho de Manu y mi madre me lo recuerda cada vez que puede. Estoy ahorrando para alquilarme un piso y poder separarme un poco de ellos. Los quiero mucho, pero no tenemos una buena convivencia. No saben entenderme —dice con los ojos brillantes.

—Tienes que mirar hacia adelante. El mundo está lleno de hombres que querrían mirar esos ojos canela para toda la vida —acaricia su cara—. Eres una persona muy especial y habrá alguien deseando compartir eso contigo.

—Soy una mujer quejica y repelente. La gente no me quiere a su lado. Pero no te preocupes, no intentes cambiarlo. Es lo que soy. Pero también soy otras muchas cosas que, cuando alguien se toma el lujo de conocerme, encuentra. Así que gracias por ser uno de los pocos que me conoce de verdad.

Se abrazan con fuerza, con complicidad y con verdad. Sobre todo, con verdad. *Son la 03:23 de la mañana, es la tercera vez que intento escribir esta carta. La primera vez me pareció muy «irónica», la segunda muy «cursi». Voy a intentar*

que sea un poco de las dos cosas.

Empezaré diciéndote algo que, tal vez, no te he dicho demasiadas veces: te quiero. Conocerte me hizo conocerme, porque hasta entonces, eso de lo que todo el mundo habla, el amor, lo desconocía. Eso de recibir un “buenas noches, asegúrate de que Pikachu te arroje bien” o “buenas noches mi niño, descansa bien porque mañana me voy a comer hasta el último cachito de tu cuerpo”. Eso es nuestro. Eso es amor. Nuestro amor. Lo que nosotros hemos creado.

Sé que lo que oíste en el hospital fue una putada. Muy injusto. Eres un chico con el corazón enorme y puedo entender que ese día te dejé destrozado, pero nada de lo que dije iba en serio. Aunque no me creas, simplemente tenía miedo de enfrentarme a mi madre. La pobre estaba preocupada, le caes bien y te tiene mucho cariño, pero entiéndela, estaba asustada por lo sucedido.

Te preguntarás que por qué no te dije nada de lo de la universidad. Y tienes que creerme. Jamás iba a irme. Jamás iba a entrar a Harvard. Fueron ideas de mis padres que no me atreví a afrontar en su momento. Pero eso se lo puedes preguntar a cualquiera de mis amigos, era una decisión que tomé antes de conocerte. Iba a entrar a la Carlos III o a la Complutense, cualquier universidad de aquí, de Madrid. Por eso no te dije nada, aunque, sé que debí contártelo. Y por eso te pido perdón.

Por favor, dame la oportunidad de vernos. Quiero quedar contigo y poder hablar mientras te miro a los ojos. Quiero saber que has hecho todo este tiempo. Quiero que sepas que me da mucha pena haber desaprovechado nuestro primer verano. Y quiero que sepas, sobre todo, que sigo aquí, esperándote. Que aún estoy convencido de que, después de todo lo que hemos atravesado juntos en tan poco tiempo, hay una oportunidad para nosotros.

El sábado por la tarde, a las 16:30, estaré en el Parque Lineal del Manzanares, junto a la cabeza. Si no vienes, dejaré de molestarte, pero, aunque sea para cerrar esta historia y poner la última pieza del puzzle, ven, por favor.

Atentamente, tu chico natural y de sonrisa incrustada.

Pero que mono es mi nieto, por favor.

LAS EXPECTATIVAS SON AQUELLAS ILUSIONES que nos montamos en la cabeza esperando que las cosas resulten, normalmente, favorecedoras. Las expectativas muchas veces caen por su propio peso y nos dejan destrozados. Siempre le dije a mi hija y a mi nieto que nunca dieran por hecho nada hasta que realmente lo tuvieran conseguido. Era la única forma de cantar una verdadera victoria. Eso no quiere decir que no podamos proyectar nuestros objetivos, o luchar por ellos; pero siempre con un pie en la tierra, sobre todo por nuestra salud mental.

Raúl estaba nervioso porque había imaginado el momento de encontrarse, de nuevo, con Ismael. Estaba convencido de que su carta le removería sentimientos y conseguiría que la coraza de hierro de Ismael se blandeara y asistiera a la cita que le había propuesto.

Primero se había vestido con una camisa blanca con pingüinos trazados y coloreados del blanco de la camisa. Después, tras pensar que era demasiado, se había puesto un pantalón gris de chándal y una camiseta blanca. Y, por último, se había quitado los pantalones y se había puesto unos Slim azules que, con la camisa básica blanca, le daba el toque sport arreglado que buscaba. Además, esa camisa le resaltaba su cuerpo. Y eso le gustaba a Ismael. Pero que tipín tiene mi niño.

Llega con, literalmente, una hora de antelación. En eso se parece a mí. Cuando estamos nerviosos siempre llegamos temprano. Se da una vuelta por el parque. Piensa acerca de las cosas que le dirá. Piensa en cómo estará después de tanto tiempo, pero, sobre todo, piensa en las ganas que tiene de volverlo a ver. Si viene, claro. Ver a mi nieto así, rebosando felicidad, me hace sentirme viva, pero como ya os conté, las expectativas son peligrosas y nadie le asegura que vaya a venir. Ni siquiera Verónica cuando le entregó la carta. Tal vez sea muy negativa, pero tengo un mal palpito.

Raúl mira el reloj y, efectivamente, son las Cuatro y media de la tarde. La única visita recibida ha sido la de un hombre que estaba paseando a su caniche. Está nervioso, mirando desde lo alto hacia las entradas del parque que, salvo gente haciendo footing, no alberga la entrada de Ismael. Quince minutos después, la situación se desenvuelve de forma similar. El calor de septiembre se

acrecienta conforme se acercan las cinco y el rastro del chico de la coraza de hierro y la chaqueta de cuero sigue siendo desconocido. La felicidad de Raúl empieza a mermar. Y más aún cuando el reloj marca las cinco y media. Está sudando y tiene sed, pero en ese parque no hay ningún bazar ni quiosco en el que comprar una botella de agua. Se sienta en la parte trasera de la colina, en una enorme grada llena de escaleras de madera que le hacen contemplar todo el paisaje. Y, ahí, acariciado por alguna leve ráfaga de aire caliente, deja que las lágrimas empiecen a caer.

«Lo siento, lo siento mucho —dice mirando el infinito.» Pero no se mueve de ahí. El reloj suena avisando que otra hora queda atrás. Raúl recuerda mientras llora. Recuerda su viaje a Toledo y su primera vez. Recuerda su conversación por Tinder y cómo todo lo que se esperaba de ellos se vino abajo conforme pasaban las semanas. Recuerda sus visitas al hospital y sus deslices bajo las sábanas. Recuerda y llora. Lloro lágrimas con sabor a nostalgia, a te echo de menos y a quería una puta vida contigo. Y, mientras, el reloj vuelve a sonar. Es el aviso del tiempo pasando, el tiempo que ya no volverá. Es el aviso de un nuevo empezar.

«Espero que nunca olvides que, a pesar de esa última puta conversación, te ayudé a encontrarte —chilla con la mirada al infinito».

Y, entonces, tras unos leves segundos de silencio, alguien le contesta.

—Jamás lo olvidaré. Soy quien soy gracias a ti —dice un hombre con la barba acicalada, una camisa azul con estrellas y unas bermudas.

Raúl se gira y se queda mirándolo durante unos segundos. Ismael se acerca a él y con sus dedos aparta las lágrimas de sus ojos.

—Pensaba que ya no vendrías —dice.

—Tomé la decisión en el último momento —contesta muy cerca de él.

—¿Puedes perdonarme? Todo lo que dije en el hospital fue un error. No lo pensaba realmente.

—No tengo nada que perdonarte, sino que agradecerte. Todo lo que soy es gracias a ti. Y, contestándote a la carta, también quiero que sepas que entiendo a tu madre. Creo que otras madres hubieran sido mucho más radicales. Se preocupa por ti. Pero después de lo que ocurrió, de lo que hizo mi hermano, necesitaba tomarme un tiempo.

—Quiero que retomemos lo que teníamos —se acerca aún más—. Quiero que sigamos formando el puzzle que un día empezamos. Quiero viajar contigo y descubrir otros lugares de tu mano. Merecemos una oportunidad joder, es que la merecemos —dice ilusionado Raúl.

El chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro sonríe.

—Eres la persona más luchadora y con más energía positiva que jamás he conocido. Eres tan especial Raúl... —Y acerca las manos a su cara mientras el chico natural cierra los ojos sintiendo la caricia.

Echaba de menos su tacto, la sensación de sus manos y todos los estímulos que una simple caricia le transmitía.

«No te vayas nunca», piensa.

—¿Dónde has estado? —pregunta.

—En Barcelona. Tengo un amigo allí...

—¿Te sirvió para encontrarte?

—Sí, me sirvió para interiorizar todas las cosas que habían pasado. Además, también me sirvió estar lejos de la gente que conozco.

—¿Te sirvió estar lejos de mí?

Esa pregunta incomoda al chico de la coraza de hierro.

—Hice lo que tenía que hacer. A veces, las decisiones correctas duelen —le contesta.

—Y, ahora, ¿cuál es la decisión correcta, tenemos la oportunidad de volver a caminar juntos, o has venido a cerrar la historia? —pregunta con mucho miedo.

El silencio se adueña, durante unos segundos, de ambos.

—Conocí a otro chico —dice.

Y, entonces, el corazón de Raúl se parte en mil pedazos y cada uno de esos pedazos se vuelve a partir en otros mil. Las lágrimas vuelven a empezar a caer sin pausa. No quería creerlo. No podía ser verdad.

«No está diciendo la verdad. No sería capaz de hacer algo así.»

—Debí hablar contigo primero, pero como tú, tampoco sabía cómo decírtelo, simplemente surgió —se justifica.

Las expectativas pueden ser la peor mierda del mundo y el chico natural y de sonrisa incrustada se acaba de dar cuenta de eso.

—Soy idiota —dice pausadamente—, estuve esperándote todo el verano. Estuve llamándote, hablando con tu madre y con tus amigos y nadie me dijo nada. Estuve creyendo que, cuando volvieras, podríamos volver a ser los dos, como antes —vuelve a intentar apartarle las lágrimas, pero Raúl se aleja—. Espero que con él puedas ser el hombre que querías ser.

—No quiero que te marches así —insiste Ismael.

—No te preocupes por eso. No te odio ni voy a ser de esas parejas que habla mal de su ex. Entiendo que estas cosas pasan y ya está, hemos sido una pareja más.

—No hemos sido una pareja más, hemos sido tú y yo —contesta Ismael.

Se miran unos largos segundos y sus miradas chillan muchas cosas, pero no solo la de Raúl, sino también la de Ismael. ¿Pero en qué estás pensando chiquillo? Si esos ojos confiesan amor a leguas, ¿qué estás haciendo?

«No, no me lo creo.»

—Cuando te conocí, el primer día, negaste muchas cosas que luego ocurrieron. Siempre dijiste que la seguridad que me caracterizaba era una de las cosas que más te gustaban de mí. Pues hoy te digo que, no sé qué tendrás con ese chico, pero yo sé que tú sigues enamorado de mí, pero no voy a luchar más. Si eso es lo que quieres, regresa a Barcelona y huye de lo que sientes de verdad —añade de forma segura.

—Esta vez te equivocas —dice Ismael.

—Muy bien, espero que seas muy feliz —concluye Raúl.

LAS DECISIONES SON AQUELLAS ELECCIONES que marcan nuestro destino. La diferencia entre hacer o no hacer algo puede cambiarnos drásticamente la vida. La decisión de romper la relación había sido costosa para Ismael porque, aunque lo había intentado disimular, seguía enamorado de él hasta las trancas. Lo quería por encima de todo y alejarse de él le dolía más que cualquier situación complicada del pasado. Era de entender, nunca se había enamorado y estaba hiriendo su corazón por decisión propia.

—No has hecho absolutamente nada de lo que te dije —dice Verónica.

—He hecho lo que tenía que hacer —contesta orgulloso Ismael.

—Pero, ¿por qué eres tan cabezón? Estás renunciando a tu felicidad de manera gratuita. Es que no me entra en la cabeza. Y mira que en este mundo hay pocas cosas que me sorprendan, pero lo tuyo es de psicólogo.

—Te pedí que no me juzgaras, en este momento solo necesito tu apoyo y más helado de chocolate —bromea intentando aparentar que no tiene el corazón roto.

—¡Qué no!, que no me sale del coño. Que estoy harta, que me pasé media vida esperando a que Roberto se atreviera a dar el paso y, por tomar malas decisiones, aquí estamos, cada uno haciendo una vida paralela. ¿Qué necesidad tienes? Te inventas un novio falso para alejar al amor de tu vida porque piensas que eres una carga para él. Esto no es una telenovela, es la vida real. Y las decisiones que tomamos tienen consecuencias, y te lo dice una experta en cagarla constantemente.

La voz de Verónica, que no solo le está dando la reprimenda, sino que también está descargando la frustración que siente respecto a Roberto, parece no cesar, así que, mientras ella habla, él come grandes cucharadas de chocolate. Como echo de menos el chocolate, sobre todo lo de levantarme a comerlo de madrugada como si fuera un ratoncillo.

—Eso es muy patético —dice con la boca llena—, ahora le llamo y le digo: ¿oye, recuerdas lo de Barcelona y lo de mi nuevo novio? Pues era mentira, te lo he contado porque quería alejarte de mí, pero, como no me puedo aguantar las ganas de verte, recapacito y te digo la verdad. Verónica, es absurdo, va a pensar que tengo doce años y me va mandar a la mierda. Prefiero marcharme con la imagen que he proyectado.

—Mira, cómo no te guardes el orgullo y no lo llares de una maldita vez, voy

a coger esa cuchara y te la voy a meter por el culo, y cuando solo asome un cachito la voy a retorcer y te lo voy a dejar como trescientas banderas de Japón juntas, ¿he sido clara? —dice tajantemente.

Ismael se atraganta, ligeramente, con el helado y se pone rojo como un tomate.

—¿No entiendes que no quiero hacerle daño? Que mi hermano quería matarlo, estoy rodeado de una familia tóxica y no sé qué puta locura podrían ser capaces de hacer en el futuro. No quiero que sufra porque lo quiero más que a nada en este mundo, ¿puedes entenderme? —Tiene los ojos cubiertos de lágrimas.

—Pero joder, que yo te entiendo corazón —le da un fuerte abrazo—, pero que no, que no puede ser que tu padre y el imbécil de tu hermano sigan gobernando tu vida. Que ya no, que no puedes huir, no puedes darles el placer de vivir reprimido porque nunca vayan a aprobar tus relaciones. Tienes que seguir adelante, con los riesgos que supone, llevando cuidado, pero no renunciando a tu felicidad, ese no es el camino correcto. —Las palabras de su amiga le dan fuerza, le dan alas, le dan valía...

—Pero él es demasiado inocente, nunca ha tenido problemas de homofobia y creo que no está preparado para la crueldad del mundo. Y sí, sé que la mayoría de la gente lo ve bien, pero esa gente no es el problema. El problema son los locos que lo ven mal y que además les da igual encarcelar su vida con tal de arruinar otra. El problema son los locos como mi hermano. Son pocos, pero hacen mucho ruido.

—Pues si ellos hacen mucho ruido, nosotros haremos más, que ya sabes que cuando grito se me oye hasta en la China. Además, deja de preocuparte, tu hermano está en un centro de menores y tu padre tiene una orden de alejamiento. Estáis a salvo —dice intentando transmitirle la poca seguridad que le falta para tomar la iniciativa.

—Me va a matar, lo dejé roto cuando le dije que había conocido a otro.

—Si fuera yo te daba una paliza antes de perdonarte, tienes suerte de que ese niño tiene buen corazón. Anda, coge el teléfono y llámalo —insiste Verónica.

—¡No! Mejor iré a verlo. Ha quedado con sus amigos en la cafetería de siempre, han colgado un post en Instagram. Me presentaré allí y hablaré con él en persona —contesta.

—Vaya tela con las redes sociales. Llevad cuidado con publicar esas cosas que el otro día estaba viendo una serie en Netflix que se llama *You* y vaya tela. Va de un psicópata que encuentra toda la información de una chica por las cosas

que publica. Ismael, no nos damos cuenta, pero tenemos toda nuestra vida publicada en internet.

—¡Uf! Ya te has puesto modo señora de los años cincuenta, creo que es hora de marcharme a rehacer mi gran cagada.

Y se marcha, rápidamente, con ilusión y con expectativas. Otra vez las expectativas, no aprenderán nunca.

«—¿Señora? —se pregunta desconcertada mientras se mira al espejo.»

DRAMA, ESE CONCEPTO DE LA VIDA MODERNA que irónicamente se les da a aquellas situaciones que nos hacen daño. A veces de broma, otras de verdad. El desamor es una de las principales causas que representan este concepto. El dolor por una pérdida amorosa siempre, desde antaño, ha sido uno de los motivos por el que la mayor parte de la gente ha perdido la cabeza. Con lo bonito que es vivir, aunque sea solo.

Raúl tiene el corazón roto porque, en sus inocentes ilusiones, tuvo la esperanza de arreglar las cosas con ese muchacho de mirada seria, envergadura recta y chaqueta de cuero. Pero no ocurrió así, al menos en ese momento y, ahora, después de tirarse todo el día llorando, queda con sus amigos para tomar un café y ponerles al día. Pero no todos asisten, José ha desarrollado un fuerte miedo a salir de casa desde que casi pierde la vida, y apenas se deja ver. Además, cuando lo hace, se comporta de otra manera, como si la luz que lo hace brillar hubiera perdido su intensidad. Lo entiendo, no tiene que ser fácil haber estado a punto de perder la vida por ayudar a un amigo. Y eso, Raúl lo valora, por eso lo visita cada vez que puede y se lo agradece todos los días, aunque sea por un mensaje de WhatsApp.

—Uno no elige cuando se enamora. Se marchó porque estaba triste y, en la distancia, otra persona apareció. No se lo tengas en cuenta, simplemente el contexto no os ha favorecido —dice Elena—. Además, deberías aprovechar para rearmarte, descansar este año y estudiar lo que tenías planeado —añade.

—Sí, lo sé, si no puedo retenerlo si ya no me quiere, y tampoco quiero actuar como un despechado. Yo no soy así, pero me siento rabioso porque estuve tratando de encontrarlo todo este tiempo y ni siquiera tuvo el valor de decirme que había otra persona. Siento que no ha sido honesto conmigo.

—Pero tú tampoco lo fuiste con él —añade Nerea.

—¡No es lo mismo! Yo no iba a ir a esa universidad, mi decisión no le iba a repercutir. La suya sí, la suya me ha dejado roto.

—Eso no es del todo así, la manera en la que él descubrió esa información le afectó, porque la imagen que trasmitiste fue la de que lo ibas a dejar tirado en la cuneta. Además, que tu madre se pasó tres pueblos —contesta Nerea.

Raúl se echa las manos a los ojos, apartándose algunas tímidas lágrimas que

asoman.

—Sí, tenéis razón, la cagué, y por eso, desde ese día, intenté solucionarlo. Pero no quiso. Creo que también hice muchas cosas buenas por él para que lo único que tuviera importancia fuera una puta mierda de conversación que tuve con mi madre. —Vuelve a llorar.

—Ahí tienes razón. Creo que los dos tenéis vuestra verdad. Pero si él ha tomado esa decisión tienes que aceptarla. Sé que decirlo es muy fácil, pero no te queda otra. La vida es complicada y, a veces, te hace vivir esta mierda de situaciones. Así que llora todo lo que necesites hasta que superes el duelo —dice Elena.

—Es que hace solo dos meses estábamos besándonos y éramos felices. Teníamos un viaje preparado para este verano y, de repente, todo se va a la mierda. Al final su hermano se salió con la suya.

Está dolido y roto. Roto porque lo quiere, lo desea y no es capaz de aceptar su nueva realidad. Todo cuanto ansía es poder llamarlo y pedirle perdón, de nuevo. Decirle que venga con él, que se den una nueva oportunidad, que olvide a ese chico que conoció y que hagan como si estos dos meses no hubieran pasado; pero no es tonto, sabe que eso es humillarse y que tampoco es del todo justo. Además, él sabe que no puede retener a alguien que no le ama. Así que llora, llora lágrimas de impotencia, de pérdida y de ojalá nunca hubiera pasado toda esta mierda.

—Ya solo quedas tú, amiga —dice Nerea—. ¿Qué tal vas con Ángel?

—Nosotros estamos bien, la verdad, muy contentos.

—Ya, ya, si lo vemos en tu canal de YouTube, que cada vez que tienes oportunidad lo sacas —le responde.

—Es que, jo, es tan mono. Le gusta todo lo que hago y me apoya un montón. Tenemos pensado irnos a vivir juntos en octubre. Sé que es algo precipitado, pero mira, ya tengo una edad en la que si no tomo decisiones arriesgadas, no las voy a poder tomar nunca —dice con una gran sonrisa.

Raúl la oye, la oye y se alegra por ella, aunque también la envidia, porque eso quería él, seguir avanzando con el chico de la chaqueta de cuero.

—Sinceramente parece un buen chico, así que, sin que nuestros dramas sirvan de precedente, aprovecha y disfruta de este momento —le contesta Nerea.

—Y tú, ¿cómo estás? —interrumpe Raúl que, intentando adentrarse en la conversación, hace un amago de ser participativo.

—Estoy mejor. Días malos y días buenos. Ahora todo cuanto quiero es mudarme a un piso sola, vivir con mis padres me va a volver más loca de lo que

ya estoy. Por cierto, mañana tengo una entrevista de trabajo —dice Nerea ilusionada.

—¿Sí? ¿De lo tuyo? —pregunta Elena.

—Mas quisiera yo. Es de recursos humanos en una empresa, de nuevo, de transporte. Pero, a priori, las condiciones son buenas. Trabajaría de lunes a viernes de nueve a seis de la tarde con una hora de descanso.

—Bueno, al menos te podrás marchar de casa —sonríe Elena.

Raúl se ha quedado empanado, de nuevo, volviendo a esos pensamientos tristes que lo atosigan y persiguen. A esos pensamientos que lo amarran al fondo de un pozo negro y que no le dejan ver nada. A esos pensamientos que lo están volviendo loco. Pobrecito mi niño, que pena me da verlo así.

—Raúl.

Sigue pensando, sigue buceando entre sus recuerdos.

—Raúl, ¿me oyes?

Ese recuerdo le gusta. Toledo siempre tendrá un sabor dulce. Fue su primer viaje. Consiguió sacarle multitud de sonrisas a pesar de que llegó bastante afectado de la pelea que tuvo con sus padres.

—Raúl, ¿me perdonas?

Y, entonces, el chico natural y de sonrisa incrustada, tras escuchar su voz, se gira y lo ve ahí, justo a su espalda, con unos ojitos transparentes y arrepentidos.

—Te amo y quiero estar contigo —dice el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro.

LOS CAMBIOS DE 180 GRADOS siempre nos pueden causar una grata sorpresa. A veces todo se desmorona sin solución, pero otras, el cambio es positivo y todo lo que parecía no encajar se une como la pieza de un puzzle. El puzzle que estaban formado, aunque con momentos lluviosos, todavía tenía piezas soleadas que colocar y eso, en un solo instante, iluminó las caras de ambos. Me recordaron a sus primeras citas. Tal vez, después de esto, puedan aprender a quererse mejor, de una forma más sana.

—Pensaba que no volvería a verte —dice con los ojos brillosos.

—Yo también lo pensaba, pero aquí estoy, arrepentido de haberte hecho pensar eso —contesta Ismael.

—No vuelvas a marcharte así. Te he echado de menos cada día. Sé que lo de tu hermano debió de dejarte echo polvo, pero no puedes renunciar a mí solo por querer protegerme. Soy mayorcito para tomar mis decisiones y quiero seguir contigo, contra viento y marea. —Sonríe mostrando esos hoyuelos que lo vuelven loco.

—Solo quería que fueras feliz. ¿No has sentido, alguna vez, que eres una carga para alguien? Llegué a tu vida y traje la tormenta. José podría haber muerto por mi culpa.

—¡No! —interrumpe—, no digas eso. La culpa no es tuya, por favor, abre los ojos y date cuenta que no es justo que cargues con esa culpabilidad. La culpa es de tu padre y de los políticos que no hacen leyes más duras contra este tipo de delitos.

—No podía dejar de pensar en que la bala te hubiera dado a ti y que hubieras muerto —dice muy triste.

—Pero no pasó, Ismael, eso no pasó. Estoy aquí —le agarra la mano—. Estamos aquí, los dos.

Y se abrazan. El chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro se quita, por un momento, esa armadura que lleva puesta y que tanto le pesa y, acostado sobre su regazo, suspira y expulsa las lágrimas que tenía escondidas y que muy pocas veces deja salir. El chico natural y de sonrisa incrustada le abraza con fuerza intentando darle seguridad, intentando hacerle ver que, con él, no necesita corazas, pues él sabe protegerlo de la mejor de las maneras: subiéndole la autoestima y la confianza en sí mismo.

Ojalá todas las parejas supieran reforzarse entre sí, darse fuerza y valor y que, gracias a eso, crecieran como personas. Eso sería mágico, la mayoría de las relaciones tóxicas morirían conforme la seguridad de todos ellos aumentara poco a poco. Tantas cosas podrían cambiar...

Siguen abrazados mientras el tiempo pasa. Pero no les importa, llevaban buscando ese encuentro carnal durante meses y, ahora, ni la camarera mirando desde la barra, ni el grupo de cotillas de la mesa tres, podían hacerlos sentir que había más gente a su alrededor, porque para ellos, en este momento, estaban solos.

—¿Crees que tu madre me odia? —pregunta Ismael mientras se aparta las lágrimas de los ojos.

—Mi madre te tiene mucho aprecio y se siente muy mal por lo que dijo en el hospital. Me ha pedido perdón un montón de veces.

—Me han dicho que no has entrado a la universidad, ¿no hay ninguna solución a eso? —pregunta.

Raúl niega con la cabeza.

—Se cerraron los plazos, tengo que esperar al año que viene.

—Eso no estuvo bien —le regaña—, siempre hemos hablado que la relación no afectaría a nuestro crecimiento personal, que no íbamos a ser una relación tóxica, que eso siempre te lo inculcó bien tu abuela. —Pero que bien me cae este chico, como se acuerda de mí.

—Lo sé, tienes razón, cometí un error y no debí dejar que eso pasara, pero ya no puedo cambiarlo, solo aprender de él para que no se vuelva a repetir —le contesta un poco arrepentido.

Y siguen hablando, se están poniendo al día, se están contando todas las cosas que hicieron separados y planeando las cosas que podrán hacer juntos. Aunque, por suerte para Raúl, los planes futuros dejan de ser algo probable cuando Ismael le confiesa que tiene una sorpresa para él. Saca dos billetes de su mochila de tela.

—¿Creías que me había olvidado del viaje que te prometí?

Los ojos de Raúl se abren como platos porque ya pensaba que no haría ningún viaje con él. Coge los billetes apresuradamente para mirar el destino: Australia. Su sonrisa se extiende como si fuera una luna menguante.

—Gracias. —No le salen otras palabras.

—¿Por qué? Te lo mereces todo —contesta Ismael.

—Por haber dado un giro de 180 grados a esto. Por haber colocado correctamente la pieza del puzzle. La pieza de un puzzle de amor —sonríe.

—Nuestro puzzle de amor.

Pero que bonitos son. Yo recuerdo mucho el mío, mi puzzle, con mi querido Antonio. ¡Ay!, me pongo un poco nostálgica, pero es que, y por mucho que digan, el amor nos remueve todas las emociones y es capaz de, aunque también lo peor, sacar lo mejor del ser humano. ¡Viva el amor, coño!, uy, esa palabra se me ha pegado de Verónica, ¿será posible?

LA FELICIDAD NO ES UNA META, no se puede alcanzar para siempre, más bien es un camino con intervalos crecientes y decrecientes. La felicidad viene y va. La felicidad vuela libre como un pájaro al comenzar el día y puede posarse sobre ti y piar su canto sin previo aviso, porque normalmente, aunque nos empeñemos en querer tenerlo todo bajo control, llega en el momento más inesperado. Para Raúl, la felicidad, tras escuchar la inesperada voz del chico al que amaba, regresó instantáneamente. Y, entonces, en ese momento, en el que el chico natural estaba experimentando un dolor del tipo dos, que como ya os conté son aquellos dolores que tardan en curarse pero que finalmente sanan, todo dio un giro de 180 grados.

Además, algo muy positivo es que, por primera vez en mucho tiempo, el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro, se había quitado la armadura. Se sentía protegido a su lado y sonreía tanto como él. Que pareja tan bonita forman.

Esa misma noche, tras cenar en un restaurante italiano que solían frecuentar y ponerse hasta arriba de pizza y tinto de verano, decidieron pasar la noche juntos en un hotel. Llevaban meses sin tocarse y todo cuanto deseaban era volver a encontrarse entre las sábanas, reconocer sus cuerpos y hacer el amor con todos los sentidos.

—No quiero que te vuelvas a ir —dice Raúl que, un poco emocionado, deja caer una lágrima.

El dedo índice de la mano derecha de Ismael se alza sobre su mejilla y aparta suavemente la lágrima que recorre su tez y le da un beso en el ojo.

—Se acabó eso de marcharse. Ahora estoy aquí y sé que es el lugar en el que debo estar.

Raúl, que está sentado sobre sus piernas, sintiendo el roce de su virtud, acurruca la cabeza en su hombro, mientras, los leves movimientos de pelvis del chico de la chaqueta de cuero lo envuelven en un placer que supera todo lo que había conocido hasta entonces. Él sigue ahí, acurrucado en su cuello, dándole pequeños besitos, y todo cuanto desea es paralizar el tiempo y quedarse días así, sin nadie que pueda molestarles, sin las preocupaciones del mundo, solo ellos, recuperando el tiempo perdido.

Ismael tiene sensaciones similares, se mueve con mucha delicadeza,

disfrutando de cada milésima de segundo del chico al que ama, sintiendo el tacto de sus labios por todo su cuello, con los ojos cerrados, disfrutando de ese placer indescriptible que, solo juntos, pueden hacer posible. Sin coraza, sin chaqueta, desnudos, sin pesos que cargar, sin miedos ni problemas.

Se aman, se aman tanto que, en solo unos meses, Raúl ha ayudado a Ismael a sanar todos los traumas de una vida marcada por el miedo. Le ha hecho ser valiente, aceptar aquello que es y, sobre todo, que se sienta orgulloso. Es una victoria porque, duraran dos semanas o toda la vida, esa sensación de libertad siempre recorrería sus pulmones a la hora de respirar, porque, como ya os he dicho, había sanado sus traumas y derrotado sus miedos, para siempre.

—Si me quito la armadura, ¿serás mi escudo? —pregunta Ismael.

—Tu escudo y tu lanza —contesta Raúl.

Y siguen, entregados el uno al otro, fundiendo sus cuerpos entre besos que no tienen prisa, sonrisas naturales y miradas que excitan el alma.

—¿Puedo decirte una cosa? —dice el chico natural y de sonrisa incrustada.

Ismael asiente mientras, cerca de su oído, jadea el placer de sentir su cuerpo.

—Yo siempre vi al chico que se escondía detrás de la armadura. Lo vi desde el primer momento en que hablaste. Por eso me enamoré de ti, porque sabía que, detrás de tu apariencia, había alguien que pedía a gritos ser rescatado.

Ismael, que sigue moviéndose lentamente, lo abraza fuerte, tan fuerte que la química de ambos estalla; es inevitable, la colisión de sus cuerpos junto a esas palabras finales ha producido la magia de un encuentro que recordarán para siempre.

—Te quiero —dice Raúl.

—Te amo —le contesta.

Y, juntos, abrazados, se duermen sin ningunas ganas de despertar.

LOS TRAUMAS PUEDEN APARECER en el momento más inesperado, al igual que la felicidad, nadie sabe, en qué momento de su vida, un dolor del tipo tres, puede manifestarse para asustarlo y marcarlo para siempre. José llevaba invadido en una oscuridad un tanto preocupante desde que casi pierde la vida por culpa del hermano de Ismael. Casi nunca salía de casa y le daba miedo la gente desconocida. Pensamientos irracionales se apoderaban de él y le hacían sentirse el blanco de una diana para todo el mundo.

—¿Cómo estás hoy? —pregunta Raúl.

—Estoy un poco mejor —tiene la cara blanca por falta de luz y ha perdido peso—. Ya me contaron Nerea y Elena que has vuelto con él.

—Nunca llegamos a romper, simplemente hemos solucionado los problemas. No estés enfadado con él, no tiene la culpa de lo que te sucedió y, uno de los motivos por los que se marchó, es porque tenía miedo de seguir fastidiando nuestras vidas por culpa de su familia.

—No te preocupes por eso, no le odio, sé que no es culpa suya. No es culpa de nadie realmente, solo de esta sociedad de mierda que permite que lleguen a pasar estas cosas.

—José, sé que estás enfadado y que tienes miedo, pero ya está bien, estás vivo para vivir no para pasarte los días en casa, has perdido toda la esencia que te caracterizaba, ¿dónde está la persona que vivía en ese cuerpo? —Y clava el dedo en su corazón.

—¿Crees qué es fácil? Intento encontrarme cada día, pero no puedo dejar de pensar en que esa puta bala me hubiera matado, o que os hubiera matado a alguno de vosotros. ¿Sabes que hay más de trescientas agresiones al año en España por homofobia? ¿Sabes que la tasa bullying más alta es por homofobia? ¿Y sabes que, aunque nadie se atreva a decirlo, muchos suicidios de gente adolescente son consecuencia de la homofobia? Tengo miedo no de encontrarme, sino de que un cabrón me encuentre primero y me arrebatte la vida porque es incapaz de tolerar la forma de vivir de otras personas —dice bastante herido, reivindicando su derecho a ser, su derecho a amar.

—Lucharemos por cambiarlo, a capa y espada. Lucharemos por leyes que nos protejan, lucharemos para estar seguros —dice Raúl.

José traga saliva, decepcionado.

—¿Sabes qué pasa? Que las cosas en el mundo no funcionan así, lamentablemente, hasta que no ocurre algo grave los gobiernos no actúan. En lugar de evitar que pueda suceder, dan cobertura en la televisión a personas que dicen que tenemos muchos derechos, que quieren que el Orgullo se aisle a Casa de Campo, a personas que dicen que somos una abominación y que no tenemos derecho a casarnos. Día tras día, bajo la excusa de la libertad de expresión, se da cobertura a gente que no le importan los derechos humanos —está furioso—. ¿Y sabes lo peor? Que niños, niños sin personalidad, que están desarrollándose, escuchan esas palabras, y luego, algunos padres y madres las repiten en casa y, después, esos mismos niños ya son mayores y no les importa una mierda pegarte una paliza y dejarte en el sitio.

Tiene toda la razón del mundo.

—Pero eso sí, hasta que pase, el día que ocurra algo grave, algo que rompa los malditos estigmas, como que una de esas palizas, en un mal lugar y en un momento desafortunado pueda causar la muerte de una persona LGTBI. Ese día, entonces, se echarán las manos a la cabeza y, entonces, seguramente, todos los colegios, tanto de pueblos como de ciudades, integren charlas LGTBI por el respeto a la diversidad. Ese día, seguramente, se apliquen leyes de protección, pero claro, ese día, alguien ya estará muerto. Y ese alguien, Raúl, estuve a punto de ser yo. —Una lágrima cae de sus ojos.

Pero qué bien habla, eso, por suerte, no lo ha perdido. Tal vez, para muchos, José era una cabeza loca y despreocupada, pero, en sus palabras, alberga sabias lecciones que luchan por una verdadera libertad. Debería ser político, un político de verdad, capaz de luchar por la libertad y de ofrecer a la humanidad un mundo mejor. Creo que las personas más discriminadas son las más preparadas para empatizar con todos los colectivos.

—Tienes toda la razón. Cuenta tu historia José, grita todas estas palabras. ¿Por qué no te adentras en la política? —pregunta Raúl.

—¿Qué dices, estás loca? —le dice, en femenino, como siempre.

Raúl se ríe.

—¿Has dicho loca? Veo que no estabas muerto —bromea.

—Hijo que a veces me sale la folclórica que llevo dentro —le contesta.

—Replantéatelo, podrías conseguir muchos logros. Haz un documental sobre el colectivo, sobre la realidad, consigue viralizarlo y que llegue lo más lejos posible. La gente, a veces, es muy cabezota, pero también, ante la realidad, sabe cambiar de opinión —le dice, dándole una idea de cómo podría empezar a

reivindicar una necesidad vital, como sentirse seguro por la calle.

—Lo pensaré.

Y lo pensaré ya es un triunfo, porque, solo hace media hora no se replanteaba más que pensamientos frustrantes, tal vez, lo único que necesitaba era un motivo para tener esperanza.

—Ah, por cierto, mañana hemos quedado en el bar de copas de la Mari, ya no te voy a dejar que te refugies más en la habitación. Así que allí te esperamos.

José lo miró un poco asustado, pero no dijo nada.

LA FALTA DE AUTOESTIMA SIEMPRE ES una de las razones por las que perdemos la mayoría de las oportunidades. Hay personas que, lamentablemente, crecen rotas y, aunque parecen las más seguras del mundo, tienen una gran falta de amor propio. A veces es bueno tener una crisis de identidad, porque muchas veces, en esos momentos críticos, te encuentras a ti mismo y sales reforzado. El problema es que, en una sociedad tan superficial y exigente, es muy difícil que reine el amor propio, porque estamos acostumbrados al apoyo general, a nadar en la misma dirección que todo el mundo y en contentar a los demás por encima de nosotros. Y que gran error, porque el tiempo pasa y no se detiene y los años desaprovechados jamás podrán recuperarse.

Roberto se sentía así, se había pasado la mayor parte de su vida creando una gran apariencia, liándose con una chica cada día y huyendo de cualquier tipo de compromiso, no porque realmente no lo quisiera, sino porque le daba miedo afrontar sus sentimientos, le daba miedo que, al gran hombretón, le rompieran el corazón. Así que, aunque estaba totalmente enamorado de Verónica, la dejó escapar. Dejó que se casara y, en su boda, asistió con la más falsa de las sonrisas. Pero es lo que os he dicho, el tiempo no vuelve y, eso precisamente, le estaba pasando factura, porque ahora se arrepentía de haberla dejado escapar. Ahora todo cuanto quiere es demostrarle que vale la pena, que no es el niño que siempre conoció, que detrás de todo eso había un hombre que lloraba por las noches mientras pensaba en ella. Que está dispuesto a tratar a su hijo como si fuera suyo y ser un buen padre para él. Que está dispuesto a formar una familia junto a ella. Pero claro, Verónica, tras la ruptura con su marido, se encuentra en un momento de recuperación personal en el que quiere estar sola, completamente sola.

—Tienes que ayudarme a que vuelva a fijarse en mí —le pide Roberto a su amigo Ismael.

—A mí, hermano, estas cosas no me van. No me gusta meterme entre personas que se aman. Es algo que tenéis que solucionar vosotros —le contesta.

—Lo estoy intentando, pero no hay manera de que quiera escucharme. Ella te valora mucho, escuchará tu consejo, dile que soy un buen partido, dile que he cambiado...

—¿Pero realmente es así? Mira Roberto, te quiero un montón. Hemos

compartido muchas cosas juntos, pero Verónica está atravesando un mal momento y no quiero que alguien le haga daño y tú... Tú no eres de relaciones.

—¡Joder! Tú tampoco lo eras, todos podemos cambiar, estoy cansado de que me veáis siempre como un golfo machito sin sentimientos. Hay más cosas dentro de mí. Si tan golfo soy, ¿por qué llevo toda mi vida enamorado de ella? — pregunta un poco exaltado.

Ismael reflexiona unos segundos. Tal vez tenga razón, él también era así antes por miedo a dejarse conocer, por miedo a enfrentarse a lo que era.

—Hablaré con ella, pero tienes que estar seguro de lo que dices. No quiero más dramas ni más problemas cerca. Ella es una buena persona, seguramente mejor que nosotros juntos, y merece ser feliz —le advierte.

—Cuando me acuesto, me imagino con ella en la cama, abrazados, con el niño a nuestro lado, dormido. También imagino que se despierta llorando y lo mezo. Ismael, joder, que me imagino meciendo a un bebé y se me cae la baba, ¿crees que estoy de coña? —Tiene los ojos ilusionados.

—Qué va. Estás hasta las trancas, y ella también de ti. Pero ella es muy cabezota y tiene mucho resentimiento ahora. No sé si voy a poder convencerla, tal vez necesite tiempo, pero no te puedo garantizar que esto tenga un final feliz —le dice con honestidad.

—Al menos lucharé lo que no luché cuando éramos más jóvenes.

Lo mira orgulloso.

—Eres enorme y estás cachas, hasta ayer pensaba que eras un muro de hormigón, hoy, por lo que veo, eres un muro de hormigón muy enamorado — bromea.

—Bueno, a veces no hay que huir de lo que somos, sino hacer de eso algo diferente —le contesta.

Pero que frase tan bonita y tan cierta, quien hubiera imaginado que saldría de su boca. Mirad, claro ejemplo de un prejuicio. Hasta yo, vieja y tolerante soy víctima de los malditos estigmas.

—¿Y tú que tal anoche con Raúl? —le hace un leve cosquilleo con el dedo.

—Muy bien, recuperando el tiempo perdido —dice algo sonrojado.

—Claro, y que mejor sitio para recuperarlo que un hotel —le contesta.

—Un hotel es un buen lugar para hablar.

—Sí, y también para follar toda la noche —contesta de forma bruta.

Ya ha salido a relucir el lado más basto del muro de hormigón, vaya tela, normal que luego se me pegue el vocabulario de esta gente, me paso el día observándolos.

—Bueno, para eso siempre hay algo de tiempo —le contesta.

—Me alegro mucho de que estés feliz. Has hecho bien en volver con él, por cierto, ¿sabes algo de tu hermano?

Y, de repente, la cara del chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro cambia radicalmente de forma.

—Está ingresado en un centro de menores, aunque como no se produjo un asesinato, el abogado ha dicho que no hubo una intención real de matar a nadie y que la pistola se disparó involuntariamente tras el forcejeo. No creo que esté mucho tiempo más. Aunque, después de lo sucedido, tampoco creo que se atreva a acercarse a nosotros.

—Bueno, mejor así, que esté bien lejos —le contesta.

—Supongo que sí, aunque me da pena que acabe así, tan solo, como mi padre. No pude protegerlo del monstruo, ni yo ni mi madre pudimos hacer nada. Eso es algo que siempre me dolerá —confiesa.

—Tal vez, algún día cambie.

—Eso espero —contesta sin expectativa alguna.

EL MIEDO, EN MUCHAS OCASIONES, se adueña de nosotros y se convierte en el decisor de nuestras elecciones. El miedo no se puede remediar, lo sentimos todos y, hasta que no se supera, no nos deja avanzar. Todo el mundo tiene sus miedos, algunos más discretos, otros más terribles, pero nadie puede ser ajeno a esa oscuridad que nos hace temblar.

—No va a venir —dice Elena con el tono apagado.

—Vendrá, estoy seguro. Estuve en su casa y había mejorado, solo necesita un poco más de tiempo —dice Raúl mientras agarra la mano de Ismael.

—Si no viene nos tocará ir a su casa a sacarlo arrastras —dice Nerea—. Además, así me cobro alguna de sus bromitas del pasado.

—Que guerrera estás tú últimamente, que bien te ha sentado la soltería —bromea Elena.

—No es eso hija, es que me paso el día discutiendo con mis padres y tengo que descargar mi frustración con alguien —dice un poco irritada.

—Oye, ¿tú no tuviste una entrevista de trabajo el otro día? —pregunta Raúl.

—Así es —dice tímidamente mientras muestra una sonrisita—. Cuarenta horas semanales, de lunes a viernes, contrato indefinido, mil doscientos cincuenta y tres euros con treinta y siete céntimos de nómina mensual y dos pagas extras. No es el trabajo de mis sueños, pero, por lo menos, me va a servir para mandar a mis padres a la mierda durante un tiempo.

—Bueno, bueno, ya decía yo que estabas tan animada hoy. Hija como te gustan los cuartos —vuelve a bromear Elena.

—A ver si te piensas que la única a la que le pasan cosas buenas es a ti, y a ver si traes alguna vez al churri que parece que te da miedo que quede con nosotros —dice con ese carácter que, en ocasiones, tanto les irrita.

—Hombre, la última vez acabaste insinuando la posibilidad de que sus espermatozoides no funcionaran. Además, también dijiste que todos los hombres ponen los cuernos. ¿No te acuerdas ya? —contesta Elena con seriedad mientras Raúl e Ismael se ríen.

Y que normalidad en ellos, todos juntos, sin miradas perturbadoras ni dedos acusadores, así debería ser siempre, en todos los lugares del mundo.

—¿Yo? Jamás diría algo así —dice haciéndose la ofendida.

—Dijiste exactamente: Y tú, bonito, ve haciéndote pruebas de fertilidad

masculina que seguro que tienes los espermatozoides más ciegos que un murciélago. Y, después, dijiste: Y tú, Elena, lleva cuidado con este que cuando menos te lo esperes se está montando a otra en tu cama. Pero nosotros te perdonamos porque sabemos que estabas pasando un mal momento y tenías una botella de limonchelo vacía bajo el brazo —le dice Raúl intentando no reírse.

—Os he dicho mil veces que no me dejéis beber limonchelo —se justifica.

—Claro, ahora la culpa será nuestra, tendrás morro —dice Elena clavándole una mirada de esas que matan.

—La cosa se pone tensa, me recuerdan a Roberto y a Verónica —le dice en voz baja Ismael a Raúl.

—Están así siempre —le contesta.

Y, entre el barullo que están armando, aparece la valentía que, después de varios meses luchando, había conseguido derrotar al miedo.

—Hola chicas —dice José.

El silencio se hace eco de todos ellos. Ismael lo mira y lo ve cambiado. Ha adelgazado varios kilos y tiene la piel blanca. Le impacta verlo porque, en cierto modo, sabe que lo que le sucedió estuvo relacionado con él. Sabe que su hermano estuvo a punto de acabar con su vida. Sabía que mirarlo a los ojos iba a ser duro, pero la realidad fue mucho peor. Unas lágrimas indiscretas empiezan a recorrer sus párpados mientras se levanta y se dirige a él. Lo abraza con mucha fuerza mientras el arrepentimiento sigue emanando de sus ojos, José lo corresponde de la misma manera.

—Lo siento mucho —dice sin vocalizar muy bien.

—No tienes nada que sentir, no es tu culpa —le contesta de igual forma.

—Llevaba meses sin sacarme de la cabeza lo que sucedió. Debí venir a verte más, pero tenía miedo de que me odieras —le reconoce.

—Se nota que eres una buena persona, no puedo culparte por lo que ha hecho tu hermano o tu padre. Gracias por haber vuelto y gracias por haber venido hoy —le dice José.

Se separan y, al parecer, no son los únicos emocionados. Todos tienen lágrimas en los ojos y los miran con mucha ternura. Me recuerdan a mí cada vez que veía Titanic, mierda, pero si yo también estoy llorando, ¡CARMEN, TRAEME UN KLEENEX!

José está un poco extrañado y, aunque suelta alguna broma, todavía no se siente del todo cómodo. Pero oye es un gran paso.

—Tengo algo que deciros, bueno un plan que proponeros —dice Ismael.

Todos le miran de repente, ojopláticos como si les hubiera dicho que les iba

contar el secreto mejor guardado del ser humano. Bueno, seguro que eso no les interesaría tanto, vaya panda de marujas.

—Hemos estado hablando Verónica, Roberto y yo y tenemos ganas de organizar algo todos juntos. Hemos pensado en alquilar una casa rural para Halloween que solo falta un mes y poder conocernos todos un poco mejor. Tu novio, Elena, también está invitado —le guiña un ojo.

—Me encanta Halloween —dice Elena—. ¿Podré hacer un vídeo para el canal? —hace un intento de los ojos del gato con botas, pero más bien parece un besugo recién pescado.

—Por mí no hay ningún problema —dice el chico de la chaqueta de cuero.

—A mí esto de los espíritus me da un poco de mal rollo, ¿por qué no lo hacemos mejor para carnaval? —añade Nerea.

Y, de pronto, todos la miran con cara de aguafiestas, con la cara de siempre. Esta chica nunca cambiará.

—Está bien, hijos, que siento vuestro odio atravesándome el corazón, por dios, ni que hubiera matado a alguien —dice ofendida.

—Anda, si nos lo vamos a pasar muy bien, compramos varias botellas de limonchelo. —Y, aunque quiere disimularlo, al oír la palabra limonchelo le sale una pequeña malévola sonrisa. Vaya borrachuza.

—Yo no sé si estaré preparado... —dice José.

—Si no vienes mi amiga Verónica te corta el cuello. Me ha dicho que tiene muchas ganas de verte provocar a Roberto —insiste Ismael.

—Lo voy a intentar, aún queda un mes. He accedido a ver a un psicólogo y si me encuentro bien, dile a Verónica que Roberto va a pasar el mejor Halloween de su vida —sonríe.

—Hola nenes y nenas, bienvenidos al Halloween más terrorífico de la historia —dice Elena mirando a una servilleta que hace el papel de Canon 650D.

—Se ha vuelto loca —responde Nerea.

Y todos se ríen.

EL PASO DEL TIEMPO SIEMPRE COLOCA las cosas en su lugar y nos va mostrando, poco a poco, como se desenvuelven los hechos. El mes de octubre había sido idóneo para casi todos ellos.

Por un lado, la relación del chico de la chaqueta de cuero y del chico de la sonrisa incrustada se había afianzado y habían vivido los mejores días hasta entonces: Numerosas escapadas románticas, visitas inesperadas, sonrisas locas y besos apasionados. Todo lo que querían lo habían conseguido, con esfuerzo y alejándose mucho de aquellas personas que solo querían destrozarlos. El martes pasado, Ismael acudió a comer a casa de los padres de Raúl. Era la primera vez que los veía desde que sucedió lo del hospital y estaba un poco nervioso. La madre de Raúl, que también tenía la conciencia intranquila se encontraba de los nervios. Fue idea suya, quería disculparse con él y decirle que, en ese momento, estaba muy preocupada. También darle un fuerte abrazo, porque, aunque eso son cosas más modernas, ella siempre ha sido de achuchones muy fuertes. Como yo, madre e hija teníamos que ser.

—Hijo, ¿le gustará la tarta de chocolate blanco? Me dijiste que era su favorita —pregunta muy nerviosa.

—En cuanto la pruebe va a querer venirse aquí a vivir —bromea.

—Bueno, tampoco te pases, que tu padre y yo ya tenemos bastante contigo —sentencia con un delantal de un tío cachas sin camiseta.

—Mamá, con ese delantal no puedo tomarte en serio.

—¿Y por qué no? ¿Tanto te sorprendería ver a tu madre con un brazo tres veces más grande que el tuyo? Pues que sepas que a mí el culturismo me encanta.

El chico natural y de sonrisa incrustada emite una ligera sonrisa y la mira con vacilación.

—Pero si tu máxima relación con el deporte es tardar cinco minutos en ducharte, peinarte, desayunar, prepararte el bolso y llegar, solo, un minuto tarde al trabajo.

Eso es verdad, mi hija tiene muchas cosas buenas, pero es de sueño profundo y aprovecha en la cama hasta el último de los minutos existentes. Algún día le surgirá un imprevisto y se comerá una reprimenda de su jefe que, además, es un poco cascarrabias.

En ese momento suena el timbre y la vena tensa de la madre de Raúl palpita como si estuviera a punto de enfrentarse a la mayor competición de su vida. Pero no os creáis que era la única nerviosa, el chico de la chaqueta de cuero venía con triple armadura.

—Buenos días señora Maite y señor Antonio —dice cordialmente—. He traído un vino, Faraona tinto.

—Pero hijo mío si ese vino es carísimo —dice Maite mientras lo coge—. Eso sí, está buenísimo. Esta noche nos ponemos piripis.

Está un poco subidita por los nervios, disculpadla, mi hija es así.

La velada comienza tranquila y con falta de naturalidad. Ismael se siente un poco presionado y las preguntas caen en los tópicos de este tipo de encuentros. Eso a Raúl no le gusta, porque para Raúl esa cena era muy importante y todo lo que quería era que se normalizara la situación y que la relación entre ellos fuera como antes.

—Un brindis —se anima a decir— por todos nosotros. Por repetir una cena así todos los meses y porque —coge fuerzas— me encanta que Ismael forme parte de esta familia. —Ismael se sobresalta y se pone rojo como un tomate.

El tintineo de las copas suena bajo una gran sonrisa que sella, de forma muy especial, la bienvenida al nuevo integrante de la familia.

—Ismael quiero disculparme por lo que dije en el hospital —saca la valía para decirlo—. Tenía miedo y sé que os fallé. Mi madre siempre me dijo que lo más importante en la vida es saber recapacitar. Hay muchos padres que siempre quieren llevar la razón e imponen a sus hijos sus ideas, aunque sean erróneas, pero yo no soy así, y por eso te pido disculpas, porque se nota que tú, eres una buena persona —dice un poco afectada.

—De verdad, entiendo tu postura, creo que cualquier madre o padre hubiera dicho lo mismo. Fueron unos acontecimientos muy graves. Lo importante es que estamos aquí todos. Y que vuestro hijo me ayudó a vencer mis miedos, así que, este brindis es por él —lo mira con los ojitos resplandecientes.

Y, de nuevo, suena el tintineo. A lo tonto lo tonto casi se han acabado la botellita de vino. Vamos a ver como acaba esto porque cuando Maite se pone a beber no hay quien la pare. En eso me recuerda un poco a Nerea. Se van terminando la cena y llega el momento esperado, la tarta de chocolate blanco que tanto le gusta a Ismael. Cuando la ve casi se cae del sitio. Llevaba muchos meses sin probarla y mira a Raúl con complicidad. Si vierais la pinta que tiene la tarta vosotros también haríais eso, que envidia, ojalá pudiera ir a coger un cachito.

Mientras se la devora como si no hubiera un mañana, la madre de Raúl,

homenajeando el encuentro, trae consigo un álbum de fotos de cuando su hijo era un bebé.

—Mamá te prohibí que hicieras eso. Ya bastante tuve con que se las enseñaras a José, a Elena y a Nerea —dice enfadado.

—Ay sí, por favor, estoy deseando verlas. Que calladito te lo tenías —le contesta Ismael mientras le clava el dedo índice en su barriga produciéndole un pequeño brinco.

Como casi todos los álbumes de bebés, la mayoría de fotos era en pelotas. Ismael se reía de todas las fotos y bromeaba con el que, poco a poco, iba dejando de estar enfadado.

Y qué situación tan bonita y real, nada como normalizar lo que nunca debería haber estado desnormalizado. Cuanto me alegro de que, al final, puedan ser felices.

Pero el paso del tiempo no solo les había afectado a ellos. Elena había convencido a su chico para que acudiera al evento de Halloween y aceptara juntarse un poco más con sus amigos. Nerea había alquilado un piso en Fuenlabrada, cerca de su trabajo y, por fin, se había independizado de sus padres, además, se había descargado Tinder y tenía el teléfono que echaba chispas y, a veces, también el cuarto. Roberto había escrito una carta en la que confesaba a Verónica todos sus sentimientos con la intención de que viera lo que había detrás de su figura, aunque todavía no se la había dado. Verónica apenas había tenido información de su exmarido, el divorcio ya se había llevado a cabo y era, de nuevo, una mujer soltera. Su trabajo como camarera se le quedaba un poco ajustado para cuidar al niño y le quitaba mucho tiempo, quería encontrar algo de administración que era lo que había estudiado, así que, se había centrado todo el mes en echar curriculum en diferentes empresas. Y, por último, José había estado trabajando, casi todos los días, con su psicólogo los miedos que lo reconcomían desde el día del disparo y, aunque todavía no se encontraba cien por cien recuperado, había conseguido avanzar bastante. Vamos, que el mes de octubre, a rasgos generales, había sido un mes genial. O como dirían ellos, un mes de puta madre.

HA LLEGADO EL DÍA. LOS NIÑOS INVADEN, disfrazados, las calles y llaman a las puertas con el típico “truco o trato”. Algunos adolescentes se cuelan en los cementerios para jugar a la ouija y enfadar a algunos espíritus perdidos. ¿No tendrán nada mejor que hacer? Otros han planeado una sesión de cine que, casi siempre, acaba en Harry Potter. Pero nuestros chicos están llegando a una casa rural que han alquilado para pasar las próximas veinticuatro horas unidos haciendo algo diferente. Están todos muy ilusionados porque, después de un tiempo, se van a volver a ver. La casa está bastante alejada y no había otras cerca, así que, están totalmente solos. Culpa de Ismael que se ha encargado de elegirla. Raúl ha cogido su disco duro con películas de casas alejadas de la humanidad en la que pasan cosas malas para darle más emoción a la noche. Ya veréis a Nerea la gracia que le va a hacer. Elena ya está dándole caña a la Canon 650D mientras, con la otra mano, sujeta la de su novio Ángel. Verónica ha dejado al niño con sus padres y, aunque está un poco preocupada, ha salido con la intención de pasarlo bien. Roberto, que lleva dándole la chapa a Ismael todo el mes, ha elegido este día para entregarle, de una vez por todas, la carta en la que se cuenta su verdad. Vamos que se avecina una noche fabulosa.

Se han repartido en dos coches, uno lo conduce Ismael y el otro Verónica. Los primeros en llegar son Raúl, Nerea, Elena, Ángel e Ismael y, nada más bajar del coche, Nerea inaugura el escenario.

—Esto me recuerda a una película de miedo que vi cuando era pequeña, ¿Ismael dónde nos has traído? —pregunta irritada.

—Pues mirad, no os lo quería decir, pero os he secuestrado y os he traído a una casa mágica donde viviréis una tortura interminable —bromea mientras la cara de Nerea se pone de mala hostia.

—Bienvenidos nenes y nenas a la casa más tenebrosa del planeta —dice Elena mirando a la cámara mientras su novio pone caras terroríficas. —Todos se están riendo menos Nerea que sigue en su salsa.

De repente, un coche veloz ruge desde lo lejos mientras suena el claxon. A Nerea casi le da un infarto y Elena apunta con la cámara para no perder detalle. Casi llegando pega un fuerte frenazo acompañado de un derrape. Y ahí aparecen los que faltaban. Roberto baja del asiento de copiloto, José, con los huevos en la garganta, del asiento de atrás y la conductora Verónica con una sonrisa de oreja a

oreja.

—¿Qué tal estáis preciosos míos? —chilla fuertemente sin saber a quién abrazar primero.

Ismael y Raúl sonríen al unísono.

—Yo no sé si abrazarte o matarte, me has dado un susto de muerte —dice Nerea con la mano en el corazón, para hacerlo más dramático.

Ismael, Raúl y Verónica se dan un abrazo triple mientras pegan algunos botes en el suelo. Están como una cabra.

—Tengo la sensación de que va a ser el mejor Halloween de la historia —confiesa Elena, eufórica, a la cámara.

—Joder que si lo va a ser perras, esta noche vamos a ladrar todas mucho —dice José con una sonrisa que sorprende a todos.

—¡Ole tú! Así te queríamos ver todos —le responde Raúl mientras le da un fuerte abrazo—Eres mi hermano, o hermana, que lo sepas.

—Y tú la mía.

Se han alojado y han elegido las habitaciones. Por un lado, Raúl e Ismael duermen en una habitación mediana con una cama de matrimonio. Elena y Ángel en una habitación algo más grande con dos camas de cuerpo y medio y, por último, en una habitación de un tamaño colosal, Roberto, Verónica, José y Nerea. Ya han preparado el alcohol en el salón de la casa y, para Nerea, el limonchelo. Daddy Yankee resuena por ese viejo casón y Verónica es, sin duda, la más motivada del lugar. También hay, en la lista de reproducción, otras canciones más adaptadas al momento. Desde luego no puede faltar el “This is Halloween”.

—Vamos a jugar a algo, ¿no? Os veo muy parados —dice Verónica.

—Hija es que tú y Nerea podéis hacer una competición por ver quien bebe más rápido —le contesta Ismael.

—A mí no me metáis en esas cosas —contesta con el limonchelo en la mano. Todos se ríen.

—Vamos a jugar a la botella —dice José.

Elena y Ángel se miran y, tras unos segundos, se ríen como diciendo «¿por qué no?»

Raúl se ha ido en busca de una botella vacía e Ismael ya está preparando el corro para que todos se sienten en círculo.

—Tú a mi lado, hombretón —le dice José a Roberto acariciándole una pierna y provocando que Verónica suelte una carcajada.

—Vas a tener que seguir soñando —le contesta Roberto con ironía.

—Oye, Robert, tal vez descubras un nuevo placer —ironiza Verónica.

—Bueno, ¿y tú como sabes que no lo he probado ya? —Y los deja a todos boquiabiertos. Hasta yo me he quedado así. No veáis como está cambiando el muro de hormigón.

—Roberto y yo hemos hecho muchas cosas juntos —bromea Ismael mientras le agarra el muslo provocando que Raúl le lance una mirada un tanto picajosa—. Pero no te enfades mi niño que ahora solo tengo ojos para ti.

Todos están un tanto pletóricos. Se encuentran felices de estar juntos y, todo hay que decirlo, el alcohol también pone de su parte.

—Empezaré girando yo la botella que para eso la he encontrado —dice Raúl.

Todos miran fijamente mientras sujetan sus cubatas bien cargados de ron y ginebra. Raúl gira la botella y comienza a dar vueltas hasta que detiene su paso frente a Ismael ¡Vaya casualidad!

—Estamos destinados a estar juntos —dice el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro. Raúl sonríe.

—Anda cabrones dejad algo para los demás. Que llevo varios meses a dos velas —se queja Verónica con humor.

Pero no la escuchan, se levanta y, sin pudor, se sienta sobre sus piernas y le da un beso infinito. No tienen vergüenza, ya no, eso se quedó atrás. Que tiernos son y como han evolucionado.

Ismael coge la botella y la hace girar con fuerza. La botella pone en alerta a todos y se para justo en la sospechosa. Nerea no se da cuenta hasta que todos la miran con un silencio sepulcral.

—Muchacha, pero a ti que te pasa con el limonchelo —pregunta Verónica que se sienta a su lado.

Y ante la mirada de todos, intenta decir algo, pero un eructo abismal se adueña de ella y hace que se pongan a reírse como locos.

—Madre mía hija, pero ¿qué has comido? —le pregunta Verónica mientras se taponan la nariz—. Ismael, ya puedes darle el beso rapidico.

—Oye ya vale —dice la del pelo azul—. Que aquí todos estáis bebiendo lo que os sale del coño —se pone un poco agresiva—. Pues yo también. Y sí, me gusta el limonchelo, ¿qué pasa?

—Pues tienes cuatro botellas más esperándote —contesta Ismael con una sonrisa—. Tú di que sí, puedes beber todo lo que quieras. No le hagas caso a esta —señala a Verónica— que tiene un humor peculiar.

Y, tras apaciguar a la fiera, se dispone a darle un beso. Nerea se siente rara

besando al novio gay de su mejor amigo, pero este le ha dicho que no pasa nada que es un juego. Así que lo hace, eso sí, ya que lo hace mete la lengua. Cuando Ismael siente la lengua de Nerea eclosionar con sus paletas casi le da un patatús y, velozmente, se aparta.

—Te lo dije, le huele el aliento —vuelve a pinchar Verónica.

Nerea se queda con los ojos extremadamente abiertos deseando que no diga lo de la lengua.

—Nerea si seguía besándote un segundo más hubiera empezado a dudar de mi orientación —bromea para salir del paso. Ella se lo agradece, en cierto modo.

Ahora le toca a ella, sumida en el miedo y, sobre todo, deseando que no le toque Ángel, después de las cosas que le dijo la última vez le daba mucha vergüenza. Ángel está pasando por una situación similar y, el cabrón, tiene los dedos cruzados. Nerea gira la botella que, más que dar vueltas se desplaza hacia la derecha. Tras un par de giros pausados, la cabeza señala a Verónica.

—El karma —dice Ismael.

—Cállate cabronazo —le responde.

Nerea muestra, de forma orgullosa, mucha indiferencia al hecho de tener que besarla.

—Bueno, Nereita te ha tocado la lotería conmigo. Espero que después de esto no te replantees cambiarte de acera. En el instituto me llamaban la *La Serpiente Feroz*, porque mis besos robaban el corazón de todos los hombres, y también de todas las mujeres —dice un tanto emocionada.

—Mira guapa, el día en el que tú tengas alguna posibilidad conmigo será el día en el que no quede ninguna polla viva, mientras tanto, sigue soñando —dice con el semblante serio.

Y, poco a poco, acercan sus bocas para darse un beso que, más bien, se asemeja a un pico.

Esto parece un puzzle encadenado. Verónica gira la botella y ¡BINGO!, se para frente a Roberto. Ahora sí que sí la cosa se pone interesante. Todos se quedan callados ante el suceso y el silencio los acaricia en lo que podría ser su primer beso.

—¿A este no le vas a decir la tontería esa de la *Serpiente Feroz*? —Suelta Nerea devolviéndole el golpe.

—No necesito que me muerda para eso, ella sabe que la quiero —dice Roberto dejándola sin palabras. Bueno, dejándolos a todos sin palabras.

—Ya te dije que no era nuestro momento —le contesta.

—Deja de escapar de lo que sientes y deja de buscar momentos. Estamos aquí

y ahora. Estoy reconociéndote la verdad. Mostrándote al hombre que siempre quisiste ver.

Y, poco a poco, bajo el ritmo del nuevo éxito de Aitana “Nada sale mal” acercan sus bocas para cumplir con el juego y, también, para cumplir con algo que sus corazones llevaban tiempo pidiendo. Pero, entonces, a un milímetro de que sus bocas colisionaran, la puerta de la casa suena con un golpe seco. Todos miran extrañados en dirección al ruido.

—Decidme que estamos esperando a alguien —murmura Nerea abrazada a una nueva botella de limonchelo.

Todos comienzan a mirarse mientras niegan con sus caras.

—Habrá sido el viento —dice Roberto deseando retomar el beso.

Y vuelve a sonar, otro golpe, esta vez más fuerte. Nerea pega un grito de lo más agudo y Elena no deja de grabarlo todo.

—Nenes y nenas está pasando algo muy raro. Estamos en una casa alejada de la mano de Dios y alguien está aporreando la puerta.

—¿Quién es? —pregunta Raúl mientras se acerca lentamente.

Nadie contesta. El miedo a lo desconocido los envuelve a todos. No saben muy bien cómo reaccionar. Siguen caminando hacia la puerta, como si hacerlo de forma lenta fuera a darles la solución.

El estruendo se repite, esta vez con tres golpes fuertes. Inmediatamente un grito agudo de la parte de arriba de la casa retumba ante todos.

—¿Qué coño ha sido eso? ¿Qué está pasando? —Nerea está perdiendo los nervios.

—Si es una broma, por favor, decidlo ya —Verónica saca su carácter.

Una carta, manchada de sangre, se introduce por la puerta.

«NO ESTÁIS SOLOS»

—Os dije que lo de la casa no era una buena idea —recrimina Nerea.

—¿Podéis relajaros? Será alguna persona que se aburre y quiere gastarnos una broma, ¿vais a creer ahora en espíritus? —José intenta calmar la situación.

—¡JODER! MIRAD LA PUTA VENTANA —chilla Elena.

Una mano manchada de sangre se apoya sobre ella. Todos se quedan paralizados. A mí me pasaría igual, me da un soponcio. ¿Pero de quién es esa mano? ¿Qué está pasando?

Ismael se acerca a la ventana, pero la mano desaparece rápidamente y tan solo queda la marca. Otro grito suena en la planta de arriba.

—Mirad, vamos a subir arriba y acabamos con esto —dice José.

—¿Subir arriba? —pregunta Nerea— ¿Estás loco? Si quisiera morirme me tiraría de un puente. Yo voto por salir de aquí cagando leches, subirnos a los coches y no regresar nunca más.

—Nunca pensé que lo diría, pero apoyo la idea de Nerea —dice Ángel.

—Yo subo contigo —añade Ismael.

¿Pero están locos? ¿Cómo van a subir arriba?

—Yo también subo —dice Raúl.

—Ni de coña —le contesta el chico de la chaqueta de cuero—, tú quédate aquí y calma a tu amiga que está histérica.

José e Ismael suben bajo la mirada de todos. La puerta de la calle da otro golpe.

—¿Pero qué coño quieres? —chilla Nerea de forma desmedida.

Los demás ignoran los golpes y esperan a que sus amigos bajen de arriba para ver quien está gritando. Tardan demasiado.

—¿Cómo vais? Decid algo para que sepamos que estáis bien —dice Verónica.

La situación empeora cuando, el mismo grito femenino que sonaba desde arriba vuelve a sonar mucho más fuerte y las luces empiezan a parpadear hasta quedarse a oscuras.

Raúl, que había sido precavido, va rápidamente a su mochila y saca varias velas que había traído para ambientar el lugar. Las enciende rápidamente y se dirige a las escaleras.

—¿Qué haces? —pregunta Roberto.

—Algo me dice que las cosas van mal, no contestan.

Y, justo cuando iba a subir las escaleras, aparece Ismael con la cara roja.

—José ha desaparecido —sentencia.

—No puede ser —dice Elena.

Todos se echan las manos a la cabeza mientras resoplan e intentan buscar una solución. Por cierto, Elena sigue grabándolo todo.

El pánico se ha apoderado de todos y, lejos de disuadirse, se acrecienta más por cada segundo que pasa. ¿Van a morir? Tal vez.

—¿Por qué no subimos todos juntos a buscar a José? Si hay alguien ahí arriba no podrá con todos —sugiere Roberto.

—Claro, ¿y si son espíritus? Contra eso no podemos hacer nada, está casa esta maldita y los fantasmas que viven en ella se han enfadado —dice Nerea muy nerviosa.

Y, entonces, la puerta principal vuelve a ser aporreada. Esta vez golpes continuos acompañados de gritos que dicen «abrid, por favor, necesito ayuda».

—Ni se os ocurra —vuelve a sentenciar.

—Nerea por favor, cállate ya, deja a los adultos gestionar la situación — contesta Verónica de forma tajante— ¿Votos a favor de abrir la puerta?

Todos, excepto Ángel y Nerea, levantan las manos. Así que, Verónica se dispone a abrir la puerta. Se acerca despacio y con un poco de tembleque en la pierna derecha. Normal, si fuera yo, estaría cagadísima, con el miedo que me dan a mí esas cosas.

Contemplan asustados como Verónica gira el pomo de la puerta y, de forma violenta, una chica entra histérica, manchada de sangre.

—Ya vienen, ha pasado la medianoche. No hay salvación para nadie, vamos a morir todos. ¿Por qué habéis venido a esta maldita casa? —pregunta ida.

—Puedes decirnos lo que ocurre, ¿qué peligro hay de estar aquí? —pregunta Elena sin apartar la cámara.

—¿No sabéis lo que pasa? Hace más de cincuenta años que esta casa pertenece a los muertos. Aquí se cometió un delito horrible: eran, aparentemente una familia feliz, hasta que la rutina y los problemas se entrometieron, el padre, como muchos hombres de aquellos tiempos, comenzó a beber y la madre cayó en una depresión. Los hermanos, un niño y una niña, mellizos, no entendían por qué se comportaban así, tampoco entendían por qué el padre debía dinero a tantos hombres. Tal era la deuda que esos maleantes, en muchas ocasiones, se acostaban con su mujer —Nerea se echa las manos a la boca—. Llegó un día, después de años sufriendo los maltratos de su marido y del resto de hombres que venían a abusar de ella, en el que la mujer actuó. Estaba fuera de sí y se había deshumanizado, así que, cuando todos dormían, un veintiocho de septiembre, cogió un martillo y les reventó los sesos a todos. Primero a su marido y después a los niños mientras decía «no quiero que sufráis, el mundo es duro». Pero ellos, los mellizos, jamás se marcharon de esta casa.

—Y tú, ¿cómo sabes todo eso? —pregunta Ismael.

—Yo soy la niña de esa historia. —Un escalofrío recorre la piel de todos y hace que el miedo se multiplique por un millón.

—¿Y tu hermano? —pregunta, con cierta extrañeza, Raúl.

—En la planta de arriba.

Un grito muy fuerte y perturbador suena. Sin duda es la voz de José. Raúl no se lo piensa ni un segundo y se va corriendo a la planta de arriba. Nerea está llorando y Elena, estupefacta, no deja de grabar.

—Yo soy buena, jamás os haría nada, pero mi hermano sigue enfadado desde que mamá lo mató con el martillo y no podrá perdonaros.

—Eres un pedazo de hijo de la gran puta —se escucha desde arriba junto a unas risas incontroladas.

—La supuesta niña también se pone a reír. Pero no es la única, Ismael, Verónica y Roberto se descojan provocando desconcierto en el resto.

—Feliz Halloween dos mil diecinueve a todos —gritan los cuatro amigos.

Raúl, con cara amenazadora, baja las escaleras seguido de José que todavía se está descojonando.

—Nos han gastado una broma estos cabrones —sentencia.

—Chicos, esta preciosidad embarrada, es una amiga de Australia que se llama Laura y ha venido a pasar unos días a Madrid. No podíamos desaprovechar esta oportunidad. José fue nuestro cómplice, después de lo que pasó no queríamos darle un susto de muerte —dice mientras todos lo miran con cara de mala hostia.

—He estado a punto de sufrir un infarto. Os habéis pasado tres pueblos y medio. No ha tenido ninguna gracia —dice Nerea.

—Bueno para nosotros si la ha tenido. Además, pensad en el pedazo de vídeo que se va a marcar Elena para el canal, todo tan natural. Seguro que hace récords de visitas. —Y, con eso, a la influencer ya ha conseguido convencerla.

—Estáis amargaditas todas, si solo era una broma. ¿A qué hemos actuado bien? —pregunta la diva máxima del grupo.

El enfado tarda en pasarse, pero, gracias al alcohol y a la multitud de miradas de arrepentimiento de Ismael, consiguen subsanar el suceso. A la que más le cuesta es a Nerea, pero, por suerte, aún queda mucho limonchelo. Yo no les hubiera perdonado tan fácilmente.

Una hora más tarde la reconciliación ya es un hecho, sobre todo entre los tortolitos, que se comen la boca cada cinco segundos. Vaya modales. Roberto, por su parte, está tratando de encontrar un momento de intimidad para hablar con Verónica y retomar esa pequeña conversación que estuvo a punto de culminar con un beso. No puede quitársela de la cabeza y, además, se ha hecho ilusiones al ver que, por primera vez, no era rechazado. Elena y Ángel están dándolo todo junto con Nerea que, con la borrachera que lleva, no se acuerda ni de su madre. Laura y Verónica perrean recordando viejos tiempos junto a la diva revelación del grupo: José. Que graciosas son, por dios. O graciosos, ya me pierdo con esto del género.

—Me encanta estar así —afirma, muy sonriente, el chico natural y de sonrisa incrustada.

—A mí me encantas tú —se ríe mucho más— y te prometo que esta noche, esta casa, será testigo de todo lo que te amo. —Y le da otro morreo, como si no

hubiera gente delante. Yo me cortaba más con mi Antonio. Bueno, salvo en la boda de mi hija, ese día nos marcamos un Nerea, pero con el vino. No os imagináis lo rico que estaba. Esa noche tuve tres orgasmos y uno en los baños del restaurante.

—Sabía que un día, esa persona segura y valiente que llevabas dentro, saldría a la luz —le mira con admiración—, hoy eres todo lo que yo vi, pero con una sonrisa.

—Siempre serás la persona que me ayudó a encontrarme y, más importante, a ser feliz. Una vez me dijiste que, funcionara o no lo nuestro, esta sensación de libertad ya la tendría para siempre, porque ahora me siento orgulloso de quien soy —agarra sus manos—, pero créeme que haré todo lo posible siempre para que estemos juntos. ¿Has escuchado alguna vez el poema de si yo, tú de Txus Di Fellatio?

—No, pero me encantaría que me lo recitaras —le contesta.

Se acerca aún más a él, clavando sus brillantes ojos en los suyos y comienza a recitar:

Si yo, tú.
Si caes, yo contigo,
y nos levantaremos juntos
en esto unidos.
Si me pierdo, encuéntrame.
Si te pierdes, yo contigo
y juntos leeremos en las estrellas
cuál es nuestro camino.
Y si no existe, lo inventaremos.
Si la distancia es el olvido,
haré puentes con tus abrazos,
pues lo que tú y yo hemos vivido
no son cadenas...
ni siquiera lazos:
es el sueño de cualquier amigo,
es pintar un te quiero a trazos,
y secarlo en nuestro regazo.

Si yo, tú.
Si dudo, me empujas.
Si dudas, te entiendo.

Si callo, escucha mi mirada.
Si callas, leeré tus gestos.
Si me necesitas, silba
y construiré una escalera
hecha de tus últimos besos,
para robar a la luna una estrella
y ponerla en tu mesilla
para que te dé luz.

Si yo, tú.
Si tú, yo también.
Si lloro, rieme.
Si ríes, lloraré,
pues somos el equilibrio,
dos mitades que forman un sueño.

Si yo, tú.
Si tú, conmigo.
Y si te arrodillas
haré que el mundo sea más bajo,
a tu medida,
pues a veces para seguir creciendo
hay que agacharse.
Si me dejas, mantendré viva la llama
hasta que regreses,
y sin preguntas, seguiremos caminando.
Y sin condiciones te seguiré perdonando.
Si te duermes, seguiremos soñando,
que el tiempo no ha pasado,
que el reloj se ha parado.
Y si alguna vez la risa
se te vuelve dura,
se te secan las lágrimas
y la ternura,
estaré a tu lado,
pues siempre te he querido,
pues siempre te he cuidado.
Pero jamás te cures de quererme,

pues el amor es como Don Quijote:
sólo recobra la cordura
para morir.
Quiéreme en mi locura,
pues mi camisa de fuerza eres tú,
y eso me calma,
y eso me cura...

Si yo, tú.
Si tú, yo.
Sin ti, nada.
Sin mí, si quieres, prueba.

—Es preciosa. Todo lo que dice. Eso es lo que yo quiero contigo, unión, complicidad y, cuando uno de los dos esté más cabizbajo, que el otro sepa tirar de él. Te quiero un montón Ismael. —Pero madre mía, como no me voy a enamorar de ellos, si son más bonicos que las pesetas.

—Eso es exactamente lo que tú hiciste conmigo, tirar de mí, y encima sin conocerme apenas. Eso dice mucho de ti, de ese corazón tan grande que tienes.

—Bueno, ¿os pensáis tirar aquí toda la noche diciendo cursiladas? —pregunta Verónica mientras se interpone entre ambos y los coge del brazo para arrastrarlos con el resto.

La fiesta se sigue desmadrando y, ahora, están haciendo un concurso de algo que llaman *twerking* y que consiste en mover el culo como si fueras una excavadora. Pues que sepan que si yo me pusiera les daría una lección a todos, sino que se lo pregunten a mi Antonio. Pero bueno, Ismael, para lo paradito que se veía, no lo mueve tan mal.

Elena sigue grabándolo todo con la cámara. Os digo yo que mañana más de uno se va a arrepentir de haberse propasado. El concurso lo gana Laura. Madre mía como se mueve la australiana. Se nota que en Australia no había perdido el tiempo. Pero os digo una cosa, en confesión, muy bien que hace, que la vida está muy mal y no estamos para perder el tiempo.

Roberto sigue al acecho esperando que Verónica baje la guardia para poder retomar lo empezado. Y claro, con tanto cubatita, tarde o temprano, tendría que ir al baño. ¡BINGO! Roberto le echa una miradita triunfadora a Ismael y se va detrás de ella. Le espera en la puerta, solos, por fin solos. Aunque vamos, en el

salón están siendo la comidilla de todos.

—Hijas, pues que van a hacer, echar un polvo, si tienen una tensión sexual que o lo hacen ya o puede estallar la Tercera Guerra Mundial —dice José —, por cierto, ahora que lo pienso, llevo más de tres meses sin echar un polvo, ¿qué me está pasando?

—Bueno, eso es récord Guinness —bromea Raúl.

—Si fueras hetero yo te echaba un polvazo —afirma Laura con seguridad.

—Me encantas, pero es ver un chocho y se me cierra hasta el ojete.

—Bueno, ya ha regresado la soez del grupo, disculpadla, está bebida —añade Nerea.

Todos se ríen porque ellos son así. Se quieren, se comprenden, se entienden y todo lo demás no les importa.

—Tres horas para hacer pis, ¿dime que no te has tocado pensando en mí? —bromea Roberto.

—Tarjeta amarilla —le contesta—, una estupidez más y lo pierdes todo.

—La aprovecharé al máximo. —sonríe unos segundos y se lanza a por ella. Besa sus labios y ella le corresponde. Normal, si lo estaba deseando. Abraza su espalda con fogosidad mientras, torpemente, se acercan a una de las habitaciones. Pues José llevaba razón, van a echar un polvo.

Una vez dentro, se desnudan, salvajemente, sin dejar de besarse. Roberto deja al descubierto su muro de hormigón y, madre mía, que hombre, porque ya estoy mayor y, más importante aún, muerta, sino me replanteaba mis votos con Antonio. Pero bueno, ahí se quedan ellos, disfrutando de una primera noche de pasión que lleva toda su vida buscando. Ya era hora.

La noche se echa sobre todos y, uno a uno, empiezan a caer como moscas. El sueño de la borrachera es inevitable. Raúl e Ismael se acomodan en su habitación y, aunque están deseando dormir, se dan unos mimitos. No muchos porque, sobre todo Raúl, lleva una borrachera importante. Si es que le tengo dicho que no necesita beber para divertirse, ¡esta juventud!

Un pequeño soplido de aire entra por la ventana. Creo que lo estoy consiguiendo. Estoy nerviosa porque nunca lo he hecho. Además, me dijeron que aparecer en el mundo humano puede alterar el tiempo, pero mis amigas del más allá, a las cuales les estoy contando todo el tiempo la historia de mi nieto y su novio casi me pegan una patada para que baje a reencontrarme con ellos. No sé qué pensarán sin me ven, al fin y al cabo, estoy muerta. Tampoco quiero asustarlos. Lo más probable es que no funcione, porque, la mayoría de los

humanos no puede ver a los muertos. Qué bonito verlos de tan cerca. Me aproximo a mi nieto e intento acariciar su cara, un poquito, mientras una lágrima cae de mis ojos, pero todo es intangible. Se ve feliz. Era todo cuanto quería. Me siento ahí, y lo veo dormir durante unos minutos. Luego me levanto y, aunque sé que nunca podrá conocerme físicamente, me acerco al chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro, también se ve feliz. Menudo cambio.

—Cuida a mi nieto siempre y hazlo inmensamente feliz —le susurro al oído mientras el silencio me responde.

De pronto, Ismael abre los ojos. Está frente a mí, mirándome, ¿me estará viendo? Me pongo nerviosa, no creo que me esté viendo, aunque sus ojos parecen asustados. Pestañea un par de veces mientras me alejo.

—No te vayas —dice con dulzura— ¿Eres su abuela? —pregunta con el vello erizado.

Asiento un poco preocupada, no quiero causarle miedo.

—Lo voy a cuidar con todo mi corazón. Gracias por haberle dado tantos valores. Siempre te tiene presente, incluso yo te tengo presente —contesta emocionado.

Hay momentos en los que ves a una persona y conectas directamente, sabes que es una persona buena y quieres tenerla cerca de ti. Ahora que lo he visto de cerca y he podido sentir su mirada puedo saber lo que vio mi nieto cuando lo conoció. Hay personas que tienes que mantener en tu vida porque, gracias a ellas, mejora. Él, sin duda, es una de esas personas.

—Sigue así, nunca vuelvas a dejar que nadie te ate. Tienes un corazón enorme, sed felices juntos.

Y, como si fuera niebla, me disipo.

La alarma suena y los tortolitos se despiertan remoloneando. En ese momento, Ismael se acuerda de lo que pasó anoche, «¿sería un sueño?»

—¿Qué te pasa? —dice Raúl.

—Anoche tuve un sueño muy real. No sé qué pensar, pero soy un poco supersticioso y quiero guardarlo para mí. Es algo bueno, no te repercutirá en nada.

—Me dejas lleno de curiosidad.

—La curiosidad mató al gato. —Y se abalanza sobre él mientras le agarra el pene erecto.

La madre de Ismael había cambiado mucho desde que se divorció y se separó del monstruo que la apresaba. Tanto ella como su hijo caminaban hacia una evolución mental sin retorno, pues ya nadie tenía la potestad de aprovecharse de ella. Su psicóloga le había ayudado mucho y, gracias a la cultura, había conseguido eliminar sus pensamientos tóxicos. Sofía era ahora una mujer independiente, moderna y, sobre todo, autosuficiente. Ciertamente es que, como a Ismael, a veces tenía sus momentos depresivos, algo totalmente normal, porque un trauma como ese no puede, simplemente, desaparecer en unos meses. Los miedos, las pesadillas y los recuerdos del monstruo la atosigaban en algunos momentos; pero un fuerte abrazo de su hijo solía bastarle para conseguir canalizarlo. A pesar de la evolución que había vivido, sentía haber fracasado como madre por el resultado desastroso de su hijo Rodrigo, ingresado en un Centro de Menores. Era difícil aceptar que estuvo a punto de matar a alguien y que la semilla de su exmarido se había regado con minuciosidad en él. Aun así, ella, cada semana iba a verlo con la esperanza de que, con un poco de humanidad, pudiera sacar a la buena persona que llevaba dentro.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta con una sonrisa.

—¿Cuándo me vas a sacar de aquí, mamá? —pregunta al borde del llanto.

—Tienes que portarte bien y pronto te dejarán salir. ¿Por qué no les cuentas la verdad? ¿Por qué no les dices que la pistola te la dio él? —insiste la madre.

—Mamá, por favor, tienes que sacarme de aquí. Me voy a volver loco —dice evadiendo su pregunta.

Se le parte el corazón, es su hijo.

—Estuviste a punto de matar a una persona, ¿cómo pudiste llegar a eso? Cuéntame de dónde sacaste la pistola.

—No es una persona, es un maricón —responde subiendo el tono con el ceño fruncido—. Él rompió nuestra familia, me robó a mi hermano e hizo que papá y tú os separarais.

Está corrompido, su padre ha manipulado su cabeza y ha envenenado su visión de la vida.

—Nuestra familia llevaba muchos años rota porque tu padre es un maltratador y un borracho. Tu hermano no se ha ido a ningún sitio, sigue estando junto a mí y, por primera vez, más feliz de lo que nunca fue. ¿Puedes sacarte de tu cabeza

esas horribles ideas? Tienes diecisiete años, eres un chico joven y tienes la oportunidad de cambiar esa forma de pensar y ser feliz junto a nosotros.

—Papá no es un maltratador, está destrozado desde que te fuiste. Tú le has roto el corazón y ya me advirtió que intentarías ponerme en su contra. Cuando salga de aquí ya tendré la mayoría de edad y me iré a vivir con él.

Las palabras duelen y se clavan con mucho dolor en su corazón, no solo porque sean palabras horribles sobre el odio, sino porque, en cada de ellas, escucha la voz del monstruo y no la de su hijo. Son palabras horribles porque lo ha perdido y no sabe cómo encontrarlo.

—Está bien, Rodrigo. Eres mi hijo, y te quiero más que a mí propia vida, pero durante todo este tiempo he aprendido algunas cosas y es que yo no puedo cambiar el mundo. Si quieres pensar así y ser como tu padre, adelante, pero entonces, acostúmbrate a este lugar, porque pasarás en él la mayor parte de tu vida. —Las lágrimas caen de sus ojos, pero mantiene la compostura.

—¡No! Yo no quiero estar aquí para siempre, mamá no me dejes quedarme aquí —suplica como si fuera un niño pequeño.

Sofía suspira.

—Cuando salgas de aquí, aceptarás hacer terapia con un psicólogo al que visitarás todos los días. Renunciarás a ver a tu padre y, muy pronto, comenzarás a ver la vida de otra manera.

—¿No ver a mi padre nunca más? —pregunta con tristeza.

—Rodrigo, hijo mío, que te puso una pistola en las manos para que mataras a una persona inocente y después pasó de ti. Ni si quiera ha venido a verte en todo este tiempo. ¿Por qué te crees que no intentó matarlo él mismo? Porque tú eres menor de edad y si él lo hubiera hecho le habrían caído bastantes años de cárcel. No dejes que siga manipulándote.

Comienza a llorar de forma desmedida.

—Yo no quería matarlo, solo asustarlo —dice sollozando.

—Lo sé, mi vida. Tú eres un chico bueno, jamás harías daño a nadie, por eso tienes que alejarte de él, porque él si hubiera sido capaz de eso.

—Lo haré, de verdad mamá, pero sácame de aquí —dice.

—Haré todo lo posible, si de verdad estás dispuesto a tratarte, seguramente un psicólogo pueda empezar a verte de forma diaria y, cuando vea que has mejorado, con un buen informe, seguramente te dejarán salir. —Su madre le da esperanzas y él se agarra a ellas.

Se separan y, ambos, con las lágrimas en los ojos se despiden. Sofía, a pesar de todo, se siente contenta porque, por primera vez, su hijo le ha escuchado.

También tiene esperanza porque, tal vez, aún pueda curar su mente y salvar su destino. Sale del recinto y, allí, en un Seat Leon rojo la espera un hombre al que lleva dos meses conociendo. Un hombre que nada tiene que ver con el monstruo que casi arruina su vida. Le da un fuerte abrazo y, apoyados en el coche, se quedan durante unos minutos.

—SOLO QUEDAN CUATRO DÍAS PARA IR A AUSTRALIA, ¿tienes ganitas? —pregunta el chico de la chaqueta de cuero.

—Estoy de los nervios, me apetece mucho hacer este viaje contigo —sonríe con ilusión.

Están tumbados en el sofá tras acabar el último capítulo de Juego de Tronos. Para Raúl, una temporada llena de incongruencias y un final bastante decepcionante, para Ismael un desenlace perfecto. Cada uno con su opinión, para variar, el día en el que coincidan, como decía mi madre, será en el que los elefantes vuelen.

—Además, mi amiga Laura dice que los australianos están buenísimos — contesta en un tono burlón.

Raúl lanza una mirada asesina e Ismael se descojona.

—Es broma, si ya sabes que solo tengo ojos para ti —le dice a continuación mientras lo rodea en sus brazos.

—Tampoco quiero que pienses que soy un celoso posesivo de esos. Sé que es inevitable que miremos a otras personas porque, al fin y al cabo, tenemos ojos. Pero, y tal vez sea un poco tóxico, no quiero compartirte con nadie —dice con la voz apagada.

—¿Eres tonto? No tienes que compartir nada, nosotros no tenemos una relación abierta. Lo hemos hablado muchas veces, respetamos todo tipo de parejas, pero nosotros hemos decidido, de forma libre, no admitir a nadie más. Además, tampoco se trata de una decisión, creo que cada persona en la vida está hecha para vivirla de una forma diferente, y esta es la nuestra, formando poco a poco las piezas del puzzle que cuenta nuestra historia. —La cara de Raúl es parecida a la que yo ponía cada vez que Antonio me regalaba un ramo de flores. Sí, algo muy típico, pero lo hizo tres veces en toda su vida, como para no valorarlo.

—Me encanta eso de “nuestra historia”, tal vez sea muy tonto y me ilusione con cualquier cosa, pero me siento tan unido a ti y encajo tan bien contigo que no puedo dejar de sonreír como un loco, tal vez sea un loco —se cuestiona.

—¿Y qué más da? No sé qué es el amor. No sé si es una reacción química, si es un virus que infla el corazón, si es un ángel enano que lanza flechas, o qué cojones es, pero solo sé que, cada vez que te miro, me transporto a otro lugar,

cada vez que te miro todo tiene sentido, cada vez que te miro soy la persona más feliz del mundo, así que sea lo que sea el amor, que se quede para siempre en nosotros —clama lleno de vida.

Qué bonito es cuando encuentras a esa persona que, de forma natural, conecta contigo, empatiza y te engrandece. A esa persona que te apoya, te ayuda y te mejora sin importar nada. A esa persona que sabe cómo llegar a ti en cualquier momento y en cualquier situación. Y, sobre todo, a esa persona que no solo te aprecia porque está enamorada de ti, sino porque sabe que vales millones y que tienes un corazón enorme.

Siguen en la cama, Raúl tiene la cabeza apoyada sobre el corazón de Ismael. Disfrutan de un rato de intimidad y tranquilidad, de esos que podrían paralizarse y durar una eternidad, pero el teléfono del chico natural los interrumpe.

—¿Elena?

—No te lo vas a creer. Muy fuerte. ¡FUERTÍSIMO! —dice eufórica.

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—No, no, es algo buenísimo. Siéntate en una silla porque te vas a caer de la emoción cuando te lo cuente. —Ella y su intensidad.

—Elena estoy tumbado en la cama, si me caigo, el hombre al que amo me cogerá —lanza un guiño a Ismael—, así que no te preocupes por eso.

—¡CURSI! Bueno, voy, me han cogido para protagonizar una serie de televisión.

Raúl queda asombrado mientras una gigantesca sonrisa ilumina la habitación.

—¿Qué me estás contando Elena? Eso es una noticia impresionante. Vas a dar un paso muy grande en tu carrera, pero, no sé, es que es algo impactante, ¿protagonista?

—Sí, Raúl, después de tantos castings, alguien se fijó en mí, ¿sabes lo que significa esto? Es que no me lo puedo creer. De momento he firmado una temporada de diez capítulos que se emitirá simultáneamente en más de cincuenta países. Es que no me lo creo, se prevé una audiencia potencial de más de veinte millones.

—Madre mía, es que es la mejor noticia de tu vida. Estoy eufórico solo de saberlo, no sé, ¿cuándo empezarás a grabar?

—Aún están completando el reparto, pero tienen intención de comenzar después de Navidad —contesta.

—Tenemos que celebrarlo, ¿fiesta esta noche? —pregunta Raúl.

—Vamos a dejarlo para cuando vengáis de Australia. Ángel y yo nos vamos de escapada para celebrarlo. Me ha dado la sorpresa y ya sabes que a estas cosas

no puedo decir que no.

—Pues entonces ahí no me meto, disfrutad de este regalo y seguid queriéndoos tanto, pronto nos veremos y lo celebraremos por todo lo alto. Tengo muchísimas ganas de verte en la tele, es que va a ser genial. Ah, espero que no te olvides de mí cuando seas famosa —le recrimina con ironía.

—Sabes bien que todos vosotros sois muy importantes para mí, pase lo que pase, jamás os sacaré de mi camino, pues sois como un amuleto. Bueno, voy a llamar a José y a Nerea para contárselo, van a flipar —dice, aún con el tono eufórico. Tiene pinta de que le va a durar tres semanas por lo menos.

ERA LA SEGUNDA VEZ QUE VIAJABA FUERA DE ESPAÑA, la primera fue con sus padres, una semana antes de empezar el bachiller. En esa ocasión conocieron el encanto francés y todos sus secretos. Desde entonces, principalmente por los problemas que comencé a presentar un año antes de morir, los viajes eran más cortos y, sobre todo, dentro del país. Mi hija jamás se hubiera perdonado estar en otro sitio en el momento en el que hubiera cerrado los ojos de forma definitiva. Raúl tampoco se lo hubiera perdonado. Pero bueno, aunque a mí me hubiera gustado que siguieran con sus vidas, finalmente morí junto a ellos.

Llegar a Sydney había sido un trayecto bastante aburrido con casi treinta horas de vuelo y dos escalas. Raúl había terminado, por cuarta vez, la saga de Harry Potter, que, siendo sinceros, más que leerla la recitaba mentalmente porque se conocía todos los diálogos. Por su lado, Ismael había aprovechado el viaje para ponerse al día con Bates Motel. Cuando llegaron tan solo le faltaban cinco capítulos para terminar la serie. El viaje duraría nueve días, de los cuales siete pasarían en Sydney y dos en Hobbart, pues como buenos fanáticos de los thrillers y casos macabros, no iban a perder la oportunidad de visitar Port Arthur, lugar reconocido como patrimonio de la humanidad del que se cuentan muchas turbias historias, algunas reales, otras, solo leyendas. Lo cierto es que, en 1996, Martin Bryant acabó con la vida de treinta y cinco personas y produjo graves secuelas en otras muchas, querían conocer todas las historias de primera mano y visitar ese lugar manchado de sangre.

—¿Cómo están mis españoles favoritos? —pregunta Laura que los está esperando en el aeropuerto mientras se lanza a por ellos para abrazarlos con una euforia desmedida.

—Si sigues colgada como un koala vas a partirme el cuello y tendré que pasar con torticollis todas nuestras vacaciones —se queja Ismael con un poco de ironía.

—Hijo mío eres más delicado. Bueno, ¿listos para vuestra aventura australiana? —pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—He venido con la intención de que sean los nueve mejores días de mi vida —contesta Raúl—, así que, estoy más que listo.

—Bueno parejita, pues vamos a ir al hotel que habéis reservado, dejaremos las cosas, comeremos algo y comenzaremos la ruta.

Introducen las maletas en el coche de Laura y, con la ilusión brotando en sus ojos, se introducen en él.

La habitación del hotel es una maravilla: amplia, con grandes fotografías encuadradas de las partes más bonitas de la ciudad y un gran ventanal a través del cual podría contemplar el maravilloso puente del puerto de Sydney. Menudo dineral se había tenido que gastar Ismael en este viaje.

—Bueno, que sí, que el hotel es precioso, pero no habéis venido a dormir, habéis venido a viajar y a conocer todos los rincones de la ciudad. Luego, por la noche, si aún tenéis energía, os dejo echar un polvo —bromea Laura.

—Una pregunta importante Laura, no sé si Ismael te lo comentó, pero yo soy muy delicado con la comida, ¿qué se come aquí? —pregunta un poco asustado.

Laura mira a Ismael con extrañeza.

—¿No se lo has contado? Te advertí que le hablaras de la comida, ya sabes que Australia no está hecha para todos los estómagos —dice en forma de advertencia.

La cara de Raúl se está descomponiendo por momentos.

—No te voy a engañar, las comidas de aquí son un poco resultonas para la gente europea, pero, te puedo asegurar que está buenísima.

—Laura, dime de una vez qué se come aquí.

—Bueno, pero no prejuzgues de primeras —me estás poniendo nerviosa hasta a mí—. Gato asado, rabo de rata, patitas de canino, carne de caballo, tripas de tiburón.

Raúl estaba casi al borde de vomitar. Era incapaz de probar nada de eso. Entonces, Laura, sintiendo un poco de pena por el novio de su amigo, comienza a reírse. Le había tomado el pelo.

—Raúl, hijo mío, aquí hay de todo. Podrás comer lo que quieras —se acerca a él para darle un abrazo conciliador.

—¡Joder! Sois muy cabrones los dos, dejad ya las bromitas que ya tuvimos bastante con la que liasteis en Halloween —dice Raúl un tanto enfadado.

—Eso sí que no fue culpa mía, el culpable es el hombre al que te follas por las noches —dice con toda naturalidad.

Como no se quieren arriesgar y empezar el día mal comen en un restaurante especializado en hamburguesas gigantes. Las tiene de varias clases, pero Raúl está obsesionado con las hamburguesas de pollo y nadie puede cambiar eso. Así que, hora y media después, con las barrigas a punto de reventar de comida rápida y procesada, deciden aprovechar lo que queda de luz para dar una vuelta por los alrededores del hotel. Eso sí, mañana comenzarán a ver, de forma intensa, todos

los lugares que se han propuesto.

Aprovechan que el puente del puerto está cerca para pasarse por allí y tomarse algunas fotos románticas, demasiado románticas diría yo. El puente los deja fascinados. Tiene unas escaleras para subir a la parte más alta del mismo. Las vistas son espectaculares y las fotos que se toman de lo más bonitas. Mira qué no haber visitado ese maravilloso país.

—Gracias —dice el chico natural y de sonrisa incrustada.

—¿Por qué? —pregunta el chico de la chaqueta de cuero.

—Por haberme traído aquí. Soy el chico más feliz del mundo a tu lado.

—Entonces somos los chicos más felices de todo Sydney.

—¿Sabéis que no estáis solos? Mañana podréis disfrutar de un día sin mí y os podréis decir tantas cursiladas como os salga de ahí abajo, pero por hoy, ya es suficiente —les corta Laura radicalmente.

—Ignórala, es antiamor total, no puede entendernos —dice Ismael lanzándole una pequeña puyita amigable.

—Eres un capullo —resopla—. Bueno, vamos a bajar de aquí antes de que entre en una crisis neurótica y os empuje al vacío.

Tras unas cuatrocientas fotos más, un picoteo nocturno y algunos kilómetros andando, culmina el primer e introductor día de nuestros tortolitos en Sydney.

LO PRIMERO QUE HACEN AL DESPERTAR, tras un buen desayuno americano, una ducha fresquita y unos cuantos besos, es visitar uno de los lugares más emblemáticos y rompedores de Sydney: su ópera. El edificio tiene una estructura curiosa y muchas historias se cuenta acerca de ella. Una de las más populares es que a su creador se le ocurrió la idea al pelar una naranja y observar su gajo. Lo cierto es que la edificación tiene similitud con el fruto.

Por suerte para la parejita han conseguido un tour en español en el que les explican con minuciosidad todos los detalles, historias y curiosidades del edificio que, por cierto, es una sala de eventos. Este tipo de excursiones son más llamativas para Raúl, ya lo pudimos presenciar en Toledo, pero, lo cierto era que, desde ese momento, el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro también había empezado a mostrar más interés por la cultura. Al final se retroalimentaban el uno del otro y, poco a poco, iban acercando posturas. Si hasta se había descargado el Pokemon Go.

Tardan una hora en realizar el tour y, bueno, salen un poco decepcionados. No es que la Ópera de Sydney sea mala, pero la gente y los foros de internet siempre la ponía como lo mejor de la ciudad y, bueno, salvo su figura rompedora y algunos datos curiosos de su construcción, no aporta mucho más a la pareja. Eso sí, la zona en la que se ubica junto al puente de la ciudad le otorga un escenario maravilloso. Las fotos han quedado preciosas.

—No ha estado nada mal, pero seguro que hay lugares menos populares que tienen mucho más encanto. Es como el Retiro en Madrid, sí, es precioso y es un parque de visita obligatoria, pero, hay otros muchos parques, como el que nos enseñó mi abuela que, sinceramente, no tiene nada que envidiar al Retiro, todo lo contrario, diría yo —dicta Raúl.

—Me encanta cuando te pones así, en modo criticón —sonríe Ismael.

—Jo, es que es verdad, me encantaría vivir aquí una temporada solo para conocer todos los rincones secretos, los que no aparecen fácilmente en internet y de los que no hay miles de vídeos en YouTube —contesta un poco decepcionado.

—Somos jóvenes, tal vez, dentro de un tiempo, podamos vivir aquí una temporada. Tenemos miles de planes por delante, ahora, siendo realistas, no podemos ir a la deriva, pero algún día, te prometo, chico de los hoyuelos

perfectos, que te enseñaré todo lo que quieras ver. Y si todo está descubierto, encontraremos tierras nuevas como Colón —se ríe. Se ríen. Se abrazan. Se besan. Y siguen riéndose, sin parar, se ríen de amor, se ríen de la forma más sana que cualquier persona puede reír.

Tras una comida rápida, una tarde paseando bajo un sol luminoso y una ciudad encantadora, la noche se echa sobre ellos y, de casualidad, los lleva frente a un restaurante temático que destaca por representar a los mejores personajes de la televisión actual. La entrada, de lo más curiosa, parece el acceso al Muro de la serie Juego de Tronos. Una vez allí dentro, todo el local está decorado a modo de arca espacial, un guiño a “Los 100”. Les hace especialmente gracia ver cómo, junto a las escaleras para subir a la planta de arriba, pegados a las barandillas, unos muñecos de cera con máscaras los observan sentarse. Los personajes de la serie española “La casa de papel”. Sin quererlo han dado con el restaurante que más los podría representar, pues ellos, entre tantas cosas, también son unos seréfilos.

Pero aún había más sorpresas. Los platos de la comida recogían el nombre de casi todas las series de Netflix y HBO y, los alimentos que elaboraban dichos menús, estaban relacionados con el nombre de la serie.

Pidieron una ración de Stranger Things, que no era más que un plato de pulpo, junto con dos individuales de Vikingos, que eran unas enormes doradas con patatas bravas en salsa de marisco. A mí ese lugar me parecía demasiado moderno y no entendía muy bien las comidas, aunque eso sí, Juego de Tronos me la vi entera, bueno, menos la última temporada porque no me dio tiempo, sino, tal vez, me hubiera convertido yo en la mismísima Abuela de Dragones, que os digo una cosa, gracia no me falta.

Y, justo aquí, respirando uno de los momentos más felices de su vida, fue cuando lo vio.

—Voy a ir al baño —dijo Raúl.

—No me moveré de aquí —le dice con una sonrisa.

Raúl se levanta desorientado y pregunta a unos de los camareros que, amablemente, le indican el camino al baño. Se acerca al urinario, baja la cremallera de sus pantalones y comienza a orinar. Otro hombre entra al baño y se coloca en el urinario de al lado. Raúl se siente el hombre más feliz del mundo y tiene muy claro que nadie puede cambiar eso, jamás.

—¿Usted cree en Dios? —dice el hombre raro que orina justo al lado.

Raúl lo mira extrañado y se queda unos segundos pensativo. Por un lado, le sorprende la situación tan peculiar, pero también que le haya hablado en español.

—No soy creyente, gracias por el interés. —Se aparta del urinario y se sube la cremallera.

—Raúl, por favor, no te pongas a la defensiva. No he querido molestarte, solo quería saber si crees en Dios —vuelve a decir.

—Mira, no sé cómo sabes mi nombre, pero ya le he contestado a la pregunta. Nosotros solo queremos ser felices, así que déjennos en paz —dice enfadado porque lo único que se imagina es algún plan macabro por parte del padre de Ismael.

—Quiero que sepas una única cosa, Dios os ama, tal como sois. Dios ama a todo el mundo, no intentéis relacionar a Dios con lo que las religiones dicen, porque las religiones no son más que una estafa bajo el nombre de Dios para crear templos de oro y manipular a la población —dice el hombre extraño. Raúl no entiende nada y cada vez está más nervioso.

—¿Quién eres tú y qué quieres de mí? —pregunta mientras se refleja en el espejo.

—Eso no es relevante. Lo verdaderamente importante es quién eres tú, ¿alguna vez te lo has preguntado?

Raúl lo mira en silencio.

—No intentes darme una respuesta, porque tú no eres nadie. Yo tampoco. ¿Sabes por qué? Porque hace un día eras una persona y dentro de un minuto serás otra, estamos constantemente cambiando. Y siempre será así. Haces bien en no creer en Dios, pues el Dios que la sociedad ha construido es espantoso, vomitivo, horripilante, pero mira dentro de ti, estás lleno de amor, del único verdadero y eso, pase lo que pase, es todo lo que Dios, o un ser sin etiquetas, quiere para ti y para todo el mundo.

—¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Por qué ahora?

—Porque ahora es importante que recuerdes que no estás solo y es importante que el odio no te destruya. Porque, lamentablemente, el odio pesa más que el amor, pues si el amor fuera más fuerte que el odio —el hombre deja caer unas lágrimas— la guerra no existiría, las religiones no existirían, la violencia de género no existiría, las personas crueles y ambiciosas no existirían, pero estamos rodeados de todas ellas y, lamentablemente, esto es como un virus, el odio se pega y rompe el amor. No dejes que te ocurra lo mismo.

La puerta del baño suena. Raúl mira velozmente y su chico entra por la puerta.

—¿Estás bien? Estabas tardando mucho...

Raúl se gira en dirección al hombre extraño, pero ha desaparecido. «¿Qué está

pasando? —se pregunta.»

Tras unos segundos en shock reacciona y sonrío.

—Me encontraba indispuerto, pero ya estoy bien. —Pero Ismael no termina de creerse sus palabras.

Durante la velada está ausente y finge una naturalidad que no es la de siempre. El chico de la coraza de hierro sabe que algo le sucede, pero no logra saber qué. Cuando terminan de cenar se marchan, agotados, de un segundo día de lo más intenso. Una vez en el hotel, Ismael intenta volver al tema de conversación.

—¿Qué te pasó en el baño? —le pregunta mientras se arropan en la cama Raúl se abraza a él.

—Jamás dejaremos que el odio decida por nosotros, ¿verdad?

—¿Por qué me preguntas eso? —cuestiona extrañado.

—No sé, por un momento imaginé que todo esto que estamos construyendo, de repente, desaparecería. No sé, me imaginé sin ti, pero esta vez de verdad —confiesa Raúl.

—No digas tonterías, ya te dije que no me marcharía nunca más, que te quiero más que a todo y que quiero seguir compartiendo cada momento a tu lado —le promete.

—¿Y si no es eso, y si otras personas hacen que el amor se convierta en odio? —le pregunta asustado.

—Las expulsaremos de nuestras vidas, nadie podrá destruir algo que es solo nuestro, nuestra relación no le importa a nadie más y no vamos a permitir que hundan nuestro barco.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro y te lo prometo, si alguien quiere intentar luchar contra nosotros, que se atreva, pero que sepa que tengo la coraza más dura que jamás nadie haya podido fabricar. —Y se ríen, aunque Raúl sigue pensando en ese hombre misterioso. «¿Habrá sido una alucinación?».

LA LLUVIA MARCA LA NOCHE y las calles están desoladas. Toda la gente ha desaparecido con el inicio de la tormenta. Raúl sigue corriendo intentando encontrar al hombre al que ama, pero no lo consigue. Los gritos rompen al ritmo de los truenos y alteran aún más al chico natural y de sonrisa incrustada que parece haber perdido todos los estribos.

—Ismael, espérame, no voy a permitir que te ocurra nada —dice con las lágrimas en alza.

Un grito desgarrador le contesta.

—Dejadnos en paz, solo queremos ser felices.

Un centelleo resplandeciente ilumina la gran ciudad que, ahora, triste y desolada parece un sitio olvidado.

—Mi amor, no van a poder con nosotros, prometí ser tu escudo y tu lanza y voy a salvarte, cueste lo que cueste —chilla con la voz rota.

Pero no es capaz de encontrarlo y la rabia fluye por sus venas. El odio brota y crece por segundos apoderándose de su esencia. Su mirada luce colérica y parece haberse transformado en otra persona totalmente diferente.

—Si le hacéis algo os juro que os mataré. —Su voz rebota entre las paredes de los edificios y se pierde en la infinitud.

Está corriendo sin saber muy bien a dónde. Tiene las ropas manchadas de tierra y un agujero en el vaquero de haberse caído al suelo. Su inmenso tupé yace vencido de su derrota contra la lluvia y sus pulsaciones están al límite de un ataque y, entonces, asumiendo la pérdida, se para en seco.

Sus lágrimas son más notables que hasta ahora y el dolor que brota desde su corazón se extiende en todas las direcciones de su cuerpo.

—Solo quería ser feliz junto al hombre al que amo —dice mirando al cielo—. Solo quería una oportunidad de vivir una vida normal, como la de cualquier persona.

Se deja caer de rodillas con la lluvia machacando su cuerpo, con el frío de la noche abrazándolo en sus brazos y con el corazón completamente destrozado.

Y, entonces, aparece. No es Ismael, es el hombre de los baños. Está ahí, de nuevo, mirándolo con esos ojos compasivos que no llega a entender.

—¿Te das cuenta de lo fácil que es cambiar el amor por el odio? —le pregunta.

—¿Qué sentirías tú si te quitan a la persona que amas? —contesta.

—Sentiría rabia como tú. La pena me invadiría por dentro, pero jamás dejaría que el odio me regara con su veneno. Lucharía contra él con todo el amor que albergo —le dice.

—¿Por qué tienen que meterse entre nosotros? Si Dios, como tú afirmas, existe, ¿por qué permite estas cosas? —pregunta Raúl.

—Yo jamás he dicho que exista. Solo te pregunté si creías en él. Yo sí creo en él, pero no en el Dios Todopoderoso capaz de cambiarlo todo. No en ese Dios que creo el mundo en siete días. Yo creo que Dios es simplemente aquello que te da fuerzas para seguir adelante. Dios puede ser algo tan sencillo como creer en el amor, creer en uno mismo o creer en tus padres, al fin y al cabo, para mí, la palabra Dios solo es un sinónimo de sacar fuerzas para seguir luchando en el bando bueno, seguir luchando contra el odio. Pero tú te dejas vencer.

—No, yo no me dejo vencer, pero no siempre pueden pasar las cosas que uno quiere. La vida está llena, como tú dijiste, de personas crueles. Y a veces, esas malditas personas, ganan —dice frustrado.

—Ganan porque tú les dejas ganar. Vivimos en un mundo que no sabemos cuándo acabará, con vidas como la tuya o la de cualquiera que caducan. Tú crees que por vivir momentos infelices has sido derrotado, pero el mundo sigue, y los niños siguen naciendo. Mañana personas nuevas ocuparán este mundo y esas personas serán consecuencia de las semillas que los que un día estuvimos, dejamos plantadas. Si el odio te vence y se pega a ti, ¿qué clase de mundo dejarás para los que vengan mañana? ¿Qué pasará con otras parejas que como vosotros solo quieran ser felices?

Raúl reflexiona. Pero no puede dejar de pensar en él, porque lo quiere con locura y necesita seguir viviendo todos los momentos que habían planeados juntos. Era muy pronto para terminar, era muy pronto porque sentía que ni siquiera habían empezado todavía.

—¿Y qué quieres decir con esto? ¿Quieres que perdone a todas las personas que han intentado hacernos daño? ¿Qué no les guarde rencor? pregunta frustrado.

—¿Crees que el rencor es algo positivo? ¿Eres más feliz por odiar a alguien? Una vez fui como tú y me di cuenta de que el odio solo genera infelicidad, no hay mayor bien para uno mismo que sentir que no guardas rencor a nadie. Ese hueco que reservas para ese sentimiento lo puedes llenar de más amor —dice intentando ayudarlo mientras la tormenta comienza a disiparse.

—Quieres que perdone a su hermano, ¿verdad? —pregunta directamente.

—A veces, el amor puede vencer al odio. Eso también es posible. Solo tienes que tener paciencia y creer en ti —vuelve a decir.

—Quiso matarme. Casi mata a mi mejor amigo. Ese crío es un asesino —dice enfadado atrayendo de nuevo a la tormenta.

—No puedo obligarte a que pienses como yo, solo te he dado un consejo, tú eres libre de creer en él o de ignorarlo.

—Te haré caso solo si me respondes a una pregunta, ¿quién eres tú?

El señor extraño se acerca a él y le sonrío.

—¿Aún no te has dado cuenta de quién soy?

Raúl le mira la cara y, entonces, no puede dar crédito a lo que está viendo.

—Tú eres yo.

—Ahora abre los ojos, aún tienes muchas cosas bonitas que ver en Australia.

—Buenos días mi niño guapo —dice Ismael que lleva un rato observándolo dormir.

Raúl, como si fuera un Koala, se abalanza sobre él y lo abraza mientras, reiteradamente, no deja de decirle que le quiere.

Los viajes siempre pasan rápidos, excepto un viaje que hice yo con mi Antonio a Maastricht. Allí era como si el día tuviera ochenta horas por lo menos. Pero bueno, a nivel general, los viajes vuelan. Y así les ocurrió, la semana se pasó tan rápido, que cuando se quisieron dar cuenta ya estaban volando a Tasmania para ver el Port Arthur y conocer las turbulentas historias que escondía aquel lugar que, años atrás, fue el sitio protagonista de uno de los asesinatos más impactantes del país. Un solo hombre acabó con la vida de treinta y cinco personas y dejó heridas a una veintena.

—Quiero que arregles las cosas con tu hermano —dice Raúl mientras el guía va explicando los hechos.

—No hay nada que arreglar. Lo que hizo es imperdonable. Me duele en el alma saber que está en la cárcel, pero es una persona peligrosa y estoy cansado de vivir con el peligro —le contesta con los ojos brillantes.

—Tiene diecisiete años. Aún puede cambiar.

—¿A qué viene esto ahora?

—No quiero que se convierta en un asesino. Mi abuela decía que al amor atrae amor. Si os olvidáis de él, entonces terminará perdiéndose. —No puede evitar recordar sus extraños sueños con aquel hombre que decía ser su yo del futuro.

—Raúl, mi hermano está perdido ya. Necesita ayuda profesional. Mi madre le ofreció un trato, todo está en sus manos.

—Deberías verlo y hablar con él. Tal vez está esperando tu perdón. ¿Le has intentado explicar las cosas? ¿Lo que sientes? —pregunta el chico de sonrisa natural mientras agarra su mano.

—Desde este lugar fue donde se efectuaron los primeros disparos —cuenta el guía al que no estaban prestando atención.

—No valgo para eso. No me apetece abrirme a él y que me mire con esos ojos. Él no lo comprende y me siento muy pequeño cuando me avergüenza por lo que soy. Para ti es muy fácil decirlo todo porque nunca has tenido problemas con tu familia. —Vuelve a colocarse la armadura. —Si tan fácil lo ves, ¿por qué no vas a hablar tú con él?

Raúl suelta su mano y se queda paralizado en el sitio con la mirada hacia el suelo.

—¿Yo? Intentó matarme...

—Intentó matar a la persona que amo —le contesta.

—Eres su hermano. Es tu deber.

—Y tú eres el que le guarda rencor. Tal vez te vendría bien pasar página. —La armadura le aprieta de lo fuerte que se la ha puesto. Las lágrimas caen en dirección contraria inundándole el alma.

Raúl se da cuenta de que la conversación no está yendo por buen lugar. Así que guarda silencio y caminan bajo el único sonido del guía y de las preguntas de los turistas.

El último día en Australia lo pasan enfadados, cada uno con su verdad y sin ser capaces de llegar a un punto intermedio. El longevo viaje hacía Madrid les hace reflexionar, pero siguen en silencio. Tras realizar la segunda escala, por fin, Ismael rompe el hielo.

—Te quiero —dice, sin mirarlo a la cara.

—Lo siento —contesta Raúl.

—Lo he pasado muy mal con mi familia. Primero con mi padre y, después, con él. Es un tema delicado. Sé que tengo que hablar con él, pero quiero estar preparado para poder aguantar su mirada sin derrumbarme, ¿lo entiendes?

Raúl asiente dejando caer algunas lágrimas. Rápidamente, las manos de Ismael se abalanzan con suavidad sobre las bolsas de sus ojos para apartárselas mientras aprovecha el momento para darle unas caricias.

—No llores —le susurra cerca del oído.

—No tenía que haberte presionado. No quiero hacerte sentir así nunca más.

—Ha sido una tontería. Ni siquiera es nada grave. Tenemos muchas cosas que conocer el uno del otro, es normal que a veces no nos entendamos.

—Yo también te quiero, lo sabes, ¿no?

Ismael asiente con una pequeña sonrisa.

—Como me pones cuando me miras así —le coge la mano y se la arrastra hasta el bulto que asoma en su pantalón.

Raúl, rápidamente, quita la mano del pantalón.

—¿Eres tonto, estamos rodeados de gente? —dice con el rostro rojo.

Ismael acrecienta su sonrisa.

—Si están todos durmiendo. Anoche no le diste mimitos —pone cara de corderito degollado. —Además, a ti también se te ha puesto muy dura.

Serán cochinos. Si mi Antonio me hubiera metido mano en un avión le hubiera dado una cachetada bien fuerte. Bueno, menos aquel día viniendo de París, las turbulencias me tenían desatada.

La megafonía les interrumpe para anunciar que van atravesar una zona de fuertes turbulencias.

—Qué pena, se acabó el show —dice con una sonrisa provocadora.

—En cuanto llegemos a España tendrás que compensarme —le ordena.

—Eso dependerá de cómo te portes en lo que queda viaje —se la devuelve.

Tras un rato más intentando alargar una conversación picante, el sueño se adueña de ellos y se recuestan como pueden. Raúl apoya su cabeza sobre la armadura de Ismael, que se ha emblandecido un poco y a los cinco minutos ya está emitiendo ligeros ronquidos.

Durante el sueño vuelve a ver a su yo futuro. Esta vez no habla con él, simplemente está ahí, observando, a una distancia lo suficientemente prudente para que no pueda alcanzarlo.

—No soy capaz, no puedo ir a hablar con él —le chilla.

Pero solo el silencio le contesta.

—¿Por qué tengo que perdonarlo? Estuvo a punto de arruinar mi vida.

...

...

...

—No pienso perdonarlo, que te quede claro. —Y, entonces, se despierta.

—Señores pasajeros, en quince minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Barajas.

ESTÁ A PUNTO DE COMENZAR LA NAVIDAD. Han transcurrido algunas semanas desde que volvieron del viaje y tienen especial ilusión en pasarla juntos. No son creyentes, pero les gustan los decorados navideños. Lo que viene siendo el postre, mirad que rápido aprendo palabras modernas. Nochebuena la pasarán con la madre de Ismael y con su novio. No lo llama papá porque le suena raro, así que se refiere a él por su nombre de pila: Francisco Javier. La trata mucho mejor de lo que jamás la trataron y, por primera vez, en muchísimos años, es feliz. Su madre ha pasado página y, como una guerrera, ha superado la violencia de género a la que tuvo que enfrentarse. Las secuelas nunca se van, las pesadillas siempre vuelven, pero Francisco Javier siempre está ahí, con ella, para recordarle que no todos los hombres son monstruos. Su vida social había aumentado, tras las terapias había conocido a otras mujeres que, como ella, habían sufrido la violencia machista y, ahora, juntas, tenían sus noches de chicas. La madre de Ismael era el fiel de reflejo de que nunca es tarde para superar algo. Nunca es tarde para ser feliz. Nunca es tarde para, absolutamente, nada.

Solo faltan dos días para Nochebuena. Ese día veintidós de diciembre, Roberto, Verónica e Ismael, han quedado para hablar. Su amiga tiene una noticia importante que comunicarles. Ismael, con casi toda seguridad, imagina que se trata de que, oficialmente, ha comenzado a salir con Roberto. Se han pasado todo el mes juntos, acaramelados y comportándose como si fueran una pareja.

Nada más verlos, Verónica le da un fuerte abrazo a Ismael y un notable morreo a Roberto.

—No estáis solos, ¿mm? —dice Ismael.

—Mira, cállate guapito que todavía te doy una colleja —amenaza la gobernanta—. Llevo casi un año viviendo vuestra empalagosa relación, así que chitón.

Ismael se lleva la mano a la cabeza.

—A sus órdenes, mi capitana. —Roberto se ríe.

—Ella es así, hay que saber quererla. —La mirada de Verónica casi le corta la picha como si se tratara de un láser mágico.

—¿Vas a contarnos ya por qué nos has reunido hoy? ¿Esa noticia tan tan tan importante que tienes que darnos? —ironiza Ismael.

Un pequeño silencio se adueña de la situación expectante por conocer que

tiene que decir. La cara de Verónica se ha descompuesto.

—Me marchó.

—¿Cómo? —pregunta Roberto desubicado.

—Explícate Verónica —añade el de la armadura.

—Vosotros sabéis que yo siempre he sido una fanática de los idiomas. Que no tengo ningún título ni nada pero que hablo inglés y francés de puta madre.

Ellos asienten. No saben a dónde quiere llegar.

—El otro día hice una entrevista telefónica para trabajar en un hotel. En Londres. Buscaban alguien con español, inglés y francés. Me inscribí pensando que no me llamarían, pero lo hicieron. Dos mil quinientas libras. No me he podido negar. Yo no puedo seguir pidiéndole dinero a mis padres con mi edad. Y lo que gano aquí no me da ni para pagar el alquiler del piso, ni para mantener a mi hijo. Además, siento que estoy un poco perdida y necesito encontrarme, algo me dice que esa aventura tiene mi nombre. —Les sonrío.

La cara de Roberto no dice lo mismo.

—¿Y qué hay de mí? —pregunta atemorizado.

—Ha sido un mes estupendo. Has demostrado ser un hombre maduro y responsable. Pero no es nuestro momento. —Le rompe el corazón.

—Me voy contigo —dice, con mucha seguridad.

—Roberto, es una locura, tú tienes tu buen trabajo, tus amigos, tu familia... Lo tienes todo aquí. No hagas una locura por amor. Puede salir mal.

—Cuando éramos más jóvenes te dejé escapar, no me obligues a volverlo a hacer. Quiero irme contigo. Tengo ahorros y me pondré a buscar trabajo como un loco. Si no encuentro nada me volveré, pero dame al menos una oportunidad. Si sale mal, pues que salga, pero quiero arriesgarme.

—Bienvenido a la aventura —emite una fuerte sonrisa.

—Así que me dejáis los dos —dice Ismael incrédulo.

—Tú estás aquí muy protegido. Además, así tendrás un país más que visitar —dice Verónica.

—Estáis chalados —le contesta.

—La locura mueve el mundo —dice Roberto—, ¿o era que el mundo se mueve con locura?

—Es lo mismo, no te calientes mucho la cabeza que no quiero que pierdas más neuronas —Verónica le acaricia el pelo de forma burlona. Él aparta su mano.

—Os voy a echar mucho de menos, amigos.

Se abrazan y hasta Roberto tiene los ojos brillantes, con ganas de dejar caer

alguna lágrima.

—¿Cuándo os marcháis?

—Mañana —contesta.

—¿Mañana? —responden los dos hombres.

—Quieren que empiece después de Navidad. Es todo muy precipitado, pero así son los trabajos de incorporación inmediata.

—No tengo billete, ni nada —añade Roberto.

—Saqué tres, por si acaso —confiesa Verónica.

—Sabías que iba a ir —le contesta.

—En el fondo era todo lo que deseaba.

Se dan un fuerte beso. Ismael se alegra mucho por ellos. De una vez por todas, han derribado los obstáculos que les impedían quererse. Aunque, por otro lado, los iba a echar mucho de menos.

—Despídenos de los demás —dice Verónica. —Y dile a José que quiero salir de fiesta con él por Londres.

Ismael asiente con las lágrimas escurriendo.

—Ven aquí tontorrón —le dice su amiga.

Y los tres vuelven abrazarse bajo el manto de un llanto llamado amistad.

LAS CALLES DE MADRID ESTÁN DECORADAS con luces de todos los colores. El ambiente navideño se respira por cada rincón de la ciudad. La gente camina llena de felicidad mientras se toma fotos juntos a los grandes árboles navideños. Es enriquecedor ver como la diversidad invade las calles sin ningún pudor. Mi Antonio y yo también acudíamos al centro para hacernos fotos de enamorados, como las que se hacen ahora los jóvenes para subirlas al Instagram ese. Aunque eso sí, muy bonito todo, pero madre del señor bendito, imposible caminar sin llevarte para adelante a tres o cuatro, porque en navidad parece que la gente solo saber andar en línea recta. Así que, como ellos no se apartaban, yo tampoco lo hacía. Y os digo una cosa, a tetazos no me ganaba nadie. Pero madre mía, luego el dolor era intensico, peor que cuando se me enganchaba mi hija de bebé.

Raúl se ha vestido con una camisa de cuadros y unos pantalones pitillo azul marino. Está más nervioso que el día en el que conoció a los amigos de Ismael porque, a lo que se va a enfrentar hoy, es posiblemente, lo más complicado a lo que le ha plantado cara en toda su vida.

Ha estado llorando toda la mañana, lleno de inseguridad, porque, por un lado, quiere hacerlo, pero por otro, es lo último que haría en la vida. A veces, nuestra mente se debate entre decisiones totalmente opuestas, sin saber muy bien cuál es la correcta.

«Tengo que hacerlo. Tengo que perdonarlo. Tengo que dejar el pasado atrás y superarlo.»

Se ha acostado en la cama mil y una veces y se ha levantado del mismo modo. Los nervios le vibran en las entrañas y le han hecho vomitar en varias ocasiones.

Han pasado, al menos, tres horas, hasta que por fin toma la decisión de hacerlo. Va a visitar al hermano de Ismael al centro de menores. Le va a explicar sus sentimientos y le va perdonar por lo que hizo. Si hace eso, conseguirá dejar atrás ese trágico momento y, tal vez, le ayudará a entender, que el amor da amor.

«Quizá en unos años tomemos café juntos», piensa.

Lo hace también por él. Por el chico de la chaqueta de cuero y la coraza de hierro. Joder, cómo no lo va a hacer por él, si lo ama con todas sus fuerzas, si juntos han tocado el cielo con las manos. Lo ama tanto como se ama a sí mismo, y todo lo que quiere es que pueda ser feliz. Lo está pasando mal por Rodrigo,

aunque lo disimula, ¿qué clase de persona no sufre al ver a su hermano encarcelado?

«Cambiará, cambiará seguro, porque solo tiene diecisiete años, y la homofobia se cura.»

Cuanto más lo piensa más llora. Siente que está traicionando a José. Fue su amigo el que sufrió el disparo. No presentó cargos contra él por respeto a Ismael, porque Raúl se lo pidió.

«Es lo mejor para todos, también para ti, José.». Sabe que se lo tenía que haber contado antes de ir. Seguramente, José no se hubiera negado. Incluso, tal vez, le hubiera apoyado, pero tenía miedo de que no quisiera que lo hiciera. José, a veces, puede ser muy duro con sus palabras y todo lo que necesita ahora Raúl es seguridad.

Ha abierto la puerta de su casa enfrentándose a la felicidad que desprende la gente de la calle. Siente el frío del invierno apegarse a su piel y acariciar sus ojos mojados.

«Un día tendremos la mejor Navidad de todas, con tu hermano en la mesa sonriente.» Se imagina la escena, sus padres y la madre y hermano de Ismael, todos juntos, cenando. Contando chistes y viendo viejos álbumes de fotos. Es una imagen perfecta y esa imagen le impulsa a querer presentarse allí.

Raúl está compuesto de corazón, sobre todo de eso, que parece carecer tanto en esta sociedad. Ha sido educado, por encima de todo, para ser persona, lo demás que venga solo. Pero tanto su madre, como yo, siempre le dimos valores. Valores para que el día de mañana su bondad primara por encima de todo. Para que el día de mañana, la toxicidad que envuelve al mundo, no le afectara. Y está claro, que no le afectó. Ojalá pudiera acompañarte y decirte que estás haciendo lo correcto, mi pequeño niño.

«Tu hermano y yo estamos enamorados. Sí, no pongas esa cara, sé que te damos asco y sientes repulsión hacia lo que somos. No te culpo, ni siquiera te juzgo. Te han enseñado a ser así y no has tenido otra opción, pero por favor, Rodrigo, ¿nunca has pensado que puedas equivocarte? ¿Qué lo que te dijeron que era normal no fuera más que una mentira?» Está ensayando mientras se acerca a la calle principal para pedir un uber. Quiere tocarle el corazón, quiere llegar hasta él para suavizarlo y que pueda empatizar con la historia que tiene que contarle, con el puzzle de amor que pieza a pieza ha ido formando junto a su hermano.

«No soy una mala persona. He ayudado a tu hermano todo lo que he podido, de corazón. Y estoy aquí, precisamente, porque no quiero que las cosas entre

vosotros acaben mal. Sois hermanos, ¿cómo no vas a aceptarlo? Nada va a cambiar en tu vida porque tu hermano y yo seamos pareja. Nadie va a dudar de ti. Ni siquiera debería influirte en nada, porque con quién nos acostemos cada uno, o a quién le demos la mano al caminar por la calle, solo nos incumbe a nosotros mismos.» Se imagina a Rodrigo empezando a comprenderlo. Puede ver algunas lágrimas caer de sus ojos. Puede verse con él riendo mientras se toma una cerveza. Puede ver muchas cosas y todas le gustan. Ya está montado en el taxi. Los nervios suben y bajan descontrolados. No hay marcha atrás. Hoy es un día decisivo en su vida.

—¿Un hermano? —le pregunta el taxista.

—No, es un amigo —contesta un poco seco.

—¿Mucho tiempo?

—Le queda poco, por lo que me dijo la última vez.

—¿Robo?

—Intento de asesinato.

El taxista abre extremadamente los ojos ante la revelación.

—Joder, eso es muy chungo, ¿intentó matar a su chica?

—No, me intentó matar a mí.

La tensión se respira en el coche y el conductor no da crédito a la situación.

—Debes ser muy buen chaval para haberlo perdonarlo.

—Aún no lo he hecho. Pero pienso hacerlo hoy.

—Mucha suerte con eso, debe ser una decisión complicada.

—Gracias.

Se baja del coche. Se acerca con pasos cortos y una ansiedad del tamaño de una bola le bloquea la garganta. Siente como si en lugar de hablar chapurreara sin saber qué decir. Todo el discurso que ha ido memorizando se ha disipado y solo es capaz de pronunciar palabras mezcladas que no tienen sentido alguno. Las lágrimas vuelven a precipitar como si de una tormenta se tratase y ni siquiera es capaz de mantenerse en pie. Se sienta sobre el bordillo de la acera intentando concentrarse para respirar mejor, pero todos sus intentos son en vano.

«Quería matarme, quería matarme», grita mientras solloza.

«Podría habernos jodido la vida. Podría estar en una tumba, ¿por qué tengo que perdonarlo?» Su bondad se está oscureciendo y los malos pensamientos pasean sin cesar por su mente.

«¿Y si me ignora, o me insulta, o intenta pegarme? ¿Y si no quiere entender que no somos nada malo? No se merece que esté aquí.», vuelve a gritar.

Consigue volver a levantarse, se aparta las lágrimas de los ojos y, tristemente,

camina en dirección contraria. Saca su teléfono y entra directamente a la aplicación de Uber. Sus ojos se han enfriado y parece decepcionado de sí mismo. Da clic en la pantalla y a los tres minutos un uber se lo lleva.

«No soy capaz de hacerlo. No soy capaz de perdonarte». Es el último pensamiento que retumba en su cabeza antes de abrir la puerta del coche negro.

HABÍAN QUEDADO PARA TOMAR UN CAFÉ antes de que tuvieran que regresar a sus casas para cenar en familia y celebrar la Nochebuena. Ismael comería en casa de Raúl junto a sus padres. La madre del chico de la chaqueta de cuero pasaría la noche con su hijo Rodrigo. Le habían dado permiso para pasar la Nochebuena en casa, aunque al día siguiente tendría que regresar a su celda, antes de las nueve y media de la mañana.

—Madre mía, que precipitado todo, no les ha dado tiempo ni a despedirse —dice Nerea.

—Ha sido de un día para otro. Verónica es una prisa, seguro que quería llegar allí y examinar bien la zona. Es una mujer precavida.

—Pues me alegro un montón por ellos. Se merecían una oportunidad —dice José a favor del amor.

Todos le echan una mirada extraña.

—¿A ti qué te pasa hoy? Desde cuando tú apoyas una relación de pareja —le pregunta Nerea incrédula.

—Vamos a ver, no os confundáis, solo que se nota que se quieren. Que tampoco soy yo aquí una aguafiestas. Eso te lo dejo a ti, cariño —le manda un besito a Nerea.

—Veo que la imbecilidad sigue intacta.

—Bueno, Elena, ¿y tú qué? ¿Estás nerviosa? Después de Navidad comienzas los rodajes —pregunta Ismael.

—¿Nerviosa? —interviene Ángel—. No sabéis que semanas llevo con ella. Todo el día dramando, llorando, riéndose, gritando, susurrando, hablando con las plantas. Está nerviosa al cubo. —Elena le da un golpe y gruñe.

—Eres mi pareja, si no puedo desahogarme contigo, ¿con quién lo voy a hacer? Sabes que esto es muy importante para mí. No quiero decepcionarlos...

—Pero... ¿a quién vas a decepcionar tú, sí llevas el arte en las venas? —le dice su novio mientras le va acercando lentamente la boca para darle un besito.

—Bueno, ¿cuándo os casáis? —irrumpe José.

—Cuando tu encuentres un hombre que te enamore —suelta Elena.

—Cuanto lo siento, Ángel, espero que no te hiciera mucha ilusión casarte, porque no le veo futuro a la profecía de tu novia —José le guiña un ojo.

Raúl está ausente, recordando lo que ocurrió por la mañana. Ismael nota que

le pasa algo, pero no quiere preguntarle delante de todos, así que guarda las formas.

—Por cierto, Raulín, ¿qué hacías esta mañana que te he llamado mil veces y no me has cogido el teléfono? —pregunta José.

—Dormía. —«Fui al centro de menores para ayudar al hermano de Ismael, pero soy tan gilipollas que una vez allí me bloqueé y volví a casa sin hacer nada.»—. Estaba reventado de la semana, y la noche anterior me acosté muy tarde.

—A ver si le das un poco de tregua que lo tienes seco de tanto polvo —José lanza una mirada penetrante a Ismael.

—Ahora que hay más tiempo libre tengo que aprovechar.

—¡Qué asco dais! —vuelve a decir.

—Oye, ¿y tú qué? ¿Algún mozo? Que estás muy calladita —pregunta Elena a Nerea.

—¿Yo? ¿Con un tío? Para follar y poco más. Yo paso de relaciones, ya bastante amargada estuve con la última. Ahora me abro el Tinder cuando me pica, me bebo mi botellita de limonchelo, y a vivir la vida.

—Entre José apostando por el amor de Verónica y Roberto y tú follando como si no hubiera un mañana, cada día con uno, me dejáis muerta, ¿será esto el apocalipsis?

Todos se ríen.

La conversación dura unos minutos más. La primera en marcharse es Nerea que tiene que ayudar a sus padres con la cena. Poco después Elena y Ángel parten, tienen que ir hasta Villaviciosa de Odón. Por último, José, Raúl e Ismael terminan de pagar. La casa de José está cerca de la de Raúl, así que caminan los tres juntos. La luz del invierno ya se ha ido y casi todo el mundo está en sus casas, o de viaje. La Navidad es la excusa de muchas familias para volverse a unir, aunque solo sea por unos días.

—Otra Nochebuena más a aguantar a mi tío de Albacete —se queja José.

—Bueno, una vez al año no hace daño —bromea Ismael.

—¿Qué no hace daño? Homófobo, fascista, taurino, católico hasta la médula y máximo enemigo del aborto. Créeme, sentarme a su lado afecta a mi inteligencia.

—Eres muy exagerado. Pues tendrá sus ideas, sí no vas a cambiárselas y no quieres desgastarte emocionalmente, ignóralo y ya está —añade Raúl. —Te gusta más el drama hija...

Están atravesando un parque para atajar. El camino entre la parejita y José se

separa en ese momento.

—Pasadlo bien y no folles en casa de la suegra —guiña un ojo a Ismael.

—Cuida de tus neuronas no vaya a ser que tu tío de Albacete acabe con las pocas que te quedan —suelta Raúl, devolviéndole el golpe.

Están a punto de atravesar el parque, cuando Ismael para en seco al chico natural y de sonrisa incrustada.

—¿Qué te pasa? Llevas todo el día con algo aquí —señala su cabeza— que no te deja estar. No quiero que me ocultes cosas.

Raúl sabe que no puede ni debe mentirle, así que, suelta la bola que lo está atragantando y se lo cuenta todo.

—El simple hecho de haberlo intentado dice mucho de ti. —Le da un abrazo fuerte—. Yo soy su hermano y todavía no me he atrevido. Cuando estemos preparados ya iremos, y si podemos, juntos.

—Solo quería superarlo y ayudarte a recuperar a tu hermano. Quería vivir una Navidad en la que podamos estar todos.

—Cada día tengo más claro porque estoy tan enamorado de ti, mi chico de los hoyuelos. —Sonríe y se enrojece. De pronto, se da cuenta de que la ansiedad ha desaparecido.

—Arriba las manos, maricones de mierda —una voz rompe la escena romántica. Madre mía, tienen una pistola y van encapuchados.

Ismael y Raúl se sueltan.

El más alto de los atacantes se quita la máscara.

—¿Cuánto tiempo hijo mío? Ojalá te hubiera matado el día que te di la paliza, ¿cómo está tu madre? Ya he visto que está follándose a otro hombre. Has destrozado nuestras vidas. Tú no eres hijo mío.

Están petrificados, cegados por el miedo de la pistola apuntando a sus cabezas, por el miedo a no querer perder la vida.

«No puede ser, estamos viviendo nuestra historia y no puede terminar así.», piensa Raúl.

«No vas a volver hacerme daño, tú eres un monstruo, y los monstruos no pueden ganar.», piensa Ismael.

Madre mía, que no les haga daño, que solo quiera asustarlos, pero que no los toque. ¿Cómo puede haber tanta maldad en el mundo? ¿Por qué la gente no se mete en sus vidas y deja las de los demás en paz?

—¿No vas a decir nada, maricón?

Ismael da un paso al frente y se pone por delante de Raúl.

—No lo vas a matar. Por encima de mi cadáver, si quieres hacerle daño,

tendrás que matar a tu hijo primero.

—Yo solo tengo un hijo, y está conmigo ahora. Tú eres una abominación —chilla con la voz rota.

—Te equivocas, yo soy tan hijo tuyo como Rodrigo, al que estás jodiendo la vida. La única abominación que hay aquí vive en tu cerebro.

Da un paso al frente, un paso marcado por la ira y la intolerancia.

—Os voy a matar a los dos, desgraciados. Ojalá no hubieras nacido, abominación.

Rodrigo se quita la capucha.

—Papá, ¿qué haces? Dijiste que solo era para darles un susto. Baja la pistola.

—Cállate Rodrigo, míralos como se miran. Hombre enamorado de hombre. Tu hermano está enfermo de la cabeza y tenemos que acabar con su locura.

—Rodrigo, tú no eres así. No eres como él. ¿Quieres vivir toda tu vida en una cárcel? —le pregunta su hermano.

—No intentes manipularlo, él sabe muy bien que no hay nada por encima del honor de una familia. Y tú has manchado nuestro honor.

—Tú eres el único manipulador y enfermo. No me das miedo, ya no. —Da otro paso quedando frente a su padre.

El monstruo le da la pistola a su hijo pequeño.

—Demuéstrale a tu padre cuanto te importa tu familia. Mátalo, mata a su novio. —Se lanza sobre Ismael y lo sujeta dejándolo fuera del alcance de Raúl que queda frente a la pistola.

—Corre, corre, vete de aquí, vete de aquí ahora mismo. No dejes que te disparen, vete joder, que te vayas, vete, VETE, VETE —chilla casi al borde de la locura mientras intenta escabullirse de su padre.

«No quiero morir. No quiero dejarlo solo.» Está bloqueado, pero finalmente comienza a correr. El hermano de Ismael, con pasos más lentos le sigue con la pistola. El primer disparo falla y se pierde en la inmensidad. Ismael consigue escaparse de su padre y lo golpea tan fuerte que lo arroja contra el suelo. Después, lanza la mirada feroz a su hermano que está apunto de apretar el gatillo, por segunda vez. Corre tan rápido como puede para impedirlo. Raúl tampoco deja de correr. El chico de la coraza de hierro salta desde varios metros para arrojar el arma al suelo, pero lo único a lo que le da tiempo es a interponer su corazón de hierro entre la bala y el chico que lo había liberado de ser un cobarde toda la vida. Tras el disparo, Rodrigo se queda en shock, pero el padre de Ismael se levanta rápido y lo presiona para que se marchen, dejando el cuerpo tirado en el suelo. Raúl ha detenido su marcha y se acerca con pasos cortos,

mirando como la sangre se expande por la hierba del parque, los ojos tan abiertos como traumatados.

«Él es fuerte. Es un hombre de hierro.» Se dice sin ser capaz de llorar, casi en shock.

«Le ha dado en la pierna, o en el brazo, pero no en el corazón, seguro que no. No va a morir. Coge el móvil imbécil», se grita a sí mismo. Llama a la ambulancia y acelera su paso hasta llegar a él. Tiene los ojos abiertos y emite una ligera tos. La sangre emana por la nariz, por la boca, y casi por el corazón. Sí, la bala le ha agujereado muy cerca del corazón.

—Vienen ya, van a tardar muy poco, tienes que aguantar —le dice con los ojos llorosos.

—¿Te acuerdas de la noche de Halloween?

—Claro, nos gastasteis una broma muy divertida, estabas precioso, me acuerdo de todas las cosas que hemos hecho juntos —le dice Raúl, con algunas lágrimas empezando a caer.

—¿Te acuerdas que te dije que había soñado algo extraño y no te conté el qué?

—Sí, me acuerdo, dijiste que eras supersticioso con esas cosas. Así que respeté tu decisión. Vamos, aguanta eh, aguanta que no puedo perderte —solloza.

—Vi a tu abuela. Era cómo en las fotos. Me dijo que cuidara de ti. He cuidado bien de ti, no he fallado a tu abuela, ¿verdad?

—Has cuidado de mí siempre, más que nadie. Mi abuela te dio el consentimiento. Esto no puede terminar aquí. Lo nuestro es mucho más grande.

Un sonido quebrado procedente de su garganta suena. Ismael da unas pequeñas convulsiones y deja de hablar. Su cabeza se ladea hacia la derecha.

—Ismael, escúchame, tenemos que cenar con mis padres, se está haciendo muy tarde, no puedes dormirte ahora, ¿vale? No puedes dormirte ahora.

El sonido de la ambulancia se escucha llegar.

«Por favor, no te mueras, por favor. Te quiero, te quiero tanto que no podría soportarlo.»

Bajan rápido y se acercan al joven. Miden su pulso y tocan su corazón. Los médicos niegan con la cabeza, pobrecito mío, sacan esa máquina que les hace dar saltos e intentan reanimarlo.

«Es culpa mía, tenía que haber ido al centro de menores hoy. Mi yo del futuro me avisó. Ahora entiendo lo que quería decirme. El amor trae amor, el vacío trae odio. Lo he matado yo.» Sus pensamientos se clavan como cuchillos afilados.

Lo suben en la camilla y cubren todo su cuerpo.

—¡NOOOOOOOOOOOOOO! ¡JODER QUE NOOOOOOOOO!

Grita como un loco, bajo un ataque de ansiedad casi mortal. Lanzando sus lágrimas hacia todas las direcciones.

—ISMAEL, VEN, VEN, VEN CONMIGO, VEN AHORA. DESPIERTATE Y VEN, TE NECESITO.

Tienen que ponerle un calmante imprevisto, está completamente ido. Como para no estarlo, lo han matado delante de sus ojos. Se ha interpuesto entre la bala que iba a matarlo a él. Han explotado su corazón en millones de fragmentos, lo han destrozado. Lo han matado también a él, eso sin duda.

Han transcurrido tres días desde que lo mataron. Han pasado lentos, como si alguien los hubiera editado en un programa informático y los hubiera ralentizado. Raúl no ha salido de su habitación más que para ir al funeral, lugar en el que había permanecido callado, con los ojos acristalados viendo como Sofía sollozaba y se maldecía continuamente.

No come y se alimenta de una botella de agua de dos litros que todavía no ha consumido. Sus padres están extremadamente preocupados, pero no saben que palabras podrían aliviarle, ¿qué se le dice a alguien que ha visto ser asesinada a la persona que más ama? Supongo que, en esta ocasión, yo tampoco tendría palabras que pudieran consolarlo.

Pasa el día pensando y viendo fotos. Pasa el día recordando las cosas que les hicieron felices. Pensando que no es posible, que tiene que haber alguna forma de cambiar los sucesos. Que ese no puede ser el final de su puzzle. Las lágrimas precipitan durante todo el día y tiene los ojos extremadamente rojos y dilatados de tanto llorar.

«Le prometí ser su lanza y su escudo. No he sabido ser nada de eso. Tengo la culpa, soy el culpable. ¿Por qué eché a correr, en lugar de quedarme junto a él? ¿Por qué lo dejé atrás, qué cojones estaba pensando?», la toxicidad lo envuelve en todos los sentidos. No es capaz de razonar, no es capaz de ser consciente de que él no fue el que puso la bala en su corazón.

Entonces recuerda las tardes en el refugio de animales. Manchándose de tierra mientras hacían felices a todos aquellos peludos. Los lavaban, desparasitaban, los sacaban a pasear y jugaban con ellos. Y mientras hacían todo eso, también seguían enamorándose, cada vez un poquito más.

No había sido la relación más larga del mundo, eso sin duda, pero había sido muy intensa y, sobre todo, había sido la primera vez que se enamoraba. Y ahora estaba enamorado de un muerto, de alguien a quién no volvería a ver más.

«Dios, ¿tienen razón acaso? Toda esa gente que nos tacha de enfermos, de perversos, de que tú nos odias. ¿Tienen razón? ¿Es así? ¿Hacemos tanto daño por el simple hecho de amarnos? ¿Por qué lo has permitido? Mi abuela decía que tú eras bueno y que las religiones no te hacían justicia. Ninguna te representaba. Pero tal vez se equivocaba. Has dejado que un monstruo, maltratador, acabe con una historia de amor pura. Has permitido que una persona inocente pierda la vida

a manos de un hijo de la gran puta, ¿qué clase de Dios eres? Pfff, no sé de qué me sorprende. Todos los días mueren millones de personas de forma injusta, niños que pasan hambre y guerras injustificadas. ¿Dónde estás? No sé cómo la gente puede seguir creyendo en ti, porque si de verdad existes, debes de ser un dios muy cabrón.» Piensa millones de pensamientos y viaja de un lado a otro, recrimina lo que ha ocurrido a todo el que puede. Se maldice y llora, llora sin cesar.

«No puedo quitarme el dolor del pecho.» Tiene la ansiedad y el dolor amarrado con fuerza a su interior y no puede sacarlo de ahí. De hecho, parece hacerse más grande con el paso de las horas. No puede dormir ni pensar en otra cosa, ni siquiera por un segundo. Tiene que superar el duelo y auguro que no será fácil. Se había entregado a él en cuerpo y alma y, ahora, solo, se sentía más vacío que en toda su vida. Este hecho lo cambiará todo, su personalidad, su manera de enfrentarse al mundo; será crucial.

«Quiero matarlos, a los dos. No merecen seguir viviendo. No quiero que los condenen y ya está, quiero que sufran, que paguen el precio de lo que han hecho de la misma manera. Quiero mirarlos a los ojos cuando se mueran.» La ira brota y crece sin límites en él. Se ha apoderado de su sonrisa incrustada y de la naturalidad que siempre había desprendido.

«No volveré a sonreír nunca más», se juró por la mañana.

Ha ignorado las llamadas de todos sus amigos, los golpes a la puerta de sus padres y los gritos por la ventana. Los ha ignorado sin ni siquiera moverse de la silla giratoria. También le han escrito miles de WhatsApp, pero ahí están todos, sin ser leídos. Reventando el móvil.

«Estaré triste siempre. Nunca podré olvidarme de ti.» En esta ocasión piensa en su tacto y en sus manos acariciándole la barriga. En cuando están desnudos, juntos, sin prisas por terminar y con los ojos tan brillantes como la primera vez. Lo recuerda dentro de él, con suaves movimientos, mientras lo sujeta con sus manos haciéndole sentir que está en el lugar más seguro de todo el planeta. Se estremece al pensarlo y su pene da una ligera contracción, no es el único que se acuerda de él.

«Nunca más podré tocarte, ni abrazarte, ni quererte y que lo sepas.» Las conversaciones picantes y su magistral manera de sexualizarlo todo hacen que, discretamente, su boca se arquee con timidez. El encuentro en el hospital, las conversaciones en Toledo, la pelea de Australia que terminó en un diálogo subido de tono. Fueron muchos momentos y todos siguen dando vueltas como si estuviera viendo la película del puzzle de amor que habían construido juntos.

«A veces lo dejan porque uno ya no quiere seguir, o porque la cagas, o porque se acaba el amor. ¿Pero cómo se supera la muerte? ¿Cómo hago para aceptar que nuestro amor lo han roto? ¿Para aceptar que jamás volveré a verte?» Vuelve a llorar, más fuerte y con otro brote de ansiedad ascendiendo y limitando su respiración. Así avanzan sus días. Trata de concentrarse para poder respirar mientras mira un fotomontaje que se hicieron. Son ellos dos, juntos. Raúl está por detrás de él y mira al chico de la chaqueta de cuero con una mirada penetrante. Con una mirada que chilla a leguas todo lo que siente. Abajo, en pequeñas letras azules se puede leer “Un puzzle de amor”, con algunas piezas decorando las letras. Es una foto muy bonita, es una foto muy de ellos. Es una foto que ya terminó.

Tras unos segundos más mirando la imagen consigue apaciguar su llanto fijándose en él. Recordándolo como el hombre que consiguió enamorarlo. Por un momento ha dejado de llorar y respira mejor. Se levanta de la silla en la que lleva clavado varios días y abre la puerta de la habitación. El silencio de una casa en luto lo saluda. Baja las escaleras y se encuentra a sus padres preparando la comida. Su madre se gira al verlo, algo sorprendida, y le dedica una sonrisa.

—Ven campeón —dice su padre, del mismo modo.

Una lágrima, larga y voluminosa cae de sus ojos rojos mientras les devuelve la sonrisa a ambos y camina hacia ellos. Solo faltó yo en esa casa, no sabéis lo que me pesa no poder acompañarlo en estos momentos.

—Lo quería mucho, muchísimo —se libera.

Su madre, que tampoco puede contenerse, comienza a llorar y se abalanza sobre él dándole un fuerte abrazo. Muy fuerte.

—Lo sé, cariño, lo sé. Y créeme que lo siento mucho —lo arropa.

Su padre se une con sus grandes brazos y los rodea a los dos tanto como puede.

—Vamos a ayudarte en todo. No nos vamos a separar de ti ni un segundo y juntos, como una familia, superaremos este mal trago.

«Esta familia es todo cuanto siempre soñaste, ojalá hubieras podido quedarte un poco más.»



JULIO MARÍN GARCÍA

Un puzzle
de amor

LA NAVIDAD HABÍA PASADO sin que Raúl pudiera saborearla. Pensando cada día en el chico al que amaba e intentando refugiarse en sus padres y en sus amigos. Aunque nada terminaba de llenarle. El hermano de Ismael lo confesó todo en el juicio y, justo hoy, lo trasladaban a una prisión. Ya era mayor edad y sus delitos serían condenados como tal. Su padre, el cabrón, dijo que había tratado de evitarlo pero que su hijo estaba fuera de sí.

—Miente. Miente. Él tiene la culpa de todo. Estaba hostigando a su hijo para que me matara —declaró.

Pero el abogado del padre de Ismael era rápido, astuto y eficiente. Le dio mil vueltas a todo para cargarle el muerto a Rodrigo. ¡Qué asco de ser!

—Señoría, haced lo que consideréis, pero yo estuve en ese parque y yo escuché todo lo que se dijo. Lo más justo sería que los condenarais a los, por igual —clavó su mirada en Rodrigo—, porque ese crío tampoco tiene nada de inocente. Hay que ser muy mala persona para matar a su propio hermano.

Las palabras le dolían, sobre todo por la rabia entonada por parte del testigo.

El juicio trascurrió rápido. Las condenas fueron muy desiguales, pues, al fin y al cabo, el padre de Ismael, en un sentido técnico, no había matado a nadie. Así que solo le cayeron cinco años, mientras que, a Rodrigo, veinte.

—Canalla, maldito canalla, has matado a mi hijo, que todo el mundo sepa que tú lo has matado —chillaba la madre de Ismael, con pequeños tembleques, descompuesta del dolor—. Si hubiera justicia alguna te encerrarían en una celda oscura sin comida ni agua y dejarían que te deshidrataras. Has arruinado todas nuestras vidas, todas, canalla.

Los medios de comunicación se habían hecho eco de la noticia y las redes sociales habían viralizado el suceso. Los políticos habían aprovechado el homicidio para cargar unos contra otros, reivindicando la necesidad de leyes más protectoras. De hecho, esa misma semana, ya se barajó la posibilidad de crear una nueva ley de protección LGTBI, que garantizara que todos los menores recibían una educación tolerante. Además, Asuntos Sociales se encargaría de asegurar que dentro de las familias no se arraigaban pensamientos de odio. Al final José llevaba razón y tenía que ocurrir algo grave para que los políticos despertaran y se volcaran realmente con la causa. Aunque para Raúl, o para la madre de Ismael, o para el propio chico de la chaqueta de cuero, ya era

demasiado tarde. Pero otros que, seguramente, llegarían después, podrían encontrarse un mundo mejor.

A la salida del juicio, Raúl le dio un fuerte abrazo a la madre de Ismael que se apoyaba en su pareja.

—Siento mucho lo que ha pasado. Pienso en él a todas horas —dijo con las lágrimas en los ojos que fueron correspondidas por las de Sofía.

—Solo puedo darte las gracias, desde que te conoció comenzó a sonreír todos los días. Bueno, mejor dicho, si no llega a conocerte, tal vez, todos seguiríamos viviendo en un campo de concentración. Siempre decía que lo habías salvado, y así fue, pero no solo a él, también me salvaste a mí —le acarició las mejillas—. Todo en la vida se supera, cariño. No se cuánto nos durará el vacío que sentimos hoy, pero cesará, en algún momento cesará, aunque jamás nos olvidaremos de él, eso seguro.

—Yo nunca podré olvidarlo. —«Tampoco creo que cese jamás, estaré llorando siempre por él»—. Él me hizo sentir muchas cosas y las tengo todas grabadas aquí. —Señaló su corazón.

—¿Sabes una cosa? Siempre lo supe, siempre supe que era gay. No se comportaba como los demás niños, al menos no seguía los patrones sociales que se establecen por ser hombre o mujer. Pero su padre se encargaba de sacar la correa cada vez que algo no iba como él quería. Seguramente nunca te lo contó, porque él siempre intentaba ser fuerte y dejar atrás los problemas, pero tuvo una infancia durísima. La primera vez que lo vio jugando con muñecas, se enfadó tanto, que lo ató durante más de setenta y dos horas en una silla. «Si vuelves a jugar con una muñeca, te la meteré por el culo», le dijo. Y se privó de jugar con muñecas. Otro día, estaba saltando a la comba. Volvió atarlo, pero sin camiseta, y le golpeó durante horas con el mango. «Si vuelves a jugar con una comba, te ahorcaré con ella», le advirtió, así que jamás volvió a jugar a la comba. Cuando cumplió once años, lo pillamos en la habitación con una falda puesta, mirándose al espejo y haciendo el ganso. El monstruo le pegó un empujón tan fuerte que reventó el espejo y se le clavaron algunos cristales en el brazo. Jamás volvió a ponerse una falda. Y yo lo permití todo, absolutamente todo, porque estaba aterrada. Pero tú, de nuevo, recuperaste sus verdaderas motivaciones y lo hiciste sentir seguro, seguro para enfrentar el mundo, seguro para ser él mismo. Y esa seguridad tan grande me hizo sentir segura hasta a mí, que llevaba más de treinta y cinco años callada como una puta.

Raúl estaba conmovido.

—Así que la cicatriz del brazo y las de su espalda se deben a eso. Secuelas de

la opresión —respondió lleno de dolor.

—Esa es la palabra, opresión. Así han sido nuestras vidas junto a él. Me había perdido a mí y a su hijo, así que hizo lo más grave que podía hacer, jodernos la vida a todos matándolo. —Le da un beso en la frente—. Bueno cariño, hablamos más adelante, cuídate mucho y no pienses demasiado.

«¿Cómo no voy a pensar, si en el pensamiento es el único lugar donde todavía puedo verlo?»

Ese día no deja de recordar el juicio. Sale solo de casa para ir a un sitio donde le gusta meditar y sentir el aire chocar contra su cara. Camina durante horas hasta llegar al Parque Lineal del Manzanares. Sube las escaleras de la ladera hasta sentarse en las gradas traseras que muestran una senda llena de hojas caídas.

—Abuela, ¿qué harías tú? Necesito tu consejo —pregunta. ¡Ay, ojalá pudiera ayudarte, cariño! Sé me parte el alma de verlo así. Cuando Antonio murió yo también sentí como si una parte de mi muriera con él. Cuando una persona que amamos tanto se marcha, sobre todo en esas circunstancias, un vacío casi asfixiante se queda dentro de nosotros. Y, a veces, durante mucho tiempo.

El aire desprende sus lágrimas en diferentes direcciones y recuerda cuando, sentado en esa misma escalera, después de meses sin verlo, apareció. Fue la única crisis que habían atravesado y, como siempre, propulsada por su familia.

«Ojalá hubiera podido besarte una última vez.» Cierra los ojos y se imagina que lo está haciendo, que está justo ahí, a su lado. Estrechándolo entre sus brazos mientras suspira como solo él sabe hacerlo. Casi puede reproducir el sonido de su respiración y su peculiar olor a chocolate blanco. Pero nada es real.

Al abrir los ojos, lo ve. Camina hacia él. ¿Qué hace ahí de nuevo?

—¿Has venido a decirme que lo sabías? —pregunta Raúl de forma seca.

—No, eso no sirve de nada. Tú también lo sabías, al menos una parte de ti, sino ¿por qué te sientes tan culpable? —pregunta su yo del futuro.

—Lo intenté, con todas mis fuerzas, lo intenté, quise ir a la cárcel y perdonarlo. ¿Crees que hubiera cambiado algo? —solloza.

—¿Qué más da eso? No eres mala persona por no haber ido, era un reto complicado, como toda vuestra historia. No todos se hubieran quedado al lado de un hombre con tantos problemas. La mayoría de la gente corre y huye tan lejos como puede. Has hecho muchas cosas bien, Raúl, no te martirices por no ser perfecto. —Intenta calmarlo.

—Pero quiero saberlo, si hubiera hablado con él, ¿hubieran cambiado las cosas? ¿Seguiría vivo?

El silencio parecía querer contestarle.

—Sí, lo seguiría. Rodrigo estaba lleno de dudas, unas palabras hubieran podido hacerlo entrar en razón. Pero esas palabras no llegaron por parte de nadie, solo su madre lo intentó, pero a veces necesitas a alguien más lejano para recapacitar.

—Entonces yo tengo la culpa de que esté muerto, ¿cómo puedo vivir con eso? ¿Cómo coño alguien puede vivir sabiendo algo así?

—Yo he vivido siempre así. —Sus ojos no tienen lágrimas porque las ha llorado todas—. Recuerda que he vivido las mismas cosas que tú, pero mucho antes. Quería ayudarte a que corrigieras mis fallos y haber cambiado el curso de la historia, pero parece que no lo he conseguido.

—Si pudiera volver atrás, te juro que hablaría con él, te lo juro por mi vida.

—¿Volver atrás? La vida es el resultado de nuestras decisiones, si pudiéramos volver atrás, ¿qué valor tendrían nuestros actos?

—Mucho valor, porque podríamos corregir las cosas que hemos hecho mal y aprender de ellas para no volverlas a hacer nunca más. Ayúdame a volver atrás, ayúdame a elegir otro futuro para nosotros.

Reflexiona unos segundos.

—Volver a atrás es peligroso, la muerte marcó el momento y solo la muerte puede cambiar la vida —sentencia.

—Me sacrificaré por él. Estaba empezando a vivir ahora, había estado reprimido casi toda su vida y no había tenido oportunidad de sentir la libertad. Moriré yo y lo salvaré.

—Si eso es lo que quieres, te ayudaré a conseguirlo, pero aquí se termina nuestro vínculo, no tendrás una nueva oportunidad. Haz las cosas bien y no intentes esquivar la situación, pues la muerte exige muerte y eso ya ni el pasado lo puede cambiar. Si actúas en contra de eso, no lograrás más que empeorar las cosas.

Raúl asiente con un pequeño atisbo de esperanza y su yo del futuro le pega un fuerte empujón que lo hace caer por las gradas.

El chico natural y de sonrisa incrustada abre los ojos. Son las ocho y media de la mañana. Se levanta rápidamente y va a la habitación de sus padres, que aún están remoloneando.

—¿Qué día es hoy?

—Nochebuena, hoy es Nochebuena, y queremos dormir un poquito más —se queja su padre.

La cara de Raúl se ilumina tanto que parece brillar más que el sol.

SE HA VESTIDO, CON ROPA INFORMAL, luce la envergadura recta, con seguridad. Su mirada arroja esperanza y esta vez no piensa desaprovechar la oportunidad. Durante la mañana, algunas cosas similares se reproducen, pero otras no son como las que había vivido antes.

«¿Habrá sido un sueño?» No sabe responderse, ha aparecido sobre su cama y el chico al que ama aún respira. Esa misma mañana lo llama para escucharlo y se emociona al oír su voz, al saber que sigue vivo.

—Te voy a matar, son las ocho y media, ¿qué pasa? —Tiene la voz ronca de estar dormido.

—¿Sabes que te quiero, que te quiero mucho mucho? —dice muy feliz.

—Claro que lo sé, y yo también te quiero mucho, pero anoche nos acostamos tarde y hay una parte de mí que desea matarte ahora mismo —se queja.

—Quiero que sepas que sigo siendo tu escudo y tu lanza. No lo olvides.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—He tenido un sueño y solo quería llamarte para oír tu voz —le confiesa Raúl.

—¿Qué has soñado? —Está intrigado.

—Uy, perdóname cariño, pero soy un poco supersticioso con estas cosas y prefiero guardármelas para mí —se la devuelve como hizo él en Halloween.

—Serás rencoroso. Pues ea, ten buena mañana y deja a tu príncipe azul dormir un poquito más.

—Vale, te dejo ya. Esta tarde nos vemos. Te amo.

—Y yo.

La cara de Raúl está radiante de felicidad.

Se dispone a coger el taxi para ir al centro de menores para hablar con Rodrigo.

«Supongo que cambiar esta parte de la historia será positiva para todos.» Piensa mientras recuerda lo que su yo del futuro le dijo acerca de cambiar los hechos.

El taxi lo conduce una mujer joven, nada que ver con el hombre de la vez anterior. Cualquier mínimo cambio lo altera todo, como salir cinco minutos antes de casa. Eso le preocupa, pero sabe que lo tiene que hacer.

«Moriré yo, y te salvaré, te lo mereces.» No quería morir, pero no tenía otra

opción, la muerte pide una cara, y no va a permitir que sea la de Ismael. Que valeroso es mi nieto, siempre pensando en los demás. Pero no quiero verlo aquí, no todavía, debe haber otra solución.

—¿Quieres escuchar alguna canción? —pregunta, muy simpática la joven mientras le entrega una Tablet para que elija lo que quiera de YouTube.

—Gracias, pues sí, pondré *Send Me An Angel* de Scorpions, ¿la conoces?

—No tengo ni idea, pero en este trabajo se descubren muchos buenos grupos.

Durante el camino estuvieron conversando sobre gustos musicales y fueron intercalando canciones y descubriendo música nueva.

—Mucha suerte —le desea la chica cuando se baja del coche.

—Gracias —le lanza una sonrisa amigable.

Esta vez, aunque está casi tan nervioso como la otra, tiene la fuerza suficiente para hacerlo. Va a hablar con él y va a convencerlo de que no hay nada malo entre ellos.

«Lo entenderá, lo entenderá.». Se dice a sí mismo mientras espera a que traigan a Rodrigo. Pero entonces, la voz del hombre de sus sueños, de la imagen de su futuro, se reproduce de nuevo en sus pensamientos. «La muerte pide un nombre.» ¿Querrá decir eso que la conversación que va a tener con él no cambiará nada? Está confuso, muy confuso, pero algo dentro de él lo impulsa a querer limpiar su conciencia.

«La muerte pide un nombre. Tal vez no tengamos que ser ninguno de nosotros.» Piensa imaginando que su historia todavía tiene una oportunidad de sobrevivir.

«Pero si tenemos que ser uno de nosotros dos, seré yo, los escudos sirven para proteger a las personas, y yo juré ser el tuyo.» Lo quiere demasiado, tanto como para cambiarse por él. Lo quiere mucho y, ahora, creo que me doy cuenta de que tenía razón. Se han sobrepasado en su manera de amar. Son felices juntos, pero extremadamente depresivos cuando se separan. Radian luz cuando caminan de la mano, pero se oscurecen cuando están lejos. Sobre todo tú, mi niño, tú te has sobrepasado más que nadie, pero creo que todos nos hemos sobrepasado alguna vez, esto del amor es complicado... Has cargado demasiado tiempo con una mochila que no era la tuya.

—¿Qué haces tú aquí? —Tiene ira en su mirada.

—Tu hermano y yo estamos enamorados —comienza diciendo—. Sí, no pongas esa cara, sé que te damos asco y sientes repulsión hacia lo que somos. No te culpo, ni siquiera te juzgo. Te han enseñado a ser así y no has tenido otra opción, pero por favor, Rodrigo, ¿nunca has pensado que puedas equivocarte?

¿Qué lo que te dijeron que era normal no fuera más que una mentira?

—Vosotros no sois normales. Todo el mundo lo sabe.

—¿Y por qué no? ¿Qué me diferencia de ti? Tengo exactamente las mismas cosas que tú: unos ojos para ver la vida, una boca para expresarme, una nariz para respirar y un corazón que permite que me enamore de alguien, alguien con quien quiero compartir mi vida. ¿Dime, cuál es la diferencia entre tú y yo?

Rodrigo se queda pensativo durante algunos segundos.

—A mí no me gustan los hombres, esa es la diferencia. No es natural, hasta los animales lo saben.

Raúl respira, intentando guardar la compostura.

«No es su culpa, lo han educado así, solo hay que deseducarlo.»

—¿Alguna vez has intentado buscar información sobre aquellos prejuicios que tienes? Te sorprendería saber que hay muchas especies de animales que tienen encuentros homosexuales y bisexuales. Más de las que puedas imaginar, ¿pero sabes por qué no lo sabías? Porque los animales no se escandalizan y salen corriendo a montar el pollo, o peor aún, a coger una pistola con la intención de matar.

Vuelve a quedarse en silencio, unos segundos, sin saber que decir.

—No soy una mala persona. He ayudado a tu hermano todo lo que he podido, de corazón. Y estoy aquí, precisamente, porque no quiero que las cosas entre vosotros acaben mal. Sois hermanos, ¿cómo no vas a aceptarlo? Nada va a cambiar en tu vida porque tu hermano y yo seamos pareja. Nadie va a dudar de ti. Ni siquiera debería influirte en nada. Con quién nos acostemos cada uno, o a quién le demos la mano al caminar por la calle, solo nos incumbe a nosotros mismos. Tú vida será la que tú elijas, y la nuestra, la que nosotros elijamos.

—Pero mi padre dice que no es normal, que va contra Dios y que es una abominación.

«Su padre, él tiene la culpa de todo.»

—¿Crees todo lo que dice tu padre? Rodrigo, te puedo asegurar que, si Dios realmente existe, el primer condenado será él, porque basa toda su vida en el odio. En odiarnos a nosotros, en maltratar a su exmujer y en comerte la cabeza. Solo sabe hacer maldades.

Rodrigo comienza a llorar, discretamente y un poco agobiado.

—No quería disparar a tu amigo, solo quise asustaros, porque no quería que mi familia se rompiera. Mi padre me dijo que, si lo hacía, todo se arreglaría. Él y mi madre volverían a estar juntos y tú desaparecerías de la vida de mi hermano.

«Hijo de puta, hijo de puta, tú deberías ser el que muriera esta tarde.»

—Tú padre no sabe lo que es el amor, y el amor puede derrumbarlo todo. Ni una pistola, ni una escopeta y ni siquiera una puta bomba podría alejarme de tu hermano, porque estoy enamorado de él.

—¿En-nam-morad-do? —pregunta muy lentamente.

—Hasta las trancas —confiesa.

Se queda reflexivo y no dice mucho más. No se esperaba que Raúl fuera a visitarle y eso ha puesto en centrifugado todos sus pensamientos. Se despide de él, sin decir nada más, con una mirada llena de arrepentimiento.

«A pesar de todo, sus ojos me dicen que es una buena persona.».

El resto de la mañana avanza de forma similar a la visión que tuvo. Come con sus padres que están muy pesados con que todos los preparativos salgan correctamente. Eso mi hija lo heredó de mí. Yo soy de esas mujeres que necesita organizarse con tiempo y tenerlo todo preparado con antelación o me dan los agobios y empiezo a matar gente, más de un grito se ha llevado mi Antonio por estas fechas. Pobrecito, aún me acuerdo de cuando le lancé la rasera untada en aceite hirviendo. Se ganó el paraíso conmigo.

Cuando entra a la cafetería en la que habían quedado por la tarde, tiene los nervios más revueltos que por la mañana. La hora crítica se acerca y no tiene idea alguna de qué pasara, solo sabe lo que el hombre le dijo, pero tal vez, todo había sido una pesadilla y nada de eso había ocurrido de verdad. Se agarra a esa opción con muchas esperanzas.

«La muerte pide un nombre», volvió a oír cuando Nerea se marchó.

«La muerte exige muerte y eso ya ni el pasado lo puede cambiar. Si actúas en contra de eso, no lograrás más que empeorar las cosas.» ¿Y si se había sobrepasado? ¿Y si había hecho eso precisamente, empeorar las cosas?

Elena y Ángel se marchan también, tienen que ir hasta Villaviciosa de Odón. Todo se repite de forma similar. Pagan y salen a caminar con José hasta que llegan al parque, allí, separan sus direcciones y la pareja queda caminando sola.

—¿Qué te pasa? Tienes el corazón acelerado —le pregunta Ismael.

—Dime una cosa, ¿sigo siendo tu escudo y tu lanza? —le dice.

Ismael sonrío.

—¿Eres tonto? Claro que sí, eres eso y mucho más.

—¿Sabes que haría cualquier cosa por ti? ¿Verdad?

—Lo sé, y yo también.

—Pues pase lo que pase nunca te olvides de mí —una pequeña lágrima cae de sus ojos—. Y bésame fuerte como si fuera la última vez.

¡Madre mía!, ya estoy llorando otra vez, quiera Dios que no les ocurra nada.

Se abrazan durante algunos segundos, hasta que la voz del odio los interrumpe.

—¡Soltaos ahora mismo, maricones!

Dos hombres, encapuchados y con una pistola irrumpen su escena romántica.

Ismael se separa rápidamente y da un pequeño brinco hacia atrás. Raúl lo sigue y se pone por delante de él.

—No vamos a dar ningún paso atrás. Rodrigo no hagas esto. Hemos hablado esta mañana y parecía que nos habíamos entendido. Deja de escuchar a tu padre, no te acuerdas de lo que te dije, el será el primer condenado si realmente Dios existe, ¿quieres ser tú el segundo?

El padre de Ismael se quita la máscara y la arroja furioso contra el suelo.

—¿Pa-pá? —dice, un poco desconcertado, el chico de la chaqueta de cuero.

—No sigas metiéndole ideas perturbadoras a mi hijo en la cabeza, abominación, no sois más que abominaciones. —Rodrigo se quita la capucha.

—Míralo a los ojos, mira su cara, está loco. No es un buen hombre, ni un buen padre, ni un buen esposo. Él no es nada más que odio, y tú, Rodrigo, puedes ser mucho más que él —dice Raúl, guardando la compostura, sin apartar sus ojos.

—Rodrigo, no sigas escuchándolo, no dice más que sandeces —le entrega la pistola—. Dispárale, ahora, cárgatelo de una vez.

Todo da vueltas en sus pensamientos y está mas perdido que en toda su vida. Ismael rápidamente se pone por delante de Raúl para cubrirlo en caso de que su hermano dispare. Su padre se abalanza sobre él y lo sostiene con fuerza para que no pueda proteger al chico natural y de sonrisa incrustada.

—Dispárale ahora, ya, hazlo hijo mío, demuestra a tu padre que defiendes su apellido —grita muy fuerte.

—Corre, corre, vete de aquí, vete de aquí ahora mismo. No dejes que te disparen, vete joder, que te vayas, vete, VETE, VETE —chilla el chico de la chaqueta de cuero casi al borde de la locura mientras intenta escabullirse de su padre.

«Soy tu lanza y tu escudo. No voy a huir, no esta vez.»

Comienza a caminar hacia él.

—Rodrigo, tú no eres un asesino. Si tiene que hacerlo, que lo haga él, que es el que nos odia. Quiere que lo hagas tú porque eres más joven y porque no quiere asumir el delito. Tú padre te está utilizando, ¿no te das cuenta?

—¡QUE DISPARES YA HOSTIA! —vuelve a chillar a la par que Ismael se escabulle de su padre y le pega una patada para que se caiga a la arena. Pero nadie puede evitar que suceda, el sonido de la pistola irrumpe y la bala impacta

directamente en su cabeza, haciendo que la sangre salpicara en todas las direcciones.

Ismael se queda petrificado frente a su hermano que, instantáneamente se lleva la pistola a la cabeza.

—He matado a mi padre —dice con lágrimas cayéndole de los ojos.

—No, no, no, Rodrigo, nos has salvado la vida. Ese ser no era nuestro padre, ese ser era un monstruo.

Sigue con la pistola apuntándose la sien.

«La muerte pide un nombre.» Piensa Raúl, la muerte se había llevado lo que había venido a buscar.

Ismael consigue acercarse a su hermano y quita el arma de sus manos. La ambulancia y la policía llegan en menos de cinco minutos y se llevan el cadáver y a los tres chicos.

«Si Dios realmente existe tu padre será el primer condenado. Y así fue.» Fue el último pensamiento de Raúl en ese día.

11 años después.

Epílogo

LOS INVITADOS COMIENZAN A LLEGAR al juzgado. Lo habían elegido bastante grande porque se habían pasado un poco con las invitaciones. Habían estado dándole vueltas a lo de la boda durante casi dos años y, por fin, se habían atrevido a dar el paso.

Nerea es de las primeras en llegar y, madre mía, como habían cambiado las cosas para la borracha del limonchelo. En cierto modo, había cumplido alguno de sus sueños, como, por ejemplo, tener un hijo. Tantas ganas había tenido que cuando el médico le dijo que venían gemelas casi se cae de la silla de la felicidad. Anita y Rosita se llaman las pequeñas, tienen ya tres años y no veas como llevan a su madre. Nerea, ahora, puede empatizar mejor con sus padres. No es fácil criar a un hijo.

Poco después de ella, acosada por algunos medios de comunicación, llega Elena en su coche personal, conducido por su novio, Ángel. Sí, siguen juntos. A Elena también le habían ido muy bien las cosas, llevaba una amplia carrera cinematográfica a sus espaldas después de que la primera serie que protagonizó fuera un éxito rotundo en multitud de países. Desde entonces, había sido un no parar en su vida.

—Que bonicas están las niñas —le dice a Nerea con una amplia sonrisa.

—Pero yo más —balbucea Rosita.

—Mentira, tú eres fea —le contesta Anita.

Y, así, se quedan un rato, hasta que, Nerea, después de darle un trago al limonchelo del bolso, pega un grito que las deja calladas. Hay cosas que nunca cambian.

Los siguientes en aparecer son Verónica y Roberto, otros dos por los que no hubiera apostado un euro, pero que, habían superado las adversidades y seguían estando juntos, y viviendo en Londres. El trabajo de Verónica se había afianzado y Roberto había encontrado un curro en un taller de coches. No les iba mal. Además, Verónica había venido con la barriguita hinchada.

—No me digas que estás esperando otro niño —dice Nerea ilusionada.

—O niña, no lo sabemos, queremos que sea sorpresa —contesta Roberto.

—¿Y dónde habéis dejado al mayor?

—Le dan pereza las bodas. Se ha quedado con la abuela.

—Verónica, ¿a qué yo soy más guapa que Rosita? —pregunta Anita.

—Eso es mentira —grita enrabiada Rosita.

Nerea repite el proceso: limonchelo y grito desgarrador, casi gutural.

El juzgado se está llenando de gente. Es la hora de los impuntuales que llegan casi más tarde que los novios.

—¿Vendrá? —pregunta Nerea a Elena.

—No lo sé —le contesta.

Con el pelo de colores, los lados rapados, varios pendientes colgando de las orejas y una cresta enorme, llega el líder político de un partido novedoso que cosechó casi un millón de votos en las anteriores elecciones. Desde que Raúl le dijo a José que era válido para la política, el reivindicador había estado estudiando para poder serlo. Y madre mía, había conseguido escalar un montón de puestos desde que comenzó. Su partido hasta tenía algunos diputados en el Congreso. Luchaba a muerte por la causa LGTBI y porque ninguna persona en el país tuviera que sufrir por razones de sexo, raza u orientación.

—¿Me habéis echado de menos? —pregunta, mientras da un abrazo muy fuerte a Verónica, que casi se le ha subido encima. Después, más tranquilamente, saluda a los demás.

—José, ¿a que soy más guapa que Anita?

—Mentira, mentira, eres una mentirosa —chilla histérica Rosita.

Nerea, con el demonio dentro, repite el proceso. Se va a emborrachar antes de la boda.

Todos los invitados parecen haber llegado, los novios están listos para caminar hasta el estrado bajo la canción *Umbrella* de Rihanna. La madre y hermano de Ismael están en primera fila, su madre un poco emocionada junto al hombre al que ama.

La puerta vuelve a abrirse cuando los novios ya están frente al juez. Entra, lo más discreto que puede y camina hacia sus amigos. Raúl lleva puesto un traje gris con una camisa blanca con pequeños puntos azules.

—Pensábamos que ya no vendrías —dice Nerea.

—No iba a perderme la boda de mi mejor amigo —contesta sonriente.

—Siempre pensé que acabaría contigo —confiesa Verónica—, pero tú fuiste el que le enseñó todo sobre el amor, eso tenlo claro.

—Chicos, por favor, dejad de mirarme como si estuviera triste, hace siete años que Ismael y yo cortamos. Estoy bien, lo superé.

Habían cumplido tres años y medio de noviazgo cuando las cosas comenzaron a ir mal. Las discusiones sacudían sus días y, poco a poco, se iban cargando su bonita historia de amor, el puzzle que habían ido construyendo, así que, con idas y venidas durante medio año, al cumplir los cuatro, por voluntad propia, decidieron dejarlo. Preferían acabar así, con un bonito recuerdo de lo que habían sido, a que las incompatibilidades surgidas con el paso del tiempo hicieran que la relación fuera recordada por eso. Pero Raúl nunca estuvo seguro que esa fuera la decisión correcta.

—Pablo, ¿quieres casarte con Ismael? —pregunta el juez.

—Sí, quiero —dice con una sonrisa hasta las orejas.

—Ismael, ¿quieres casarte con Pablo?

El chico de la chaqueta de cuero lanza una mirada hacia todos los invitados, localizando donde está cada uno de ellos. Detiene su mirada, por unos cortos segundos, en él.

—Sí, quiero —dice sonriente.

«Y yo, yo también hubiera querido», piensa un hombre que está a punto de cumplir treinta años. Cómo pasa el tiempo.

Tras un aplauso monumental, Ismael se sube al estrado para decir unas palabras.

—Gracias a todos los que habéis venido. A mis padres —incluye al novio de su madre—, a mi querido hermano, a mis grandes amigos y a todos mis compañeros. Hoy quería compartir con todos vosotros una historia. Hace doce años, jamás hubiera pensado que me iba a casar, y mucho menos con un hombre. Hace doce años, la homofobia interiorizada era la que tomaba las decisiones por mí. No aceptaba mi orientación, y me refugiaba en ser otra persona, en ser lo que el innombrable quería —los ojos de Rodrigo brillan como si fueran estrellas—. Pero un ángel llegó del cielo para iluminar mi camino y ayudarme a encontrarme. Conocí a un chico al que amé más que a nadie. Un chico que me ayudó a encontrarme y me salvó de perderme entre mis propios miedos. El amor me salvó y el amor ha hecho que esté hoy aquí con Pablo. Todos y cada uno de nosotros somos el resultado de lo que vivimos, de las cosas que nos pasan, de las historias de amor. Cada historia es diferente y se vive con una intensidad acorde a tu estilo de vida actual. Yo estuve en lo profundo del abismo y pude salir adelante porque un buen chico, con un corazón enorme, apareció y resistió contra viento y marea. Por eso, Raúl, quiero que sepas que siempre estarás en mi corazón. —Todos aplauden. Raúl tiene lágrimas en los ojos.

«Y tú en el mío, siempre.»

A continuación, Rodrigo sube al estrado para regalarle, también a todos, algunas palabras.

—Me veo en la obligación de continuar con la historia de mi hermano — aclara su garganta—. Hace doce años era un completo idiota, motivado por pensamientos tóxicos e irracionales, le hice la vida imposible a él y a su pareja de aquel entonces. Para mí no era posible que dos hombres se amaran, me habían educado así y no podía aceptarlo. Aprendí muchas cosas después, cuando maté a mi padre en defensa propia. Aprendí lo que era el afecto y lo importante que es el amor propio. Cuando te falta amor propio eres incapaz de ver las cosas con claridad, te dejas manipular por aquel al que consideras el líder y te pierdes en el abismo de tus propios errores. ¿Sabéis por qué estaba tan perdido y tan confuso? ¿Sabéis por qué odiaba a mi hermano y a su novio? Porque yo también lo era, yo también era homosexual. Siempre lo había sido, y me daba tanto miedo, tanto tanto miedo, que prefería acabar con todo. Por eso, seáis quien seáis, aseguraros de que en vuestro hogar reine un amor sano, sin adoctrinamientos y, sobre todo, que reine la libertad. La homofobia que sentía hacía mí mismo casi acaba con mi vida y con la de todo mi entorno, pero gracias a Raúl, que vino a verme cuando estaba en el centro de menores, pude comprender que no había nada malo ni en él, ni en mi hermano, ni en mí.

Otro aplauso monumental, con algunos invitados llorando, cierra el evento.

«En el puzzle de amor se ha colocado la última ficha», piensa Raúl con una sonrisa sincera.

La vida del chico natural y de sonrisa incrustada había dado multitud de giros. Terminó la carrera en Madrid, pero, realizó un master en Nueva York de guion cinematográfico. Allí estuvo viviendo un par de años, hasta que, por motivos laborales, se trasladó a Alemania durante dos años más. Iba descubriendo mundo y dejando su esencia por todos los rincones por los que pasaba, contando a todas las personas que conocía su gran y única historia de amor. Al menos eso era lo que la gente veía, pero yo siempre supe que prefería estar viajando de un sitio a otro porque no quería enfrentar la realidad y es que, aunque la barba lo hacía ver más mayor y su currículum se había engrosado, había olvidado de liberar a su corazón y, lamentablemente, había cogido la coraza que un día arrojó a la basura el chico de la chaqueta de cuero. Pero bueno, ya sabéis que el amor es algo complicado, a veces sale bien y otras sale mal, lo importante es que pasó y lo vivido, jamás lo quitará nadie.

—Gracias por haber venido —le dice Ismael, a solas, a la salida del juzgado.

Raúl le mira con el rostro serio.

—Espero que seas muy feliz. Te lo mereces después de todas las cosas que has vivido —le contesta.

Ismael se siente compungido al verlo después de tanto tiempo.

—Y tú, ¿eres feliz? Ya no sonríes como antes.

Se queda pensativo durante unos segundos.

—Estoy en ello, buscando la felicidad.

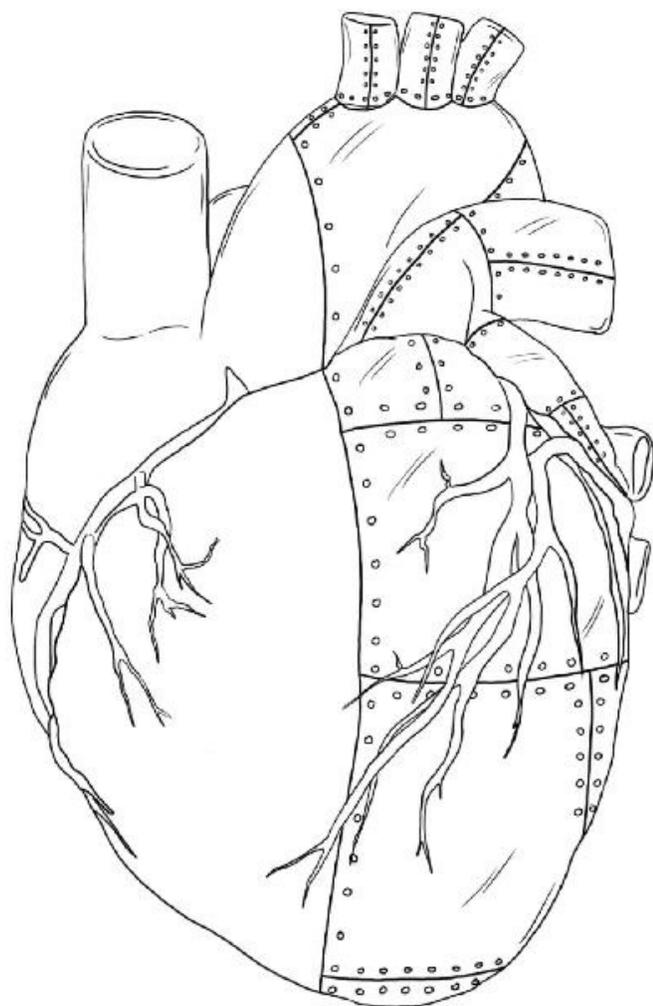
El silencio se adueña de ellos y la nostalgia acaricia sus corazones con su mejor ataque: los recuerdos.

—Me marchó, disfruta mucho de tu día y de tu triunfo, seguiremos en contacto, como siempre, a través del Facebook.

—¡Cúidate! —añade Ismael.

Raúl le regala una última sonrisa, se gira y, cuando está lejos de la gente, comienza a llorar.

«Yo quería que me cuidaras tú.»



Nota del autor:

Queridos lectores, lo primero de todo, agradecerlos que hayáis leído esta novela. Para mí significa mucho, porque es la novela más personal que he escrito hasta el momento. Y auguro que no será fácil retomar una historia similar.

Lo primero de todo, quería aclarar que, las pequeñas connotaciones hacia Dios que aparecen, no están ahí para convencerlos de que hay que creer en Dios, pues eso es algo que depende de cada uno. De hecho, yo soy ateo. Pero me parecía importantísimo dar visibilidad a aquellas personas LGTBI que creen en Dios y son juzgadas por esto. Porque mucha gente solo es capaz de atribuir Dios a la religión y no tiene porqué ser así. Hay muchas interpretaciones de lo que significa esa palabra. Así que, con esta historia, entre tantas cosas, quería gritar con el volumen al máximo que la fe de las personas LGTBI es tan válida como la de cualquiera.

Por último, solo recordaros que todos tenemos derecho a amar a quien nos dé la gana. Y si alguien, por muy cercano que sea, os dice lo contrario, no dejéis que os influya, porque esa persona es la que está equivocada. Sentir amor nunca será algo negativo, nunca.

JULIO MARÍN GARCÍA
(Archena, Murcia. 1994)

Estudia Administración y Dirección de Empresas y Comunicación Audiovisual. En abril de 2018 publicó Los 3 suicidios de Marcos R



Quiz, con la editorial SoldeSol. Meses más tarde, en enero de 2019, publicó su segunda novela, Los susurros del Caracol. Y, ahora, tras cabalgar en dos géneros totalmente opuestos, se lanza a la piscina con un libro de temática LGTB; su obra más personal hasta el momento: Un puzzle de amor, con la que pretende lanzar un llamamiento a la libertad que todos los humanos merecen tener por el simple hecho de existir. Otro de sus grandes sueños es escribir el guion audiovisual de alguna de sus obras y, sobre todo, proyectarlo en la gran pantalla. Un camino complicado en el que no dejará de persistir.



Un puzzle
de amor

JULIO MARÍN GARCÍA